



**JESÚS
FERNÁNDEZ
SANTOS**

**Cabeza
rapada**

Lectulandia

Catorce relatos, instantáneas dolidas y concisas, abren atisbos hacia el fondo oscuro que comunica el mundo de la infancia con su apertura hacia el mundo adulto, entendiendo por tal el universo del dolor en la época de la guerra civil. Un arte sutil, seguro, de bien medidos trazos, da fe a la vez de la contenida maestría expresiva de Fernández Santos y de su inmenso respeto por la vulnerabilidad del frágil material humano en que detiene la lente precisa de su escritura, demostrando, además, un profundo conocimiento de la psicología infantil y exhibiendo su extensa gama de recursos. Los relatos de Fernández Santos cobran forma en un estilo que guarda un fondo de poesía y cada uno atrae por su esencial belleza, por los motivos que lo inspiran y por el ambiente en que se desarrolla.

Lectulandia

Jesús Fernández Santos

Cabeza rapada

ePub r1.0

ugesan64 21.08.14

Título original: *Cabeza rapada*
Jesús Fernández Santos, 1958

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para María



CABEZA RAPADA

Era un viento templado. Las hojas volaban llenando la calzada, remontándose hasta caer de nuevo desde las copas de los árboles. Su cabeza rapada al cero, la cara oscura del sudor y el sol, cubría las piernas con largos pantalones de pana. No había cumplido los diez años; era un chico pequeño. Íbamos andando a través de aquel amplio paseo, mecidos por el rumor de los frondosos eucaliptus, envueltos en remolinos de polvo y hojas secas que lo invadían todo: los rincones de los bancos, las vías... Menudas y rojizas, pardas, como de castaño enano o abedul, llenaban todos los huecos por pequeños que fuesen, pegándose a nosotros como el alma al cuerpo.

Cruzaban sombras negras, luminosas, de los coches; los faros rojos atrás, acentuando su tono hasta el morado. Aunque no hacía frío nos arrimamos a una hoguera en que el guarda de las obras quemaba ramas de eucaliptus esparciendo al aire un agradable olor a monte abierto. Allí estuvimos un buen rato, llenando de él nuestros pulmones, hasta que el chico se puso a toser de nuevo.

—¿Te duele? —le pregunté. Y contestó:

—Un poco —hablando como con gran trabajo.

—Podemos estar un poco más, si quieres.

Dijo que sí, y nos sentamos. Eran enormes aquellos árboles, flotando sobre nosotros, cantando las ráfagas en la copa con un zumbido constante que a intervalos subía; y, más allá del pilón donde el hilo de la fuente saltaba, se veía a la gente cruzar, la ropa pegada al cuerpo, íntimamente unidas las parejas. El chico volvió a quejarse.

—¿Te duele ahora?

—Aquí, un poco...

Se llevó la mano bajo la camisa. Era la piel blanca, sin rastro de vello, cortada como las manos de los que en invierno trabajan en el agua. Otra vez tenía miedo. Yo también, pero me esforzaba en tranquilizarle.

—No te apures; ya pasará como ayer.

—¿Y si no pasa?

—¿Te duele mucho?

El guarda nos miraba con recelo, pero no dijo nada cuando nos recostamos en el cajón de las herramientas. Freía sardinas en una sartén de juguete. A la luz anaranjada de la llama, el olor de la grasa se mezclaba al aroma de la madera que ardía.

—Ese chico no está bueno...

—¿Qué va? No es más que frío...

El chico no decía palabra. Miraba el fuego pesadamente, casi dormido.

—No está bueno...

Ahora no tenía un gesto tan hosco. El chico escupió al fuego y guardó silencio.

—Va a coger una pulmonía, ahí sentado.

Me levanté y le cogí del brazo, medio dormido como estaba.

—Vamos —dije—; vámonos.

Le fui llevando, poco a poco, lejos del fuego y de la mirada del guarda.

Mientras andábamos, por animarle un poco, froté aquella cabeza monda y suave, con la mano, al tiempo que le decía:

—¡Que no es nada, hombre!

Pero él no se atrevía a creerlo, y por si era poco, vino de atrás la voz del otro:

—¡Le debía ver un médico!

—Ya lo vio ayer.

Esto pasó con el médico: Como no conocíamos a nadie, fuimos al hospital, y nos pusimos a la cola de la consulta, en una habitación alta y blanca, con un ventanillo de cristal mate en lo más alto y dos puertas en los extremos abriéndose constantemente. La gente aguardaba en bancos, a lo largo de las paredes, charlando; algunos en silencio, los ojos fijos, vagos, en la pared de enfrente. La enfermera abría una de las puertas, diciendo: «Otro», y el que en aquel momento salía, saludaba:

«Buenos días, doctor».

Una mujer olvidó algo y entró de nuevo en la consulta. Salió aprisa, sin ver a nadie, sin saludar. Exclamaba: «Se me muere, se me muere». Todos miraron las baldosas, como si cada cual no pudiera soportar la mirada de los otros, y un hombre joven, de cara macilenta, maldijo muchas veces en voz baja.

El médico auscultaba al chico y, al mismo tiempo, me miraba a mí. Nos dio un papel con unas señas para que fuéramos al día siguiente.

—¿Es hermano tuyo?

—No.

Al día siguiente no fuimos donde el papel decía.

Se inclinó un poco más. Debía sufrir mucho con aquella punzada en *el* costado. Sudaba por la fiebre y toda su frente brillaba, brotada de menudas gotas. Yo pensaba: «Está muy mal. No tiene dinero. No se puede poner bien porque no tiene dinero. Está del pecho. Está tísico. Si pidiera a la gente que pasa, no reuniría ni diez pesetas. Se

tiene que morir. No conoces a nadie. Se va a morir porque de eso se muere todo el mundo. Aunque pasara el hombre más caritativo del mundo, se moriría».

Reunimos tres pesetas. Decidimos tomar un café y entrar en calor.

—Con el calor se te quita.

Era un café vacío y mal alumbrado, con sillas en los rincones. La barra estaba al fondo, de muro a muro, cerrando una esquina, con el camarero más viejo sentado porque padecía del corazón, y sólo para los buenos clientes se levantaba. Tres paisanos jugaban al dominó. Llegaban los sones de un tango entre el soplido del exprés y los golpes de las fichas sobre el mármol.

Sólo estuvimos un momento; lo justo para tomar el café. Al salir todo continuaba igual: el viejo tras el mostrador, mirando sus pies hinchados; los otros jugando, y el que andaba en la radio, con los botones en la mano. La música y la luz parecían ir a desaparecer de pronto. Viéndolos por última vez, quedaban como un mal recuerdo, negro y triste.

En el paseo, bajo los árboles, de nuevo empezó a quejarse, y se quiso sentar. Pisábamos el césped a oscuras. Buscó un árbol ancho, frondoso, y apoyado en él su espalda, rompió a llorar. De nuevo acaricié la redonda cabeza, y al bajar la mano me cayó una lágrima. Lloraba sobre sus rodillas, sobre sus puños cerrados en la tierra.

—No llores —le dije.

—Me voy a morir.

—No te vas a morir, no te mueres...

UNA FIESTA

Las voces de los hombres llegaban hasta más allá del río, cruzando la carretera. Con la cosecha en casa, celebraban en la cantina el final de las eras. Desde las ventanas empañadas por el polvo, entre las rendijas de la agrietada puerta, los chicos miraban a los padres cantar y bailar al rítmico son de las botellas. Hasta los pastores bajaron de los puertos para la matanza del gallo, y el presidente no olvidó llamar a los dos jóvenes y únicos peones de la mina carbonera en las afueras del pueblo. Uno de estos, llamado Chana, ahuecó el pecho y gritó:

—¡Qué canten ahora los de la tierra del corcho!

Y el más joven de los pastores, afinando la voz, entonó unas alegrías. Fuera, los chicos reían, pero los padres, en la penumbra cálida iluminada por la luz del carburo, seguían con cuidado, como en un rito, cada uno de los furtivos registros del cantor. Al final hubo un silencio que rompió el presidente exclamando:

—¡Así cantes igual, dentro de cien años en el cielo!

—¡Eres más grande que Romanones! —gritó otro.

Y los chicos, en la noche, volvieron a reír. También ellos habían trabajado como los hombres durante todo el estío, y vestían, heredados, sus viejos trajes, las chaquetas largas hasta media pierna, sus astrosos pantalones. Los cuerpos, los rostros infantiles estaban quemados por el sol de la siega, y sus labios cortados por el hálito caliginoso que hace madurar las mieses a finales de julio.

Si los mayores mataban el gallo al concluir el pan, ellos también tenían derecho a organizar su pequeña fiesta y, de mutuo acuerdo, robaron una de las garrafas que, ya mediada, aguardaba su suerte en el corral de la cantina.

Los hombres salían de cuando en cuando a llenar los jarrillos que traían en la mano, y fue preciso esperar, para en uno de los intervalos llevarse el vino.

—Ahora; agárrala ahora.

Las voces arreciaban. Todos los hombres, los padres, los pastores, los mineros, cantan a pleno pulmón, a coro, y sus gritos debían tener en vela al pueblo entero.

—Cógela, que salen.

Se decidieron en el momento en que la puerta se abría, iluminando con su halo de luz las tapias del corral. Sin embargo, Chana no los vio y con paso vacilante fue tanteando las otras garrafas mientras los chicos huían con la suya, en las tinieblas.

Una ráfaga cálida hinchó las camisas, acariciando sus pechos, arrastrando el eco de su apresurada carrera lejos, más allá del pueblo solitario. La luna se cernía inmóvil, en un cielo amarillento, sin estrellas, contemplándoles cruzar el río sobre las piedras, mojándose los pies en la crecida de la madrugada. Brillaba el agua, y uno a uno los sapos de la ribera fueron enmudeciendo, mas cuando el último de los chicos pisó el césped del otro lado, llegó por la carretera un rumor de cascos que les hizo tenderse en la cuneta, bien pegados al suelo.

—Son los guardias.

—No son. Vienen de arriba. Además traen caballos.

—¿Y qué? Los de Asturias los tienen.

—¡Qué van a tener!

—Son asturianos.

Eran tres asturianas sobre caballos zainos. Dos de ellas charlando en alta voz y la tercera descabezando un sueño sobre el aparejo. También los animales parecían dormir, con sus abultados párpados a medio caer, trotando al borde mismo del camino. Cruzaron rumbo a la cantina, y los chicos se alzaron, viéndoles alejarse. En la cantina, la juerga había cesado y ahora se alzaba un rumor de voces agrias y violentas.

Los chicos formaron, en torno a Antonio, el mayor, un círculo apretado y medroso.

—Ya lo saben, ya se dieron cuenta.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno, mirando con prevención a la garrafa—, ¿devolverla?

—¿Quieres llevarla tú? —respondió Antonio—. ¿Quieres? Pero el que había hablado no quería, ni ninguno de los otros.

—¡Si me ve mi padre llegar con el vino! ¡Menudas chispas tiene!

Un farol se encendió. Tras mucho ir y venir salió a la carretera alumbrando al confuso grupo de hombres que le seguían. Las voces se hacían más claras, y los chicos, vadeando el río de nuevo, quedaron al abrigo del puente, entre las matas de sangoneas. El arco de piedra recogía netamente las palabras de los que venían acercándose y a medida que temblaban los fugitivos, entre los mimbres las iban reconociendo.

—Ese es mi padre.

—Y el mío viene también —musitó Antonio.

—Y mi tío. Traen las correas en la mano.

—¿Qué correas?

—Los cintos. Asómate y ya verás.

Los hombres llegaron, deteniéndose en el puente, casi sobre sus cabezas. Hablaban de dar un escarmiento. A veces, cuando las lenguas se atascaban, otro intervenía y un conato de disputa estallaba, abortada al punto por una voz que no se cansaba de repetir:

—¡Hay que encontrarlos! Se les busca...

Sin embargo los de la mina estaban en contra y hacían causa común con los pastores que querían continuar la juerga por las casas del pueblo.

—Hay coñac para todos. ¿Quién piensa en críos, ahora?

—Nada de coñac. Hay que enseñarlos. Hay que cogerlos. Aunque esté mi hijo entre ellos. Con esta —el chasquido de la correa estremeció a Antonio, abajo— le voy a enseñar esta noche a tener respeto a los hombres.

—Así anda el mundo.

—Así anda todo.

Pero los mineros, más tranquilos a pesar del vino, insistían:

—Si les dio para esconderse ya puedes traer faroles para buscarles.

—Tú calla, que no es tu hijo el que lo ha hecho.

—Aunque lo fuera. Cosas de críos.

—Se les coge...

—Calla ya, hombre, calla ya.

Pero la voz machacona continuó insistiendo a solas, aun después que los otros se hubieron alejado. Algo debió moverse abajo, entre las sangoneas, cerca del agua, porque de pronto cambió de tema, amenazando a los chicos con echar sobre ellos todas las piedras sueltas en el pretil del puente. La primera cayó en el río con seco chasquido, alzando una onda que se deshizo al estrellarse contra la basa del arco. Los compañeros de Antonio tiritaban bajo la fina llovizna que se abatió sobre ellos de rechazo. Maldecían a media voz, insultando al hombre que desde arriba los mantenía quietos en la ribera sin poder moverse, sin toser siquiera para no delatarse.

Sin embargo, tras la primera piedra, ninguna otra siguió. Inesperadamente arriba se hizo el silencio.

—Se debe haber dormido.

—¿Lo echamos al agua?

—Vámonos. Vámonos antes que vuelvan.

Iban siguiendo el curso del río en silencio, huyendo de las voces que ahora sonaban por todo el pueblo.

En la fragua, sentados sobre el chasis de un viejo camión, fueron pasándose la media garrafa. Era un vino negro que rascaba el paladar. Uno de los chicos no bebía. Sacó una galleta del bolsillo y comenzó a roerla con placidez. Los otros le gritaban:

—¡Anda, bebe!

—Vaya tío...

Con los mayores lejos, olvidaba ya la fugaz persecución, bebían apresuradamente sosteniendo el vino en sus manos callosas que temblaban ya un poco como las de sus padres. Frente al portal de la fragua, las ramas de un castaño crecían tumbadas oblicuamente sobre el agua. A veces una hoja picuda, dentada, se desprendía hundiéndose con breve giro en la corriente. Alguien propuso bañarse y todos se desnudaron, pero el primero que entró en el agua salió bufando, amoratado. Fue preciso encender una hoguera y echarle encima las chaquetas, toda la ropa de los otros.

Antonio miraba el río ante sí. El verdín de las lávanas ondulaba en el fondo. Parecía las oscuras manos del agua. Y el agua reflejaba, al resplandor del fuego, las escuálidas siluetas de los muchachos en calzoncillos, saltando sobre el césped. Un especial frenesí parecía embargarles, una gran prisa por apurar su júbilo antes del alba, antes de que el día siguiente les sorprendiera trabajando, tras aquel paréntesis festivo.

Uno de los pequeños, abandonando la hoguera, se acercó a Antonio.

—¡Cómo baja el río! —exclamó jadeante, como si también él lo viera por primera vez, y antes de que Antonio hallara en su imaginación algo que contestarle, confesó —: Me estoy poniendo malo.

—Es el vino.

—Será. Además tengo frío.

—¿Por qué no te vistes?

—Es que tiene la ropa ese.

Señaló al que temblaba bajo las chaquetas, junto a la hoguera, y como para olvidar su propia tiritona miró de nuevo el limo del fondo.

—¿Qué es?

—¿Eso? Nada... el agua que lo hace.

Tiraron a la corriente la garrafa vacía, viéndola hundirse y reaparecer al punto, perdiéndose en la oscuridad, río abajo, como un barco escorado.

Todos sentían un sueño pesado, el sueño del vino, y allí mismo, en la orilla, se tumbaron, tosiendo muchas veces por la humedad del césped. Cruzaban sobre sus cabezas nubes más blancas que la luna, tan bajas que dejaban flecos de bruma en las cumbres de los montes. Los muchachos, cara al cielo, miraban más allá de las estrellas, las constelaciones complicadas que ahora no veían pero que en las negras noches de diciembre habían aprendido a distinguir, y Antonio se preguntaba si, como la maestra decía, había un mundo en cada uno de aquellos relámpagos de luz que cada noche se encendían, con sus árboles, y sus muchachos trabajando todo el verano del alba a la noche, sin un solo día de respiro.

Amaneciendo despertó. Los compañeros se habían ido poco a poco retirando. Ante él, una borrosa silueta cuya voz reconoció, dijo.

—Anda, levántate.

—¿Qué pasa?

—Que vayas a acostarte.

Las piernas le dolían, envaradas, entumecidas.

—Tienes que acostarte —repitió el padre—, si no mañana no vas a tirar del cuerpo.

—Será hoy...

—Hoy.

Y los dos, serios, casi desconocidos de nuevo el uno para el otro, marcharon despacio, en la luz amarillenta de la mañana, rumbo a casa.

DÍA DE CAZA

El humor de mi tío mejoraba cuando, pasada la veda, algún domingo prometía:
—Este año, vamos a matar tú y yo un rebeco.

Los rebecos son como cabras monteses; un poco más pequeños, con cuernos cortos y puntiagudos que crecen hacia atrás parecidos a anzuelos. Se les puede ver en rebaños, pero por lo común aman la soledad, vagan, cruzando a un lado y a otro la raya de los puertos.

Así andaba mi tío todo el año, cosechando en verano, solitario en invierno, sin hijos, con amigos contados, trabajando o de caza, con el macuto auestas. Visto al pronto, se le podían echar, como a su mujer, unos cincuenta años, sin embargo aún no había cumplido los cuarenta.

Llegó de la Ribera para casarse y, a poco, tras la boda, los días se agriaron. La edad, las cuñadas, parecieron separarlos, envejecerlos pronto. Primero reñían a menudo, vino la época de los largos silencios y al final, aun procurando fingir fuera de casa, apenas llegaban a dirigirse la palabra. Las cuñadas le achacaron la falta de hijos y algo de verdad debía haber en ello porque mi tío, que les reprochaba muchas cosas, nunca admitió discusiones respecto a esto.

Le gustaban los niños. Solía charlar conmigo que le aceptaba sus mentiras, sobre todo, sus aventuras de la guerra. Yo sabía respetar su mutismo cuando, tras cualquier disputa, dejaba la cocina, cerrando a sus espaldas la puerta con violencia. Fue un día de estos, tras la pausa huraña de costumbre, cuando me dijo señalando a las montañas:

—Mañana subimos a verlos.

Y así fuimos; él con su escopeta de pistón; yo con otra más vieja de las que aún disparan cartuchos de aguja, en compañía de tres hombres barbudos y pequeños.

Los tres con la boina calada hasta los ojos, apenas hablaban. Cuando decían algo, sus palabras parecían surgir ajenas a ellos, porque ninguno miraba a los demás, y a mí ni siquiera me habrían visto a no ser por mi tío, que de vez en cuando se volvía:

—¡Hala, vamos; no te quedes atrás!

Yo debía seguirlos, bien a mi pesar, porque conocían las veredas y avivaban el paso. El mundo del amanecer se revelaba para mí: el rumor, el eco de nuestras pisadas, el río rutilante, cada vez más lejano, el susurro de todos esos pequeños animales que gritan o se lamentan hasta que el día nace.

De pronto, como de mutuo acuerdo, los tres amigos comenzaron a hablar: un suave murmullo en el que las palabras de unos y otros se sucedían sin sentido, casi sin ilación. Discutían de cosechas, de pastos y caballos; luego criticaron a mi tío por llevarme con ellos.

Las estrellas comenzaron a borrarse. Me entró esa flojedad que viene siempre al tiempo que amanece, y cuando el sol se alzó y fue pleno día, el pueblo, el río ya no estaban abajo, sólo simas cubiertas por bancos de niebla que llegaban hasta nuestros pies desde el fondo del valle.

Hicimos un alto. Cada cual sacó la navaja, su pan y su cecina. Tras el almuerzo, de nuevo andando, aunque ya no por el paso de los rebaños sino por sendero de montaña, llano, sin polvo ni guijarros, sólo con rocío brillando aún en las retamas. En la Raya, cerca de una vaguada que da a Asturias, los de la partida se dividieron. Mi tío y yo alcanzamos una gran mole de piedra cortada a pico con una cruz de cantería que era la divisoria de la provincia. Nos sentamos y él lio un cigarro.

—¿Ha matado usted algún rebeco este año?

—Ni este año, ni nunca.

—Pues Antonia dijo que sí. Uno en Asturias, hace mucho tiempo.

Antonia era la más joven de las cuñadas. Mi tío se volvió exclamando:

—Esa mata mucho con el pico.

—¿Pero ella los vio alguna vez?

—En el plato, como tú.

—¿Y los otros?

—¿En el pueblo? Nadie mató ninguno todavía. Verlos los vimos muchas veces y les llegamos a tirar, pero son animales muy finos. Te huelen de lejos. Si les da el viento ya saben dónde estás. Además los asturianos les espantan.

Me contó que de Asturias subían las partidas el mismo día de concluir la veda. Llegaban con mucho aparato de escopetas, en un gran automóvil. Batían toda la sierra y espantaban la caza para tres meses. Siempre a la tarde acababan bebiendo y cierta vez estuvo a punto de estallar una guerra con los de este lado por cuestión de derechos.

—Los tuvimos que asustar... A uno le dieron un tiro de bala en la cadera.

Cuando el cigarro se hubo consumido, anduvimos cosa de media hora. Otro alto.

—Tú me esperas aquí. Yo subo hasta la cima por si los veo. No te alejes.

Le vi perderse, con la larga escopeta a la espalda, subiendo en zigzag hasta

confundirse con las rocas de la cima. Me senté, contando los cartuchos, teniendo buen cuidado de que ninguno cayera. Sentía ganas de disparar, pero en torno a mí todo se hallaba inmóvil, ni un pájaro volaba. Al fin cruzó un grajo a buena altura. Me eché el arma a la cara y le fui siguiendo. Quise asegurar tanto el tiro que al apretar el gatillo ya el animal estaba lejos. No logré ni rozarle siquiera; pero había perdido el miedo a los cartuchos, y no deseaba sino una nueva ocasión para hacer fuego.

La ocasión llegó al cabo de media hora, junto al primer manantial en que me entretuve agazapado. También fallé, alzando inútilmente una bandada de palomas. Aún me hallaba acechando, cuando noté que el cielo estaba encapotado. La hierba, agostada por la canícula, me hacía resbalar. Los piornos, los helechos, la montaña quemada me parecieron de mal agüero, y antes de calcular siquiera el riesgo de una tormenta en aquella altura, las cumbres se iluminaron. Tronaba. A lo lejos se alzaban luminarias color violeta. Yo temblaba porque todos los años morían en los montes pastores y ganado, y mi tío guardaba una navaja de otro sobrino suyo, única reliquia sana que quedó del cuerpo quemado por el rayo.

Pensé en su negra silueta agazapada aún, como lo hallaron, bajo el esqueleto del paraguas. Quizá fuera una chispa blanca como la que surgió en un instante de la tierra, a cien metros lejos de mis pies, parecida a la pelada rama de un árbol.

Corrí envuelto en las ráfagas de lluvia, en el trueno que sobre mi cabeza pareció desgajar la montaña entera.

* * *

El refugio calizo caía a pico sobre Asturias, sobre un valle menor velado por la lluvia. De improviso el aguacero cesó y, abajo, en el lecho del río, vi cruzar al rebeco. La tormenta lo había espantado y él también vagaba perdido. Se detuvo un instante. Después, pausadamente, fue borrándose en las cortinas de niebla que, otra vez, tras la lluvia, se abatían. Me pareció distinto, gris, más pequeño que en las historias que mi tío había imaginado. Demasiado real para justificar tantas palabras, tantas noches de charla, tantas apuestas. Incluso la fama, la fortuna de un hombre en el pueblo, dependía de algo tan pacífico como aquel animal.

Yo sabía que mi tío no iba a creerme. Así fue. Apenas hizo comentarios cuando se lo dije, lo cual era en él signo de no conceder a mis palabras crédito ninguno. Sentado, miraba caer la lluvia tan borrosa, tan gris como sus ojos. Viéndolo, pensaba yo en el animal, abajo, entre la niebla.

A poco dijo:

—Ya no cae nada; vamos.

Era agradable sentir fuera la humedad tras el calor del día. El río había crecido, venía turbio, sucio, de color rojizo como de arcilla. De la tierra se desprendía un vaho

penetrante. Íbamos bajando y estaba el aire tan diáfano y tranquilo como si la tormenta hubiese barrido todo el calor y el polvo de este mundo. Mi tío debía estar alegre porque comenzó a hablar, a contarme cosas de cuando estuvo en África, en la guerra, y aunque algunas debían ser verdad, otras se veía que no lo eran. Siguió con sus historias hasta llegar al pueblo. Nada más avistar la gente enmudeció y no hubo modo de sacarle una sola palabra. Cuando entramos en casa ya estaba serio, de mal humor como todos los días.

LLEGAR A MÁS

De niño, la noche solía sorprenderle contemplando las sombras del solitario paredón, al otro lado del valle, frente a la casa. Se alzaba vertical, lejano, comido por el agua y las nieves. Formaba con la colina en que las reses de la venta pastaban, el puerto por donde la carretera discurría, rumbo a la otra provincia y al mar, luego. A veces los milanos, en las tardes breves del otoño, se cernían inmóviles, gravitando sobre la cumbre hasta perderse en los otros picos más altos de la cordillera. Él los seguía con la vista hasta cegar, hasta que la oscuridad le sorprendía, y, juntando los animales, volvía a casa, a través de los prados florecidos, apenas rescatados de la escarcha.

En la venta, sobre el arca negra de la cocina, o en el quicio de la puerta, si el tiempo venía cálido, se sentaba el patrón, de charla con los pastores, y el dueño de la piara que cada año venía de Extremadura con su gente para alquilar el chozo y la dehesa.

El patrón le había sacado del hospicio, hacía tanto tiempo que ya ni recordaba. Su vida era tan sólo, por entonces, montañas desgajadas en aludes de grava, los valles interiores, poblados de humildes reses, y aquel murmullo, el soliloquio, la voz de los pastores, en la tertulia al pie de la ventana.

Aprendió a conocer todos los seres que pueblan la retama y la jara: el alacrán, cuya punzada ardiente sube en pos de la sangre, el vástago, que chupa dulcemente la leche a las cabras, la zorra, el lobo, las brillantes lisas, la vaquiruela, huésped medrosa de las lluvias, y abajo, en los umbrosos rincones de los ríos, la nutria.

—La nutria sabe distinta, a caza o a pescado, según se la mate en monte o en el agua.

—¿La vio usted? ¿Vio usted alguna?

—Unas cuantas. Más de una y de dos...

—¿En qué río?

—¿Qué más da? En alguno sería. ¿A que no sabes tú cómo se desuella una nutria?

El chico no contestaba. No lo sabía. Como siempre, desde la oscuridad, acechaba la respuesta.

—Se la coge —respondía el pastor, alzando el brazo como si manejara un cuchillo— y desde el hocico, de adentro afuera, se va cortando, cortando, hasta separar la piel. Se saca entera para que sirva. Así...

Hacía una pausa y seguía preguntando:

—¿Sabes por qué tiene ese hocico?

—¿Qué hocico?

—En punta, como un perro. Para las truchas. Las sigue y las saca de las piedras. Hasta el fondo se mete.

Otras veces enseñaba al muchacho, atento y silencioso, cómo curar el veneno del alacrán, matando el bicho, friéndole y posando el cadáver como una cataplasma sobre la picadura.

—¿Y la historia del vástago? ¿Sabes la historia del vástago? ¿No sabes que hubo uno que conocía al pastor por la manera de silbar? Le silbaba y salía. Se ponía tieso, así... —blandía el brazo erecto, a un lado y a otro—; el pastor le ponía leche en una lata y la bebía.

—A todas las gusta —comentaba el de la piara—; a todas las culebras. Si una vaca echa sangre en la leche, es que ya el vástago estuvo allí.

—Cuando le llegó el tiempo de la mili, el pastor se fue, y al volver, después de que cumplió, subió al monte otra vez a silbarle al vástago. —Hacía una pausa como si la historia hubiese terminado—. ¡Pues le reconoció! Ahí tienes... Fíjate si son listos esos bichos. Mira si tienen memoria.

La eterna compañía de los hombres en casa, y la soledad de los valles, arriba, le hicieron poco hablador, tan silencioso, que los chicos del pueblo, cuando bajó el primer día, le miraron con prevención. Pero el trabajo común le fue uniendo a ellos y acabaron por aceptarlo tal como era. No se admiraron más de los largos pantalones impropios de su edad, ni de aquellas abarcas sujetas con correas, capaces de cortar el pie de un hombre. Supieron que era zurdo viéndole coger la barra, y la pica más tarde, cuando el carbón apareció.

* * *

Ahora recuerda el valle, apenas surgido el mineral, antes de que agotaran su riqueza, antes de que el filón, caprichoso, huyera hasta desaparecer montaña adentro.

Fue preciso tallar un estrecho sendero en la falda de roca, subiendo hasta media ladera en abiertos meandros, volando con cartuchos grandes bloques de pizarra que brillaban bajo el sol, rezumando aceite al desgajarse.

Iba un hombre delante. Trazaba con su varita el nuevo derrotero, deteniéndose a

ratos tentando con ella los bloques de granito, como yendo a alumbrar algún tesoro.

—Aquí hay que dar un tiro —decía.

Y proseguía incansablemente, montaña arriba, sin volverse a mirar cómo el ayudante marcaba con tres piedras el lugar del barreno.

El hombre de la varita vino de Asturias, donde había carbón en abundancia y la gente medraba en poco tiempo. Los chicos, espalando, mientras los hombres picaban, oían contar a menudo, cómo había entrado en la mina a los diez y seis años, y a fuerza de aguantar, trabajando cada día, había llegado a capataz, a poseer filones propios. Era cuestión de hacer cada día un poco más, y guardar también más que ninguno, igual que allá en América los indios.

Así, el chico, por ser más que ninguno, quiso suplir a un barrenista gallego que el compañero dejó sin una pierna, al írsele la cabeza de la maza. El gallego mantenía firme la barra, haciéndola girar suavemente después de cada golpe que el compañero descargaba. Después, cuando ya el barreno iba profundo, metía la afilada cucharilla de hierro hasta que el mango interminable desaparecía, sacándola repleta de un polvo sutil: el alma de la piedra. Una mañana el mango se rompió, y el gallego, tras llevarse ambas manos a la rodilla, se perdió monte abajo, gritando. Bajaron los hombres tras él, seguidos de los otros barrenistas y los chicos. Tuvieron que buscar de firme hasta encontrarlo entre los abedules del río, con la pierna en el agua. Pero la pierna estaba negra, y días después, el médico tuvo que amputarla.

El compañero anduvo todo un día sin aparecer por el tajo y el chico no pudo presentarse, aunque el mismo miedo de la carne negra y tumefacta le espoleaba.

Cuando al amanecer, el otro volvió, el muchacho ya estaba en el monte, a medio camino. Le fue siguiendo en silencio. Al fin, el compañero hizo un alto, adivinando la pequeña sombra, que en el amanecer subía tropezando a sus talones.

—¿Tú qué quieres?

El chico vio el gesto violento; reconoció la voz quebrada de tanto maldecir, y calló. No supo qué decir, temiendo la respuesta.

* * *

Al año siguiente, con el camino franco, los compañeros comenzaron a llamarle «el Largo», porque el invierno le hizo crecer desmesuradamente. Ahora sí podía ser más. Pidió trabajo en la mina, y a pesar de que la galería no había crecido mucho consiguió que lo aceptaran. Ayudó a colocar el carril, y más tarde, a empujar la vagoneta que muy de mañana alimentaba el vertedero, con el sólido fluir del mineral.

Un par de veces ha bajado ahora hasta la boca, buscando los senderos que el nuevo trabajo, entonces, le fue haciendo conocer. Descubrió las entrañas de su monte, de aquella ladera vertical, azotada por los cierzos, viendo por vez primera su otra

cara, para él desconocida: el húmedo y tibio corazón de la tierra.

Allí picaban Marcial y Verbenas. Verbenas viéndole tan largo le decía:

—Tú crece, crece, que cuanto más alto subas más vas a agacharte luego.

Él callaba, porque nunca supo contestar a las bromas de los otros, pero a veces pensaba si su altura no le impediría con el tiempo llegar a más, dentro de la galería.

Aprendió a conocer las capas, la pica, los barrenos, el crujir agorero del entibado, la humedad, la máscara opaca que el agua pega al rostro, y la marca negra que deja sobre la carne, cada herida en la mina. A veces oía hablar de otro mal, de la enfermedad cuyo nombre nunca recordaba, pero aquella era una galería húmeda y bien ventilada, y el agua no dejaba saltar el polvo de la piedra.

—El polvo de la piedra salta, y tú, que estás respirando encima, te lo tragas. Te hace en el pulmón unas heridas pequeñitas, así... —Marcial señalaba entre sus dedos un punto infinitamente pequeño—. El pulmón es como una esponja. Es como el asma que no te deja respirar...

El chico no sabía qué era el asma, pero callaba.

—Estás con fatiga y con ansias todo el día, y cuanto más lo fuerzas, más se daña.

Aunque escuchaba atento, nunca llegó a tomarse en serio aquella historia. Ahora que ganaba su primer dinero, quedando libre al atardecer, ahora que, si el trabajo dura un año, pensaba echar bicicleta como los otros, no iba a preocuparse por algo que apenas alcanzaba a comprender, algo tan insignificante que ni ver se puede. Además, ninguno de los picadores perdía romería, sobre todo Verbenas, cuyo nombre jamás pudo descubrir a fuerza de oírle llamar por el apodo con que su afán constante le había bautizado. Opuesto en todo a los pastores, sus viejos amigos, nunca les vio guardar un sueldo para las malas rachas, ni callar un secreto, ni cazar los domingos una pieza que no fuera compartida.

Durante un tiempo, temió que el carbón fuera a terminarse antes de poder él comprar la bicicleta entera. Observaba el filón junto al picador de turno, preguntando.

—No tengas miedo —le contestaba Marcial—. ¿Qué importa que se acabe?

—¿A ti te viene igual?

—¿Crees que no hay más carbón en este mundo? Aquí están estos dos brazos para darme de comer adonde vaya.

Los blandía, confiaba en ellos como en dos fieles herramientas, como en dos robustos hijos. Debían constituir todo su capital, la única riqueza de Marcial y Verbenas.

* * *

Frente a la casa, las cumbres se han borrado, fundiendo su último perfil en la noche que avanza. El viento huyó; hay una pausa cálida. El camino no es empinado y,

sin embargo, hay que hacer un alto para recuperar la respiración perdida. El pecho retumba.

Allí junto a las tablas de la cohorte está arrimada la vieja bicicleta que el hijo del nuevo patrón le pide prestada algunos días para bajar al pueblo. Tanto da ya, regalarla. La trajo pensando alguna vez volver a utilizarla y porque en cierto modo es como un viejo animal al que su destino estuviera ligado. Esas llantas cubiertas de grietas remendadas le llevaron a Asturias en su viaje inicial, a la fonda de la primera noche, a casa del primer capataz, en busca de trabajo.

Por entonces se acordó mucho de su amigo Verbenas, pues también él conoció fiesta tras fiesta, y como su maestro, en las húmedas noches de la cuenca aprendió a buscarse la buena compañía.

—¿Qué, rubia?; ¿bailamos?

La rubia le echaba una rápida ojeada y tras previa y tácita consulta con la amiga, aceptaba o no, según el fallo.

El fallo fue poco a poco mejorando hasta tornarse siempre favorable al año en que llegó a picador de primera. Como los veteranos, se acostumbró a prescindir de la máscara, porque sofocaba y era como respirar un viento cálido y denso.

El capataz, a menudo le prevenía; pero ni él mismo debía creer en la eficacia de la esponja.

—El polvo malo, el fino, pasa igual; y el otro no daña, el otro lo escupes con la tos —decían los compañeros.

Y aun había quien lo respiraba adrede por pasar los tres grados y cobrar el retiro, y quien picó siempre desnudo sin temer al grisú, capaz de abrasar toda la piel en un segundo.

Así andaban las cosas cuando el médico le mandó llamar.

* * *

¿Por qué —piensa, caminando de nuevo— el cuerpo enfermo recuerda siempre el valle en que nació? Al fin y al cabo él había nacido allí, ese es su valle: los puertos, las montañas, la antigua carretera cruzando rumbo al mar, ante la casa. El patrón es otro. Tiene un hijo pequeño que cada semana baja al pueblo, a buscar el correo y el dinero que para el huésped manda la Compañía puntualmente. También son otros los pastores y el hombre de la piara. Él mismo es ya un extraño.

Los pastos que el verano no llegará a agostar vibran bajo la vaga luz del cielo. Llegando a los corrales, busca la llave que la patrona, antes de acostarse, ha dejado escondida en el quicio de la puerta. También en la cocina está el vaso de leche. Sólo queda dormir. Al cabo de una hora, saldrá la luna y bañará la venta. Los perros ladrarán; irán borrándose, una por una, todas las estrellas.

HOMBRES

En agosto llegaron los portugueses. Vinieron con la carretera, bordeando la sierra, cortándola a veces, por el fino través de las gargantas.

Sombreros pajizos de anchas alas, rostros y manos bruñidos por el sol, sudaban todo cuanto puede un hombre en el día más agobiante del verano.

Miguel era de Montealegre, un lugar que cae cerca de la frontera, y labraba piedra para el peralte de las curvas. Él me enseñó a hacer sortijas, como los presos, con un martillo y un clavo de herradura. Se pasaba el día diciendo:

—Estoy deseando terminar esta maldita carretera. Me vuelvo de una vez a mi tierra. Asco de gente...

Nosotros le veíamos golpear las losas de granito, y sentados en el muro del río, le preguntábamos:

—¿Dónde cae tu tierra, Miguel?

—Al otro lado —y señalaba al sur con la cabeza.

—¿Cuál?

Alzando sobre la frente las gafas de tupida rejilla, respondía:

—Portugal: la mejor tierra del mundo, chicos.

Echaban capas de grava y cemento, y grava otra vez; parecía que no fueran a acabar jamás, avanzando tan lentos, metro a metro, quedando en el mismo sitio muchos días. Dormían en las eras, los rostros ennegrecidos, mirando al cielo, entornando a medias los ojos bajo la hilera gris de las pestañas quemadas, o en los pajares, entre emanaciones de hierba aún sin fermentar; donde les cogía la noche, y podían tumbarse y recordar a la mujer y los chicos, muchos kilómetros atrás, esperando el fin de los trabajos.

Al llegar a los pueblos el capataz se adelantaba para hablar con el alcalde, o con el secretario, o con el presidente si el sitio era pequeño, para ver de arreglar el alojamiento y la comida, si la había, porque cruzaron pueblos más pobres aun que los canteros y peones, infinitamente más pobres que capataces y listeros, aldeas

miserables que quedaron atrás, colgados en la cima de los montes, en algún amarillo ribazo, sin alcalde, ni cura, sólo con un rebaño de niños grises, delgados, que miraban silenciosos el lento taladrar de los barrenos.

Como habían previsto los ingenieros, se llegó al puerto en los primeros días de noviembre. Ya poco antes cayeron dos fuertes aguaceros y una nevada que no llegó a cuajar. Un gallego que trabajaba la madera, murió de pulmonía, pero los restantes llegaron con la carretera hasta el límite mismo de la provincia. Hubo fiesta y subió el gobernador, y un representante del Gobierno para cortar la cinta que abría el paso. Días más tarde, en tres camiones, bajaron los obreros hasta el ferrocarril, y desde allí, luego de comer por última vez juntos todos, cada cual marchó a su tierra.

Pero Miguel se quedó.

—Es que aún tengo asuntos que arreglar por aquí.

—Nadie supo qué asuntos serían. Yo pensé que marchaba al día siguiente, pero a la otra mañana, aún estaba.

Apoyado en el antepecho del puente, miraba el agua.

—De mañana no paso...

—¿Qué estás mirando? ¿Las truchas?

—Igual que las de mi tierra.

—Serán las mismas...

—Las mismas... —Tiró una piedra al agua, espantándolas.

Al otro día, cuando volví de llevar el almuerzo a mi tío que segaba, me lo encontré podando un chopo del cementerio. Me llamó desde lo alto.

—¿Todavía no te has ido? —le pregunté.

—Calla y échame la botella.

La botella del agua estaba al pie del árbol refrescándose.

Se la eché arriba y él la cogió al vuelo, bebiendo sin bajarse, sin perder un sorbo.

—¿También sabes podar?

—Sí, señor, también.

—¿Pero cuándo te vas? —insistí.

—La semana que viene. Pronto...

No se marchó a la semana siguiente, ni a la otra, ni al año. Se quedó y allí está aún, enterrado, no en el cementerio como los otros hombres, sino en un prado alto, pasto común en las afueras del pueblo.

* * *

Subiendo, a media montaña, más allá de los últimos rebaños, corrían dos valles interiores, abrigados, cálidos hasta en invierno, donde una fuente mana plana, silenciosa, con lento deslizarse entre el césped, haciéndole crecer muy alto, casi tan

fino como los pajones. Estos alcanzaban la altura de un hombre, y cuando la luz se filtraba entre ellos, podía verse la figura desgarbada de alguna cigüeña posada, o andando torpemente a ras de tierra.

Todo aquello; los valles, la fuente, las cigüeñas, se lo enseñé a Miguel un día, y aunque no dijo nada estuvo largo rato ensimismado, acariciándose la barba como cada vez que andaba pensativo. Luego exclamó en alta voz:

—¿Qué será de todo esto, cuando uno se vaya al otro mundo?

Yo le miré, pero bien se veía que no era a mí a quien preguntaba.

Al año se casó. Como todos los de por allí que no tenían dinero, ni tierras, ni fortuna, escogió una viuda a la que su primer marido dejó rica. Cuando salieron de la iglesia, la mujer sonreía. Era como si su duro y enteco rostro hubiera rejuvenecido, como si toda ella hubiera vuelto a los alegres días del primer matrimonio. Miguel, a la mañana siguiente, se levantó temprano, y bajo la mirada maliciosa de los demás, fue a su trabajo como de costumbre.

Tres meses duró la paz. El día en que las cosas se agriaron Miguel salió a segar antes que nadie y volvió de noche, su cara gris, sus ojos como muertos.

Estaba yo con otros chicos en la bolera, viendo a los hombres desafiarse contra cuatro asturianos, cuando pasó a mi espalda.

—Ven para acá —me llamó.

Seguimos carretera arriba, bordeando el río, fuera ya del pueblo.

—¿Qué dicen por ahí de mí? —preguntó al fin, pasado el cementerio.

—Nada... ¿Qué van a decir?

—Creía...

—Una vez oí que presumías mucho para no ser de este pueblo. Miguel no respondió.

* * *

Viendo noches enteras la luz encendida en casa de la viuda, los vecinos se preguntaban cómo irían las cosas allá dentro.

Negó mucho el día de difuntos. Aquel invierno aprendí lo de los anillos. Los días eran breves y fríos, y las noches largas. Hicimos muchos golpeando la plata o el hierro, o monedas de níquel. De tres clases los hicimos. En enero hubo subasta y Miguel compró un solar. Decía que quería hacer una casa para él solo y hablaba de ello como de una vieja idea, aunque hasta entonces nadie se la hubiera oído mentar.

Empezó solo pero luego trajo dos peones y un hombre para que le cavara los cimientos.

—Eso es que la deja —dijeron los demás, hablando de la viuda.

La casa crecía. Todos los ratos que le quedaron libres en la siembra y, más tarde,

en la siega y la trilla, los aprovechó para labrar las piedras. Aseguraba que iba a ser la mejor de todo el ayuntamiento y parecía ir a conseguirlo, porque hacía las cosas con cuidado y con gusto.

Los hombres viendo salir la casa adelante, murmuraban. Parecían sentirla ante ellos como una vaga ofensa, y algunos como un directo desafío. Sobre todo el día que le oyeron exclamar:

—Aquí no se trabaja la piedra... Aquí nadie entiende de eso, ni de nada...

No contestaron, pero a la tarde, uno exclamó:

—A este hay que pararle los pies un día. Se lo conté a Miguel, pero no se ofendía.

Al contrario, me preguntaba como siempre:

—¿Y qué más dicen?

—Que no sabes labrar ventanas, ni una puerta, ni un dintel...

—Ya aprenderán, si esperan.

—Y que no vayas diciendo por ahí, eso de los hombres...

—¿Que no entienden?

—Eso...

Nunca pudo la viuda ver con agrado el nacimiento de la casa. Parecía ignorarla, a pesar de que desde su ventana, debía ver cómo crecían los muros palmo a palmo, al otro lado del río.

Al año me enseñó Miguel la llave:

—¿La ves? Ya está casi terminada. Fíjate si sé hacer ventanas.

La vimos por dentro y fuera. Estaba tan alegre como en sus buenos tiempos, cuando aún andaba soltero y pensaba, cada semana, volver a Portugal. Se lo dije, y puso tal cara y una voz tan triste que me dio pena haberle hablado de ello.

—Eran otros tiempos, chico, eran otros tiempos.

De pronto empezó a contarme lo cálidos que eran los inviernos en su tierra y cómo de chico, igual que yo, había pasado sus mejores tiempos, antes de ser peón, ni cantero, ni nada.

Cuando puso el ramo en el tejado, como se hace siempre al acabarlo, la viuda huyó a León, a casa de un primo, carnicero. Miguel estuvo una semana sin salir, y cuando ya el presidente pensaba visitarle, se adelantó yendo a ver al secretario.

—Quiero vender la casa grande. Sacarla a subasta.

—Hombre, la casa es de tu mujer.

—Si es de ella, será mía, digo yo...

—Es que está a su nombre. Bien que lo siento, pero ni tocarla puedes...

Vendió los animales y el pan de la cosecha, viviendo de ello aquel invierno, pero también aquel dinero se acabó y tuvo que ir entrando de jornalero, como antes, por cada una de las otras haciendas.

Lo mató un hombre que aún está en la cárcel. Lo mató quizá por sus palabras,

quizá por la casa, quizá por nada o por algo que nunca quiso decir.

Habían quedado solos los dos en un prado alto, cerca del valle que yo enseñé a Miguel, y al oscurecer, bajó el hombre demacrado. Sin decir palabra, cruzando el pueblo, se encaminó al cuartelillo de los guardias.

—Vengo a que me detenga, cabo.

—¿Qué te pasa?

—Que maté al portugués...

Tenía un negro corte de guadaña en el cuello, bajo la barba. Tardaron en decidirse a levantarlo, y sólo cuando el médico lo vio, lo bajaron al pueblo. El cura no quiso que fuera enterrado en lugar sagrado y le cavaron la tumba donde ya dije, en un rincón del prado donde por mayo nace la flor de la genciana.

HISTORIA DE JUANA

En un instante ardió la retama, y la leña húmeda estalló en una serie de chasquidos haciendo surgir al humo recto por el tiro. Juana estiró sus brazos dormidos, cerrando con placer los ojos en tanto de arriba llegaba la voz del padre:

—Juana...

—Ya va.

—El almuerzo. ¿Está?

—Ya va, ya va... Está casi. Está en la lumbre.

Burbujeaba el agua en la cazuela; el olor de la leche inundó la cocina, y Juana, ante el espejo, tentó su pelo para arreglárselo. Por más que hizo lo vio caer seco, lacio, junto a las sienes. Amanecía; la habitación comenzaba a surgir de la penumbra, brillando en las paredes los contornos de cobre, los cazos dorados.

—Dale un pienso al caballo, que no se te olvide.

—¿Va a venir a comer usted?

—Puede que venga tarde, si me entretienen.

Juana bajó los escalones macizos de la cuadra, con el farol en la derecha y la gran llave, fría, en la otra mano. En el vaho oloroso del establo, la luz reveló los grandes bueyes, dormitando al fondo, moviendo silenciosamente la cabeza, para alzarla, luego, mirándola un instante con dulzura.

El caballo, inmóvil, al extremo opuesto, golpeando inquieto, con los cascos las losas del suelo. Cuando la vio llegar, alzó rápido su pequeña cabeza, siguiéndola en todas sus idas y venidas hasta que estuvo aparejado. Fue tras ella dócilmente estremeciéndose con el frío del corral cuando salieron fuera. Unas suaves palmadas en el lomo:

—Quieto, caballo, quieto.

Fue preciso hincar con la rodilla en la panza para hacerle expulsar el aire y cincharle luego. Por fin, todo quedó listo: la leche hirviendo arriba y el caballo aparejado en el corral.

El padre desayunaba leyendo el periódico atrasado que cubría la mesa. Bajó calzándose los guantes de piel. Juana arrimó el animal al porche, para que montara, y durante un instante aún se oyó en el callejón el rumor de los cascos antes de perderse.

Hubo un tiempo en que fueron tres hermanas: Carmen, Herminia y Juana, pero al casarse las otras dos, quedó ella sola a vivir en la casa del padre.

Después de las bodas, sólo volvían por las fiestas del santo, con los trajes nuevos al brazo, envueltos en papeles, y los zapatos duros, sin estrenar, en la mano.

El padre, viudo desde hacía algunos años, subía el correo de cuatro pueblos, pero cuando no podía bajar a la estafeta, era Juana la que montando en el caballo, llevaba la valija.

Iba la muchacha acompasando el movimiento de su cuerpo al de las ancas del caballo, mirando pensativa los prados florecidos, los barrancos, las rocas cubiertas de helechos que parecían marcar sobre el camino, la calzada sinuosa hasta el puente romano. El caballo, siempre al paso, siempre sobre las huellas del día anterior, ni siquiera intentaba forzar la marcha cuando otras cabalgaduras le adelantaban.

—Adiós, Juana.

—Hasta mañana...

Y un hombre sobre un burro, con la guadaña al hombro como una muerte pequeña, cruzaba entre ellos, volviendo de la siega.

¡Qué fiestas las de Juana, al cuidado de los sobrinos, haciendo el mazapán para los tres curas de la misa grande; preparando la mesa para la cena, después del baile!

Ella iba a la tarde, y volvía pronto, apenas comenzaba a anochecer. A veces la invitaban a tomar una copita en los puestos de la feria o la regalaban alguna baratija que guardaba con celo. Muchos la querían por su buen conformar, y en el invierno, cuando cuidaba de la limpieza de la iglesia, y de que no faltara vinagre en las vinagreras, ni vino para consagrar, el cura decía, hablando de ella, que ganaría el Cielo por los trabajos que pasaba y lo buena que era aquí, en la Tierra.

—¿Sin pasar por el Purgatorio?

—¡Sin rozarlo siquiera!

Llegó el primo de Asturias enfermo, amarillo del polvo del carbón, tosiendo con la muerte dentro. El padre del muchacho sólo estuvo quince días y volvió a Asturias, dejándolo en sus manos.

—Cuídamelo mucho, ¿eh?

—Ya verá qué bueno se pone en unos meses.

Los quince años del primo, pudieron al fin enderezarse. Su rostro fue poco a poco tomando otro color. Con el buen tiempo se acabó el quedar en la cocina. Salió al campo, con los demás muchachos, y como no tenía oficio ni trabajo alguno se aburría.

Juana, entonces, decidió un día subirlo al aparejo y bajarlo con ella a buscar el

correo.

Iba el chico derecho sobre la cabalgadura silbando algún aire de su tierra, y Juana detrás, el brazo en su cintura, sujetándole. A veces el caballo volvía la cabeza, oyendo la canción y acompasaba el paso.

A los que le preguntaban, Juana respondía:

—Es mi primo. El primo que te dije, que ha venido de Asturias.

Cuando el muchacho quería galopar, Juana no se oponía, aun a sabiendas de que el padre no quería verla volver con el animal sudado.

Iban los dos unidos, corriendo sobre el césped mullido como un blando colchón, al borde de la calzada. El primo, cuando el animal recobraba el paso, exclamaba:

—¡Qué bien estuvo esto!

—¡Con tal que no se entere mi padre!

—¡Por qué se va a enterar!

Al paso del caballo recobraban la calma y, más tranquilos, seguían cabalgando bajo el sol brillante de las doce del día.

La costumbre hizo al chico imprescindible. Juana no volvió a bajar sola, y una noche que el padre se acostó temprano, quedaron los dos en la cocina, cenando frente a frente.

—¿No tienes gana?

—No —respondió la muchacha.

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo, será por el calor!

—Se le quedó mirando.

—¿Por qué me miras así?

—¿Cómo?

—Así, de esa manera.

—Por nada.

Una nube roja cruzó el rostro de la muchacha. El chico sacó una carta del bolsillo y comenzó a leerla.

—¿Cuándo te marchas?

—Dice mi padre que me espere hasta que venga él a buscarme.

—¿Va a venir ahora?

—En septiembre. ¿Qué? ¿No te alegras?

—Claro... ¿Cómo no?

Al día siguiente y un mes aún, continuó bajando Juana con sus veintisiete feos años, unida al primo sobre la cabalgadura.

Se reunieron en un corral, tras el cementerio. Eran cuatro; cinco con el primo más tarde, en la cantina siguieron charlando entre el olor a pez de los pellejos.

—Tú pídeselo, ya verás si te lo da... No puedo.

—A ti lo que te pasa es que te da miedo.

—¿Y por qué me va a dar miedo si es mi prima?

—¡Si está por ti, hombre! ¡Vaya si te lo da! ¡Tú pídele cariño! A la hora de la siesta, entró el primo en la cocina.

—Hola, Juana...

La muchacha alzó los ojos y le vio en el quicio, dudando.

—¿Está tu padre por ahí?

—Ha salido. A ver al presidente. ¿Qué querías? El primo tragó saliva y comenzó:

—Verte...

EL SARGENTO

Volvimos a Caimanera después de pasar días tan frescos en la sierra. Nos trajeron a toda prisa, a mataballos, para relevar a un batallón de voluntarios que marcha a Baracoa. ¡Qué hombres de cuerpo entero estos voluntarios! Todos soldados viejos, muchos de las otras campañas que se conocen el país como la palma de la mano.

En el Jovito, a punto estuvieron de coger prisionero al mismo Máximo Gómez, matándole el caballo y haciéndole correr en el del ordenanza. Así se puede hacer carrera y ganar estrellas. En las guerrillas de voluntarios, o asciendes o te matan, pero aquí, en el puerto, no hay quien te saque de sargento. Hasta parece que de tanto bregar con los quintos nuevos, te meten en el cuerpo el miedo que traen a la manigua y a los insurrectos.

Todo el día lo pasan con preguntas.

—Mi sargento, ¿es verdad que los insurrectos nos llaman patones?

—Sí, es verdad.

—¿Por qué, mi sargento?

—Por las patas. ¿Por qué ha de ser?

—¿Cuándo vamos al frente, mi sargento?

No se les acaba de meter en la cabeza que no hay frente, que lo mismo le dan a uno el tiro aquí que a dos leguas de Santiago.

Había que verlos el día que los llevamos a foguear... Fuimos al cerro de las Palomas, porque allí siempre hay gente alzada, y nada más acercarse, tirotean por los cuatro costados. Por más que les mandaron pegar al suelo y no moverse, corrían como liebres, hasta que el capitán, que ya se barruntaba algo por lo que otras veces vino sucediendo, me mandó a mí con otros tres sargentos guardar la retaguardia y con el plano del sable repartimos tantos mandobles que ni a uno se le volvió a ocurrir darle a las piernas. Cuando a la vuelta pasamos lista, nos habían diezmando la compañía. Llegamos casi tantos heridos como sanos, y, como toda la noche estuvo lloviendo, a muchos les entró la fiebre en los huesos.

Esto nos pasa por no llevar la tropa en condiciones. ¿Qué van a hacer estos mozos, si hasta ahora no habían salido de su pueblo? Si el Gobierno dejara a los voluntarios arreglárselas por su cuenta, acababan con la insurrección. ¡Cómo que es de razón que un hombre como el general Caniella que ya era coronel en la otra guerra y pidió el mando nada más sublevarse Máximo Gómez, sabe de guerra más que todos los bisoños que vienen de Madrid a pedirle cuentas!

Entre heridos y enfermos tenemos ciento treinta y dos, casi todos con fiebres. Parecen muertos a los tres días de estar en la cama. Ha empezado a llover y seguirá lloviendo un mes, por lo menos. No hay nada que hacer más que tumbarse y oír cómo cae el agua en las chapas del tejado y en el patio, sobre las cenizas del estiércol que quemamos cada noche para espantar a los mosquitos.

Todas las mañanas, antes de tocar diana, hay que formar un piquete para enterrar a los que mueren por la noche. Me encargan a mí de ello porque soy el sargento más antiguo, el de más confianza. Los metemos en sacos de los que llegan con fríjoles de La Habana, y en las camillas van, como si fuesen heridos, al cementerio.

El cementerio ha habido que agrandarle porque ya se quedó chico en el otro alzamiento.

El capitán siempre dice que vayamos sin ruido, dando rodeos para que no nos vean los del pueblo, pero desde que Weyler hizo venir a todos los criollos y mulatos de las plantaciones, hay mucha gente aquí, y siempre nos tropezamos con alguno. En cuanto nos ven, corren como si llevaran el diablo entre las piernas. Un negro congo que tropezamos la última noche, junto al puerto, se quedó santiguándose cuando pasamos, y, al volver, aún estaba allí como viendo visiones. Los camilleros querían tirarlo al agua, a ver si se le pasaba *el* pasmo.

Con las lluvias, la gente que antes dormía al raso, ha tenido que meterse en la iglesia. Muchos heridos fueron a La Habana. De todos modos, aquí no caben y ha habido que techar parte del patio y colocar hamacas, así que ahora nadie duerme; ni los enfermos dentro, sudando; ni los sanos fuera, porque los mosquiteros los necesitan los enfermos...

La noche del jueves murieron otros seis. Llevaban varios días con los ojos como fuego y fiebre de cuarenta. Cuando empiezan así todo se les vuelve llamar a su madre y a la novia, y hay que quitarles la luz porque les daña. Se pusieron amarillos; se les fue pegando la piel a los huesos, se secaron por dentro...

El teniente pasa por aquí cada mañana; les da agua con limón y hielo para el vientre. Se ve que algo les alivia porque se duermen un poco, aunque siguen sudando.

El sargento del batallón del Príncipe me hizo señas. Había cogido las fiebres en Mayanabo y lo trajeron aquí porque en la otra orilla andan aún peor de camas. Me contó que estuvieron cerca de una semana sin rancho, que el pan no les llega y que el agua está revuelta y rancia. Por eso cogió las fiebres.

—Compañero, ¿sabes qué esperan todos esos insurrectos?

—¿Qué, sargento?

—Que cojamos las fiebres todos y tengamos que marcharnos.

Se levantó a medias y puso sobre el embozo de la cama el sable que estaba en el suelo.

—Oye...

—¿Qué quieres?

—Oye hermano, si esos marranos se salen con la suya.

—¡Qué han de salir!

—Calla, calla... —movía la mano como los viejos cuando se enfadan—. Si me muero, no te olvides de mandar el sable a mi familia.

Le dije que sí, que se lo mandaría, aunque los oficiales tienen orden de recogerlos, pero quedó tranquilo y se durmió. Según llegaba la noche, le fue subiendo la fiebre y deliraba: ¡Qué cosas debe uno ver! No hacía más que repetir: «¡Marranos, marranos!», y sudaba como un pollo. Luego vino el vómito, y allí quedó aquello negro hasta que los enfermeros lo fregaron. El olor no se iba, y por si era poco, el sargento se puso a tiritar tan fuerte que parecía que el catre iba a saltar. Cayó rendido. Se puso a cantar. Respiraba hondamente y cantaba en voz tan baja que apenas se le oía.

*Dice un general mambís
que en esta revolución
no ha de quedar un patrón...*

Dejó una carta para la familia y nadie se molestó en echarla al correo porque todo el mundo sabe que las cartas nunca llegan a España.

Ayer estuve en La Habana. Como soy el sargento más antiguo, me llamó el capitán para que le llevara un despacho. ¡Si también se acordara de mí a la hora del traslado! ¡Si me sacara de entre tanto enfermo y me llevara a Baracoa con los voluntarios! Los voluntarios no tienen que enterrar a los muertos todas las mañanas. Dicen que la semana pasada hicieron un copo de cincuenta insurrectos y no escapó ni uno. Toda la noche, con el agua a la cintura. Tres quintos ganaron galones, y al día siguiente ya estaban en Cayoquian, en la otra punta como quien dice.

La Habana está que ya no se conoce. Si aquí van mal las cosas, allí tampoco marchan. Las tiendas de la calle del Obispo están cerradas casi todas. No se ve un alma por los paseos. Se conoce que tienen pocas ganas de juerga. Solamente la viuda del general Artigas ha dicho que estará allí mientras no la echen los americanos, y todas las tardes pasea en volanta con un calesero negro, como si no hubiera guerra, ni insurrectos, ni nada. El teatro Villanueva le cerraron y lo mismo el del Tacón. Todo el mundo dice que los americanos van a entrar en la guerra y nos echarán al agua.

¡Qué buenos tiempos, cuando la noche, en el paseo de Isabel II, había tantos coches que ni pasar se podía! Los señores iban a caballo, y tocaba la banda en el templete. ¡Quién iba a decir lo poco que todo duraría! Ahora las calles están vacías y en mi vida torné con más gusto el tren para Santiago.

Íbamos casi todos militares, menos nueve o diez mulatos, que, como ven que tienen la guerra casi en la mano, no se andaban tapando para cantar. Veníamos medio dormidos, y empezaron a tocar palmas acompañándose unos a otros:

*Ha venío un generá llamao Martine Campo
con mucho sordao blanco para vení a operá...
Se marchó a la Vuelta Abajo y aumentó la insurrecció
echó las llave al ma y para España volvió.*

Esto no se hubieran atrevido a cantarlo hace un año, pero ahora vamos de cabeza. El tren no llevaba más que heridos para el hospital de sangre de Santiago, pero aun así contestamos:

*En el fuego del Jovito
donde Robles se batió
Antonio Maceo gritó:
¡Machete, que son poquitos!*

Todos reíamos, hasta los mulatos, porque para ellos es la música como el ron, que no pueden pasarse sin ella, y por oír unas coplas bien cantadas son capaces de andar diez leguas y hasta olvidar que somos españoles.

Seguía lloviendo cuando llegué a Guantánamo. Era ya noche cerrada, y calado como estaba tuve que irme hasta Caimanera porque no encontré un mal caballo, ni un chamizo donde aguantar el agua. Cuando me metí en la cama, sentí un ramalazo frío por todo el cuerpo. Me asusté, pero tapándome bien, se me pasó. Entré en calor y dejé de temblar.

A la mañana siguiente, cuando me fui a levantar, todo el barracón me daba vueltas; me dolía el espinazo y sentía el estómago como si me dieran en él con un martillo. El teniente vino a verme. Me preguntó si tenía ganas de arrojar y le contesté que no, pero no era verdad, todo el día anduve con angustia.

—Mi teniente, ¿son las fiebres?

Se lo pregunté cuando tenía la cara tan cerca de mí que le podía hablar bajito.

Me tomó el pulso, mirándome lo blanco de los ojos. Como hay tan mala luz, le trajeron un farol de queroseno.

—Mi teniente, ¿son las fiebres?

—No sé, sargento, ya veremos mañana.

Aquel día me dejaron en el petate sin llevarme al hospital. ¡Qué de cosas se ocurren, mirando al techo, cuando se figura uno que está en capilla! Todo el día pensando... Cosas buenas cuando por la mañana no hay fiebre y entra un poco de sol por las rendijas del techo; cosas tristes, malas, cuando empieza el dolor en el estómago y va subiendo poco a poco la calentura.

Ahora, en el hospital, donde hay tantos como yo, echo más cuentas que un mercader. Si me salvaré..., si no me salvaré..., si volveré a España, si me enterrarán aquí..., si el teniente dice la verdad o miente para animarme.

Como he visto tantas veces morir de esto, cada día me fijo en cómo me tratan y recuerdo lo que hacía yo con los otros cuando era enfermero. Hace días estaba un poco mejor y pensé escribir a la familia, pero me acordé de lo que hacen todos al morir y me eché a temblar. Además, las cartas nunca llegan... A la noche me subió la fiebre a cuarenta, pero al fin pude escribir, aunque mi trabajo me costó. También quise pedir el sable, pero me estaba acordando, con sólo verle, del otro sargento, el que cantaba...

No sé por qué cuando uno está enfermo se empeña en escribir. Será porque se está solo y se piensa así que tiene a la familia cerca. Eso debe ser, porque llené tres hojas diciéndoles que estoy bien y que la guerra acabará pronto. ¡Y tan pronto...!

Devuelvo todas las noches. Siempre mancho el embozo que luego huele. Los enfermeros me riñen. Parece que no se den cuenta de que uno no puede levantarse tan pronto como le vienen las ansias. Se lo conté al teniente que los mandó llamar y los cuadró, y les echó una bronca. Yo creo que los muy zorros se ceban en mí porque soy sargento y no puedo valerme. Yo siempre los traté bien, a dos de ellos ni siquiera los conozco, pero les gusta reñirme. No sé por qué, pero les gusta...

El teniente viene todos los días. Me toma el pulso y la fiebre y la anota en la tablilla. Se ve que trabaja mucho. Cada vez está más delgado, y se le hunden los ojos en la cara. A veces cierra los ojos si se sienta a charlar conmigo. Él también tiene la familia en España. Tiene mujer y dos hijos, y lleva cerca de tres meses sin saber nada de ellos. Me dice que no me apure, que ha curado a muchos, que lo principal es querer ponerse bien y hacer al pie de la letra, justo, lo que él manda.

Lo hago, tomo todas las medicinas que me da, pero veo que el tiempo pasa y esto no adelanta. Ya salió aquello negro, y sé, también como el teniente, que cuando aparece hay que irse preparando...

Anoche soñé con los voluntarios. El capitán me había hecho caso, al fin, y estaba con Vaquero. Íbamos entre la manigua hasta Baracoa. Debía ser algo grande aquello, porque el general iba muy serio en su caballo. Yo estaba muy contento. No era más que eso que digo, pero en mi vida me encontré mejor.

Ya sueño siempre, de día y de noche. Hay veces que despierto, y viendo el barracón, no sé si es otro día. Abro los ojos y veo el techo del barracón o las sábanas

sucias o la cara del teniente que me mira. No sé lo que dice, no le oigo, debe ser lo mismo de siempre, lo mismo que a los otros. Todo es sudar y oír siempre un silbido muy fuerte en los oídos. Anoche oí a los caballos de los guerrilleros en el patio. Pasaron tan cerca de mí que creí que me aplastaban. Pasaron al galope...

¡Qué gente de pelo en pecho esta de las guerrillas! ¡Y la viuda del general Artigas paseando sola por La Habana! Esa sí que tiene agallas, también. Va a venir un general en visita de inspección... Van a afeitarnos a todos... Nos sacaron al patio para blanquear el barracón. Va a venir un general y nos afeitarán a todos...

Ha venido un general llamado Martínez Campos...

MUY LEJOS DE MADRID

El horizonte se iluminó súbitamente. Vino en la brisa el rumor parecido al crepitar de un fuego, y, como todas las noches, se extendió poco a poco señalando la lejana línea del frente.

El chico se incorporó en la almohada, llamando:

—Mamá, ¿no oyes?

—Duérmete. —La voz llegó como un susurro desde la habitación contigua.

—¿No oyes nada?

—Vas a despertar a tu hermano.

—¿Me dejas que vaya ahí?

—No.

—Ven tú aquí, entonces.

—Estate quieto, ya verás como te duermes.

El chico intentó cerrar los ojos, pero aun así, aquel fragor lejano le asustaba. De buen grado se hubiera cambiado por el hermano. Bien tranquilo dormía, mientras a él le tocaba pasar su miedo frente a la ventana abierta.

Habían llegado muy de mañana, en el autobús, con el resto de la colonia que la guerra sorprendió a mitad del veraneo. Desde que el frente cortó el ferrocarril, dejando en la otra zona al padre, los tres —la madre y los dos hijos— iban retrocediendo, alejándose más, acatando las órdenes de evacuar. Los días pasaban en procesión fugaz, como los pueblos, los trenes cargados de soldados, los nuevos jefes de control que cada mañana conocían. Aldeas blancas, solas. Ancianos impasibles, niños desconocidos, mirando sin saludar, sentados a horcajadas en las arribas de la carretera. Las llanuras, los ardientes páramos, ondulaban al paso del convoy, quedando atrás, apenas entrevistas. Iglesias asoladas, fuentes que aún desgranaban solitarias su fluir silencioso, y por encima de todas las cosas, el silencio de los hombres, su gesto hostil, desconfiado; el miedo de la guerra.

Y con el miedo la excitación, lo inesperado cada día, el encierro de la ciudad

salvado para siempre, un constante vagar entre campiñas nuevas, a punto de sazón, rodando desde que el sol se alzaba, hasta verlo caer tras las montañas.

Hubo un pueblo como el que soñó siempre, cada vez que leía en invierno historias de batallas, un pueblo cercado, con su viejo castillo de ventanas vacías, y muralla roída por el sol, trepando ladera arriba hasta abrazar los antiguos caseríos.

Sólo cuando las tinieblas se iban acercando, llegaba la tristeza y la melancolía de la noche lejos del hogar, lejos de casa. De bruces sobre el colchón cerca del hermano, se dormía al instante, pero, a poco, despertaba llamando a la madre.

—Mamá.

—¿Qué quieres?

—No tengo sueño.

La madre no respondió, pero ella también debía velar, porque en su alcoba, las baldosas crujieron.

—¿Estás levantada?

—Calla...

—Es que tengo sed. ¿Me traes un poco de agua?

—No hay...

—Tengo miedo.

—Duérmete. Ya mañana nos vamos...

Nuevos disparos vinieron a acongojarle de nuevo, trayéndole el recuerdo de su padre.

¿Estaría en Madrid aún? Recordaba ahora su semblante hosco, entrando en casa cada noche, sus largos silencios en la mesa, sus respuestas lacónicas.

Las disputas le hacían desvelarse a medianoche. Alzando la cabeza de la almohada, encontraba al hermano despierto ya.

—¿Qué pasa, Antonio?

—Duérmete, anda...

Siempre la dichosa palabra. Parecía que su única misión en la familia fuera dormir eternamente.

—Están riñendo —insistía.

—Tú, ¿qué sabes?

Se hacía el silencio y a poco llegaba la madre, entreabriendo con sigilo la puerta de la alcoba. Los dos quedaban inmóviles, entornando los ojos.

Meses después el padre bajó a despedirles, prometiendo en la estación que pasaría a visitarles cada domingo. La madre, a medio verano, cansada de esperar, decidió cierto día llamarle por teléfono. Volvió llorando, lo recordaba bien.

En los días que siguieron, antes de julio, el cartero se detenía ante la terraza.

—No hay nada, señora.

Y acompañaba siempre a sus palabras un vago ademán de la mano en la sien.

Frente a la casa, los relámpagos del frente apenas se distinguen en la claridad que nace.

—Mamá... Está amaneciendo. ¿Cuándo vamos a Madrid?

—No se puede.

—¿No se puede ver a papá?

—No se puede pasar.

—¿Ni por aquí, por el monte?

—Por el monte, menos todavía...

—Ayer, en la estación, estaban diciendo que un hombre se había pasado, por esta montaña... Oye mamá...

—¿Qué quieres?

—¿Dónde van?

—¿Quiénes?

—Los que pasan.

—A Madrid. ¡Qué se yo!

—¿Para qué van a Madrid?

—A ver a sus familias. A los que quedaron allí. No sé... ¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué no nos vamos también nosotros?

Un rumor de motores viene del campo. El chico mira desde el alféizar. Cerca de la estación hay luces que caminan abriéndose paso en la niebla que vuela disipándose.

—Mamá, ¿no oyes?

—Sí. Son coches.

—¿Vienen por nosotros?

—Puede ser...

—¿Nos vamos a Segovia?

—Donde nos lleven, hijo.

—Oye mamá; son camiones.

—Métete en la cama. Vas a coger frío.

El chico vuelve al lecho. La caravana sigue acercándose. Ahora debe pasar el cruce, junto al depósito de las locomotoras.

—¿Por qué no está papá aquí?

—No pudo venir.

—Pero los otros sí venían.

—¿Qué otros?

—Los de Antonio y Julito y Manolo.

—Tu padre trabaja mucho. Tiene mucho que hacer.

—Ahora ya no va a venir. No puede venir. No quiere vernos.

—No digas eso.

—¿Por qué no está aquí entonces? Es que tampoco quiere verte a ti.

—No digas eso nunca.

—¿Por qué?

—Porque es tu padre.

—Los otros venían los sábados y marchaban el lunes. Todos los sábados...

—Él tiene mucho que hacer.

—¿También los domingos?

—También.

—Es mentira.

—Cállate.

En el viento frío, con olor a jara quemada, llegan breves retazos de órdenes y una voz de mando prolongada, confundida en el latir de los motores.

—Mamá —llama el chico en voz más queda—, viene mucha gente.

—¿A la estación?

—En los coches. Soldados... ¿Nos vamos a Madrid, ahora? La madre no responde.

—¿Nos vamos a Madrid? ¿Cuándo?

—Dentro de unos días. Cuando pase esto.

—¿Y si no pasa?

La columna está tan cerca que su estrépito borra las palabras, mientras desfila al pie de la ventana. Sus luces amortiguadas, iluminando sólo un pequeño espacio ante las ruedas, parecen perseguirse pacientemente, hundiéndose en las primeras estribaciones de la sierra. Tan sólo un coche, queda rezagado. Se detiene. Aunque es distinto al de los otros días, el chico le reconoce.

—Mamá, ya están aquí. Ya vienen a buscarnos. ¿A dónde vamos hoy? Dos hombres han descendido y vienen hacia la casa.

—Mamá, ¿estás dormida?

—No. Vete vistiéndote, y despierta a tu hermano.

—¿Por qué lloras?

—No lloro.

—Sí estás llorando. Se te nota cuando hablas.

—Vístete, anda.

—No llores, mamá, no llores.

EL PRIMO RAFAEL

1

El primo Rafael también estaba allí. Miraba al soldado fatigado, su cara ensangrentada. Como él, como Julito, le vio salir de entre los pinos, en las cercanías de la estación. Ninguno de los dos huyó. El soldado apenas pareció verles. Hizo un ademán y cayó al suelo. Un caer suave, un lento deslizarse a lo largo del muro en que buscó apoyo.

Julio se echó a temblar.

—¿Está muerto?

El primo no respondía. Llegaron voces lejanas de hombres que venían acercándose.

—No sé... Mira, se mueve.

El soldado sintiendo las pisadas de los otros abrió los ojos.

—Chicos, largo de aquí.

Se volvieron. Un joven les gritó de nuevo a sus espaldas:

—Largo. No pintáis nada aquí vosotros.

Obedecieron apresuradamente y, ya lejos, miraron. El viento trajo las últimas palabras:

—... si mañana consiguen romper el frente...

Cruzaban ahora ante la estación desierta, caldeada como las vías centelleantes por el sol de las doce del día. Tres vagones pintados de rojo relucían en sus herrajes, en el hierro bruñido de sus topes, como la campanilla inmóvil sobre el despacho del factor. Lejos, en el horizonte, un oscuro penacho de humo se alzaba recto.

Al fin, Julio se atrevió a preguntar:

—¿Has visto?

Pero el primo no contestaba. Tuvo que hablar de nuevo:

—¿Quién era ese hombre?

—¿Del frente? ¿No lo has oído?

—¿De dónde?

—Del frente, de la guerra...

—¿Por qué lo sabes?

—Me lo ha dicho mi madre.

De pronto quedó silencioso. Entre el rumor de los pinos llegó un fragor desconocido, nuevo.

—De noche se ve todo —continuó—. Se ve hasta el resplandor desde la ventana de casa.

—¿Qué resplandor?

—¡Calla, calla!

Contó que la sierra se iluminaba desde hacía dos noches. Un resplandor intermitente que a veces duraba hasta la madrugada.

—¿Te quedas por la noche?

—Con mi madre.

—A mí no me dejan.

—Me dejan porque la da miedo.

—¿Es que no está tu padre?

—Se quedó en Madrid.

Se habían detenido ante los hoteles de los veraneantes. El pueblo aparecía ahora silencioso, más allá del camino del tren.

—Aquí vivo yo —declaró Rafael—. ¿Tú ya has comido?

—¿Yo?

—Que si has comido.

—Sí, sí, también.

¿Qué dirían en casa cuando no apareciese? Estuvo tentado de marchar, pero le daba vergüenza volverse, y sentía un gran deseo de seguir con su primo, tras la aventura del soldado herido. Así, cuando le vio subir sobre la caseta del transformador, a espaldas de la casa, no se movió. Le extrañó aquel modo de entrar en el chalet.

—¿Pero qué haces?

—Vamos a entrar. Anda, sube.

—¿En tu casa?

—¡Si no es mi casa! —Se echó a reír—. Te lo dije de broma.

—Entonces, ¿de quién es?

—De nadie. Ahora no es de nadie. Se fueron todos.

Sólo tuvieron que empujar las maderas de la ventanita para saltar a la cocina. En

la oscuridad se iluminaban los cercos luminosos de las ventanas. Un moscardón emprendió su vuelo sordo, fantasmal.

Pasando al comedor, el pequeño se estremeció. Aquel muro de la casa daba a la sombra y las rendijas de los marcos sólo dejaban pasar un tamizado resplandor. Intentó abrir.

—¿Qué haces? —El primo Rafael le sujetó el brazo—. Si nos ven desde fuera, nos llevan a la cárcel. Nos fusilan.

—¿Nos matan?

—Por robar.

Hasta entonces no sintió deseo de llevarse algo. Escudriñando la penumbra en torno a sí, abrió con cuidado un aparador de alto copete. Todo estaba vacío, cubierto de polvo, forrados los cajones con viejos periódicos.

—No hagas ruido —musitó el primo desde la habitación contigua.

—No encuentro nada.

—Ven para acá.

—Vámonos.

—¿Es que tienes miedo...?

—¿Yo?

—Escucha.

Guardaron los dos silencio y mientras Rafael llegaba de puntillas, se alzó más nítido aún, recogido en el ámbito de los cuartos vacíos, el rumor de los montes.

—¿Por qué tienes miedo?

Julio se encogió de hombros, a punto de romper a llorar, y Rafael, viéndole, se asustó un poco.

—Ya nos vamos. No te pongas así.

Brillaban las baldosas blancas del pasillo, cruzadas por diagonal de arabescos azules. El pasillo acababa en la cocina, y cuando Rafael fue a encaramarse echó de menos al pequeño.

Estaba de nuevo en el comedor.

—¿Pero qué haces? ¿Estás malo?

Saltaron la ventana. Un silbido grave llegó acercándose desde el monte. Cruzó muy alto sobre sus cabezas y fue muriendo al tiempo que se alejaba.

—Corre, corre todo lo que puedas.

—¿Dónde vamos?

—A mi casa.

—¿De verdad?

—De veras.

Se detuvieron al borde mismo de la terraza. Ningún nuevo rumor cruzó los aires. Los chalets parecían muertos.

—Espérame. Voy a ver si está mi madre dentro. Empujó suavemente la puerta, escuchando.

—¿Qué oyes?

—Pasa, pasa. Sí está.

Le hizo entrar en su cuarto.

—Espérame que vengo corriendo.

En la habitación frontera lloraba su tía, la madre de Rafael. ¿A quién esperaría todas las noches, mirando la guerra desde la ventana? Cuando cesaban los sollozos podía oír la voz de Rafael y luego a su madre lamentarse.

—Te van a matar. Te matan un día andando por ahí. A poco volvió Rafael.

—Es que se asustó. ¡Cómo tiraron y yo no estaba!

Julio pensó en el susto que también tendrían en su casa. En su padre, en sus dos hermanas. Le estarían buscando. Procuró no pensar en ello y escuchar lo que el primo le contaba.

—Mi madre quiere que nos marchemos ella y yo de aquí. Como está sola tiene miedo.

—¿Y tú no?

—Yo, de noche, también. Quiere que nos vayamos porque todo esto va a ser frente.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo sabe mi madre. ¿No viste el soldado de antes?

Julio no quería recordarlo. Entonces el soldado y el rumor de los montes eran la misma cosa. Se alejó despacio, como si le costara trabajo marcharse. Rafael aún le gritó desde la terraza:

—¿Vienes luego?

—Sí, sí que vengo.

Pero él sabía que no iba a volver tan pronto. ¡Quién sabe lo que diría su padre! Sentía el mundo nuevo a su alrededor. El césped que rodeaba los hoteles, agostado: la pista de tenis vacía, borradas sus líneas deslumbrantes. Parecía imposible que en tan sólo unos días hubiera brotado tan alta la cizaña entre la tela metálica de la cerca, que todo hubiera enmudecido, las casitas blancas diseminadas y la gente que en ellas vivía, sin dejarse ahora ver más allá de las terrazas.

La puerta entornada le hizo dudar. Al fondo del pasillo retumbaba la voz del padre. Por más esfuerzos que hizo no pudo adelantar un paso; por el contrario, bajó corriendo la escalera y fue rodeando la casa hasta dar con el cuarto de las niñas.

Llamó quedo al cristal y sin recibir respuesta empujó suavemente. Cuando en un esfuerzo, arañándose las piernas, blancos de cal los brazos, se incorporó sobre el alféizar, las dos hermanitas le miraron con asombro.

—¡Ay, mira por dónde viene!

—Sin dormir la siesta.

Antonio les hizo ademán de silencio.

—¡Ay la que te da papá! Te han estado buscando. Ha ido papá a buscarte y si vieras cómo ha vuelto...

Aún le miraban con un poco de admiración, como a un extraño, y esto le halagaba.

—¿De dónde vienes?

—De por ahí —respondió con aire vago y misterioso.

—¿No vas a que te vea papá?

Julio asintió con la cabeza pero sin moverse del sitio.

—Voy yo a decirle que estás aquí —decidió la mayor con intención fácil de adivinar, y desapareció volviendo al cabo de breves instantes.

—¿Se lo has dicho?

—No. Está con un señor.

—¿Con qué señor?

—Con uno de negro.

Se encogió de hombros.

—No sé.

—¿Y mamá tampoco viene?

—Si no lo sabe. Está escuchando lo que dicen.

Seguramente hablaban de él. Ahora vendría el padre. Temía a sus ojos más que a ninguna otra cosa, más que a sus gritos, más que a su voz. Aplicó el oído a la pared. Llegaban las palabras confusas, como sometidas a una vibración que las desfiguraba. De todos modos podía distinguir la voz del padre o de la madre. Hasta la del hombre que había mencionado la hermana. Este decía:

—Están cerca. Mañana se hace fuego desde la estación. A las ocho tiene que estar toda la colonia en el refugio y antes de cinco días lejos de aquí.

La madre sollozaba.

—¿Están tan cerca? —preguntó el padre bajando un poco la voz.

—Al pie del monte, a la parte de allá. Dos brigadas. Estuvieron a punto de romper el frente esta mañana. Han bajado muchos heridos.

Hubo un silencio y luego pasos que se alejaban. La puerta se cerró. Julio se fue hasta la cocina y, pegando la frente al cristal, contempló largamente desde la ventana el penacho cárdeno que sobre el horizonte se mecía. Allí estaba, prendido a la tierra, mecido por la brisa que a veces lo borraba. El sol se tornó rojo, brillante. Julio quedó mirando hasta que la tarde fue cayendo y sólo la silueta de los pinos se destacó en el cielo bañado por el resplandor de las noches de julio, por el rumor de las descargas, por todo aquello que el primo Rafael debía que era la guerra.

Las hermanas cuchicheaban en la alcoba. Al llegar él enmudecieron. Ya andaban

otra vez con sus secretos. Ahora era completo el silencio, dentro de la casa. Fue a su cuarto y se metió en la cama. Le era imposible dormir. La frente, las mejillas, le ardían, pero al fin consiguió serenarse y se mantuvo quieto entre las sábanas, olvidándose de todo, incluso de la guerra y el soldado herido. Solamente entre sueños le llegó la voz del padre y luego la de la madre que decía:

—Déjale. Está cansado. ¿No ves que está rendido?

2

Nunca había visto los chalets envueltos en aquella bruma cenicienta que ascendía prendida a los pinos hasta tornarse como un fuego dorado en el aire. Ni la explanada ante las casas, naciendo en sus infinitos detalles al primer sol del día, surcada hasta donde la colonia terminaba, por las sombrillas escuetas de los cardos.

Parecía de noche aún y, sin embargo, adivinaba a las hermanitas a su lado, acabándose de vestir por el pasillo, medidas por la voz monótona de la madre.

—De prisa, no entreteneros; de prisa.

—Ya vamos, mamá.

—Ya vamos, pero no acabáis.

—Que sí, mamá..., que ya está.

Desayunaron en el comedor apresuradamente, entre dos luces, solos los niños como si de pronto, en una noche se hubieran convertido en personas mayores. Ahora cruzaban hacia la estación, hacia el Ayuntamiento, prendidos a la criada, tras el padre y la madre.

El frío del alba, el límpido olor de la tierra, la mano blanda, desvaída, de la hermana en su propia mano le desconcertaba. A veces se sentía repentinamente alegre. ¿Dónde estaría el primo Rafael? Si todo el mundo iba a los sótanos del Ayuntamiento, seguramente allí lo encontraría. Canturreó para sí, despegando apenas los labios, pero aquello no servía, tenía poco que ver con la emoción de aquel instante.

Las vías, vistas así de cerca, parecían más amplias junto al andén, bajo el monumental depósito de agua. No había ninguna máquina bajo la manga, sólo un perro mezquino que ladró a la familia según se alejaba hacia el pueblo. Julio, rezagándose, sintió un escalofrío en todo su cuerpo.

—¿Tienes frío? —La hermanita le miró. Negó con la cabeza.

—Como haces eso...

Procuró dominarse, pero tras unos pasos se estremeció de nuevo.

—¿Estás malo?

—Lo hace porque quiere —sentenció la otra.

El pueblo pardo, vago, vacío. Un hombre en el quicio de su puerta miró sin saludar a los refugiados, mientras los niños, en la escalinata de la iglesia, suspendieron sus juegos ante el paso de la caravana.

Nunca había visto a los chicos del pueblo. A veces, vagamente, más allá de la verja que separaba a la colonia. Ahora, hundidos en la claridad transparente de la madrugada, parecían tan extraños como entonces, parecían mirar desde muy lejos.

Desfilaba ante su vista un pueblo desconocido, apenas entrevisto desde allí arriba, desde la casa. La fuente con sus tres caños de bronce que desgranaban un agua salinosa, las calles envueltas en humo tenue, las ventanas cerradas. Y por encima de todas las cosas, el silencio de los hombres que desde los portales miraban.

La calle pavimentada de guijarros no acababa nunca. El cielo comenzaba a iluminarse de haces rojizos, de una luz violenta que cambiaba la faz de las personas, el gesto, la expresión de todos los que huían. Hasta las hermanas parecían irreales bajo el halo del alba, caminando aprisa junto a Julio, más iguales que nunca con sus abrigos grises abrochados hasta el cuello.

—¡Cómo huele!

—A pan... ¿Qué no?

Llegaba de un portal el aroma, y había otros muchos olores distintos, que traían recuerdos imposibles de fijar claramente en la memoria.

Un grupo de gente se había estacionado ante el Ayuntamiento. Los niños todos con ropas de invierno a pesar del estío. Un hombre con brazalete indicaba a los veraneantes la bajada.

—Cuidado; no hay luz. Cuidado con los escalones. No hay luz hasta abajo.

Todos cogidos de la mano, igual que en un juego, tanteaban con los pies la escalera, llamando, aconsejándose unos a otros, al tenue resplandor de la bodega.

El primo Rafael ya estaba abajo. Allí cada cual rompió a hablar como queriendo resarcirse del silencio de afuera. Entre el rumor de las charlas llegó la voz del primo.

—¿No vienes?

Julio se aproximó. Iba a decir algo, cuando desde el rincón de sus padres le llamaron. Se limitó a musitar: «Ahora vengo», en tanto una de las hermanas lo arrastraba.

Los veraneantes habían llevado sillas de tijera y mantas. Formaban un grupo compacto, mirando constantemente el reloj como si a una hora en punto esperaran algo muy importante.

—¿A qué hora empiezan?

—El falangista que fue a mi casa dijo que a las diez y media.

—Ya son. Son casi menos cuarto.

—Falta todavía.

—Ojalá empiecen de una vez.

—¡Dios mío!

—Mejor sería que esto. Acabar cuanto antes. Si está de Dios que nos toque...

—Calle. Ni lo diga. Ni lo miente.

—Dios mío, ¿qué habremos hecho para esta cruz?

—¿Se acabarán alguna vez las guerras...? Llamaban a los niños que poco a poco se alejaban en la oscuridad, explorando los rincones.

—Estate aquí. Que no vea yo que te mueves.

—Sí, mamá.

—¿No ves que te puede pasar algo? Mira si te pierdes...

—Si estoy aquí...

Habían extendido mantas por el suelo. Los chicos quedaban un momento en ellas pero desaparecían pronto.

—¿Te ha escrito tu marido?

—¿Cómo me va a escribir?

—Dicen que por Francia han pasado cartas. Por la Cruz Roja.

—¡Quién sabe cuándo acabará esto! Primero que podamos volver a casa...

Alguien dijo que ya era la hora. Todos enmudecieron mirándose en la penumbra. Hasta se hizo callar a los niños.

Julio se preguntó qué esperaban con tanto recelo los mayores. Tiró suavemente del abrigo a una de las hermanitas:

—¿Qué pasa?

Y en la oscuridad se oyó un sollozo prolongado.

—¡Calla, calla!

La hermana tampoco debía saber lo que estaba a punto de ocurrir, pero como siempre hacía su papel de persona enterada.

—¡Oye...! —insistió.

—¿Qué quieres? —preguntó ella en tono de fastidio.

—¿Qué dice mamá?

—Dice que te calles.

—¿De qué habla?

—De la guerra.

Siempre la misma respuesta, idéntica palabra. La madre les hizo además de silencio.

—¿Qué estáis cuchicheando ahí?

—Es Julito, mamá.

La pausa ya duraba. Los niños, sin saber qué vendría ahora, comenzaban a asustarse. Los mayores seguían aguardando; mas de fuera, del campo, sólo llegaba un ladrido lejano. Al fin se alzó un llanto infantil y la madre movió al chico apresuradamente, casi con ira. Las otras mujeres intentaban callarlo cuando retumbó lejos el primer disparo.

—¡Virgen Santa!

—¡Ya empezó!

—¡Ya están ahí!

—¡Nos matan!

Siguieron otros muchos estampidos. Había un silencio y, después, con breves intervalos proseguían. Julio contaba hasta seis. Las mujeres, tras el primer susto, lloraban a media voz, lamentándose, hasta que una de las más viejas sacó un rosario y empezó a rezar en alta voz. Sonaba extraño su tono seco y conciso contestado por el coro plañidero de las otras. Algunos hombres también respondían, en tanto los cañonazos arreciaban.

Julio, tras cada descarga, intentaba convencerse de que ya no habría más, anhelando con todas sus fuerzas que acabara aquello, pero cuando los disparos volvían, lloraba de miedo y despecho. No llegaba a llorar, pero la angustia le atenazaba la garganta, sin dejarle pensar en otra cosa por más que lo intentara. Las hermanitas, temblorosas, pero tremendamente serias, rezaban con los mayores. Tan absortas se hallaban en el rosario, que no se dieron cuenta cuando se alejó hasta el rincón de Rafael.

—¡Cómo suenan! ¿Eh?

Debía tener poco miedo, aunque la voz no era muy segura. Julio procuró disimular el suyo.

—¿Y si entra uno por ahí? Rafael levantó la cabeza.

—¿Por dónde?

—Por esa ventana.

—¿Por el ventanillo? No pueden. Van a caer muy lejos. En la sierra.

Julio no podía imaginar cómo era lo que, cruzando sobre sus cabezas, iba a caer tan lejos. Ni qué habría allí, en el monte. Una vez, a principios del verano, se escapó de la colonia, y caminó mucho rato, pinar arriba, hasta cansarse. No llegó a la cumbre, sólo hasta la mitad, hasta un depósito abandonado que se construyó en tiempos para dar agua a las casas. Ahora todos, hasta el primo Rafael, hablaban de algo que sucedía allí, de aquel retumbar, de aquellos estampidos.

Una procesión de hormigas cruzaba junto al muro. Julio se preguntó si también oírían lo de afuera. Quizá no. Cogió un puñado de arena y lo fue dejando caer a lo largo de la caravana hasta deshacerla toda. ¿Qué pensarían ahora? No; en el colegio decían siempre que los animales no piensan. Sólo las personas. ¿Sabrían que estaba él

allí encima, amenazándolas? Quizá hubiese alguien, también, por encima de todos los hombres, dispuesto a exterminarlos sin piedad, sólo por un capricho.

Se figuró un gran ojo brillante, maligno, fijo en el cielo, cuyos reflejos eran los rayos del sol que ahora atravesaban el ventanillo, y un dedo cilíndrico, resbalando sobre los escalones, a través de la puerta, buscando táctil, ciegamente a cada uno de los allí escondidos para sacarlos a la luz del día, para hacerlos morir al sol de fuera.

Sudaba. Cerró los ojos porque el suelo de la cueva se estaba ensombreciendo y sentía un frío repentino en todo su cuerpo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás malo?

—Me duele la cabeza.

—Ponte aquí, que te dé el aire. Le acercó al ventanillo.

—Fíjate. ¿No ves qué oscuro?

—Las nubes... ¿Te dan miedo?

—Se está poniendo negro.

—Porque se nubló el sol. Es que viene tormenta. Si hay tormenta a lo mejor paran los de afuera. Julio tenía los ojos cerrados, sintiendo todo su cuerpo conmovido por la angustia y el miedo.

Pensaba aterrado si iría a marearse allí mismo, ante todos.

—¿Se te pasa?

—Ya casi no me duele —mintió.

Deseaba con todas sus fuerzas que aquello acabara. Rezó un Avemaría. Luego un Padrenuestro. En el colegio decían que todo puede conseguirse si se pide con fe, deseándolo mucho. Podía conseguirse si nos convenía, si no, Dios nunca hacía caso. De pronto, abriendo los ojos, cayó en la cuenta de que el ruido había cesado. Los mayores estaban menos pesimistas y alguien trepó por la escalera, hasta la puerta. Volvió diciendo:

—Se acabó. No se oye nada.

En un momento todos se hallaban dispuestos a salir. Algunos hasta recogieron las mantas del suelo.

—¿Qué hacemos? ¿Nos vamos?

—¿Acabaron por hoy?

—Esperar; esperar que nos avisen.

—Hoy ya no bombardean más.

—¿Cómo lo sabe? Lo mismo empiezan a tirar nada más crucemos la puerta.

—Yo me voy.

—Les digo que se esperen.

Vino el hombre del brazalete a zanjar la discusión.

—No se le ocurra a nadie salir. Pueden disparar de un momento a otro.

—¿Pero, cuánto va a durar esto?

—¿Y cómo quiere que lo sepa?

—Es que no trajimos comida.

—Así estoy yo. En ayunas.

Tardaron en acallarse las protestas. Cuando el hombre salió, las mujeres se empeñaron en acercarse a la colonia. Los maridos se oponían.

—Empiezan otra vez. Te digo que esto no es más que un descanso.

—Allí no caen.

—¿Qué sabes tú dónde caen? Además, para eso voy yo.

—Tú no sabes dónde están las cosas.

Los hombres cedieron al fin. Tres mujeres se deslizaron en silencio. El primo preguntó a Julio si su madre había marchado.

—No quiere papá.

—La mía sí, ahora.

Le estaba llamando. Se acercaron los dos.

—A ver si te estás quieto hasta que yo venga —recomendó a Rafael—. Quedaos aquí juntos y no hagáis ninguna fechoría mientras.

A la luz de la reja vio Julio que tenía el pelo casi blanco. Cuanto más de cerca la mirada, parecía más vieja. Su primo Rafael no quería quedarse.

—Yo voy contigo, mamá. Déjame que vaya.

—¿Pero no ves que así tardamos más?

—¡Si yo me doy más prisa!

Al final los dos salieron. Julio, desde el ventanillo, les vio alejarse. Ahora, en el sótano, todos esperaban la comida. Nadie se fijó en él, y pudo acomodarse junto a la reja para ver a su primo con la madre cruzar la llanura.

Sentía una gran tristeza. Hizo examen de conciencia y llegó a la conclusión de que hubiera deseado ir con ellos. Sería una expedición como la del día anterior al chalet abandonado, pero mucho más importante.

Desde su atalaya reconoció las casas del pueblo, los pinos, el retazo de monte que alcanzaba a ver. En aquel momento, sí tenían su color, su forma debida; el color que cada mañana envolvía a la colonia: una luz blanca, reflejo del polvo brillante de la tierra que el balasto, bajo las vías, deshacía en pequeños relámpagos. ¿Dónde estaba ahora la niebla dorada del alba? Todo el mundo recién descubierto, entrevisto en la breve marcha hasta el refugio, se había disuelto, perdido en el ambiente, como la guerra y sus estampidos en aquella calma ardiente y silenciosa.

Los brazos le dolían de sujetarse al alféizar. Se bajó para escuchar a los que dentro hablaban.

—Esto no puede durar mucho. Ya veréis como acaba en dos días.

—Yo creo que tenemos para rato.

—Están luchando en el Alto del León, y en las Campanillas, y en Collado

Valiente. Anoche mismo pasaron refuerzos.

—Yo los oí.

—Camiones...

—A ver si los echan de una vez.

—No los echan tan pronto. Ni lo piense. Hay orden de evacuar todo el frente, de modo que va para largo.

—¿De evacuar? Pero ¿quiénes? ¿Nosotros?

—¿Quién va a ser? A no ser que quiera tener un obús encima el mejor día.

—¿Y dónde vamos?

—¿No tiene familia en Segovia?

—No conozco un alma. Si fuera en Salamanca...

—Pues vaya a Salamanca. Eso está en esta zona.

Aún estaban lamentándose cuando volvieron las mujeres. Rafael y la madre tardaron más. La gente, comiendo, pareció animarse un poco.

A Julio aquella merienda sobre las mantas le recordaba las excursiones de agosto. Las mismas cestas de mimbre, idénticos manteles, todo igual excepto aquel sótano húmedo y sombrío. Trajeron botellas de agua y una garrafa de vino. Durante cerca de una hora el humor general cambió, pero al fin volvió el desaliento, la tristeza.

Estaban concluyendo otro rosario cuando el del brazalete volvió a comunicarles que podían volver a la colonia. Tornaron preocupados, cuando el sol iba cayendo y los dos primos nada más llegar se apartaron tras el hotel mayor, a la sombra de los tilos que formaban un bosquecillo hasta la verja.

—No os mováis de ahí. No os alejéis.

—No, mamá.

Casi todo el monte iba ya cubierto por las sombras. Sólo un gajo dorado se destacaba en la cumbre cuando se reanudó el fragor tras las montañas. Caía la noche, y los disparos parecían más cercanos.

—¿Lo oyes?

—Ya están otra vez.

Sobre la sierra, en el último resplandor del cielo, se alzaba otra vez la delgada columna de humo.

A la mañana, somnoliento aún, su primer deseo fue buscar el humo desde la ventana de la alcoba. Allí estaba, aún más denso y oscuro. Se alzaba en nubarrones opacos, en grandes bocanadas cenicientas que se sucedían como si una corriente de aire las impulsara. Se vistió apresuradamente y, cruzando el pasillo de puntillas para no despertar a las hermanas, se asomó a la puerta. En la explanada, ante los hoteles, un grupo de veraneantes miraba también el incendio.

—Esta noche se veían muy claras las llamas.

—Lo prendieron ayer, en el bombardeo. Seguramente se referían al monte, al pinar.

—Ha subido gente de la estación a cavar zanjas para cortarlo.

—¿Hasta aquí va a llegar?

—Si lo dejan...

—¿Tanto corre un incendio?

El que había hablado de las zanjas se encogió de hombros y con ademán lúgubre desapareció. A poco cada cual marchó a su casa. Julio, al volver, oyó a su padre que decía:

—Ahora sí que hay que marcharse. Están ardiendo los pinos.

—Todos los años tenemos fuego —replicó la madre.

—Ahora es distinto. Cualquiera sabe lo que puede ocurrir en cualquier momento.

—Bajó la voz tanto que Julio tuvo que aguzar el oído para entenderlo—. Ayer llegaron hasta aquí.

La madre hizo también la voz apenas perceptible.

—¿Quién? ¿Hasta aquí? ¿Hasta las casas? Ahora sí que era imposible entender las palabras. Un silencio y nuevas preguntas.

—¿Durante el bombardeo?

—Con bombardeo y todo. Menos mal que los echaron.

—Y nosotros allí, sin enterarnos.

—¿Te convences de que tenemos que marcharnos?

—¿Pero a dónde?

—Hay dos o tres familias que vienen con nosotros.

Julio tuvo el oído atento. Al fin, llegaron los nombres de su tía y Rafael. La idea de un nuevo viaje con su primo hizo latir apresuradamente el corazón. Ahora irían más lejos. Quizá, como decían en el refugio, hasta Segovia.

Durante el desayuno, apenas podía parar en la silla de impaciencia. Las hermanas ni siquiera debían sospechar la marcha. ¿Qué cara pondría Rafael cuando lo supiera? Lo único que le molestaba era no recordar el pueblo que su padre había mencionado después.

—A ver... Piénsalo bien. ¿Seguro que no era Segovia?

—No me acuerdo, de veras.

—¿Era Otero?

—No...

—¿Era La Losa?

—No, no... Tampoco.

Ni Segovia, ni los otros pueblos. Los nombres los conocía por el tren. Todos eran paradas.

—Le preguntaré a mi madre esta noche. —Mostró al pequeño el incendio—. Fíjate cómo sale el humo ahora.

—Por eso nos vamos.

—¿Por el fuego?

—Claro... Está creciendo.

—No lo van a poder cortar. —Se volvió mirándole con los ojos brillantes—. ¿A que no eres valiente?

Julio se echó a temblar, tratando de comprender qué maquinaba el primo.

—¿Que no soy valiente?

—Que no te atreves a subir conmigo.

Señaló con la cabeza los pinos de la cumbre.

—¿Para qué vamos a subir?

—Para verlo... para ver lo que hay.

Tuvo que aceptar. Ya se abrían paso entre la jara, con el sol en lo alto y las moscas zumbando sobre sus cabezas.

—¿Falta mucho?

—Pero si no andamos casi...

Le mostró la nube negra, tan lejos como al principio.

—Hasta allí tenemos que llegar.

Julio no dijo nada pero pensó que era imposible alcanzarla. Mejor así, porque aquel humo negro parecía un mal presagio. A pesar de la distancia, cuando el viento venía de cara, llegaba un olor a tierra calcinada y hasta podía oírse el crepitar del fuego. Perdieron de vista los chalets y la estación, y finalmente, el mismo pueblo desapareció al extremo rutilante de las vías.

Crujían los arbustos a su paso, plegándose bajo sus pies para saltar como un látigo, sacudiendo el rostro con el envés de sus hojas pegadizas. En las cumbres el silencio era absoluto. Sólo la nube crepitaba en lo alto, colmando de chirridos el aire.

A Julio le dolía el costado.

—Espera, espera un poco. Se detuvieron.

—¡Vamos tan de prisa!

—Es para que estemos de vuelta antes de comer.

—Si se enteran... —exclamó el pequeño un poco arrepentido.

—No se enteran. ¿No viste el otro día?

Siguieron subiendo, pero al cabo de unos metros Julio tuvo que rendirse.

—Me duele mucho.

Se había sentado a la sombra de unos desmedrados abedules.

—Tú espérate. Yo voy un poco más arriba y vuelvo.

El pequeño quiso rogarle que no le abandonara, pero Rafael desapareció monte arriba. Además, el calor era tanto que decidió quedarse a la sombra, ambas manos en el costado dolorido. Cuando los matorrales quedaron inmóviles tras el paso del otro, calculó por el sol que serían las doce. Un grajo cruzó muy alto, batiendo las alas pausadamente. ¿Qué alcanzaría a ver desde allá arriba? Quizá todo continuara igual hasta las cumbres. Quizá los tallos rojos, la jara, la maleza, las hojas pegadizas se prolongaban al otro lado, no acababan nunca hasta Madrid. La guerra no era nada, sólo un rumor, un fuego, una nube plomiza que surgía de entre los pinos. De pronto los matorrales se abrieron y apareció Rafael.

—¿Has visto algo?

—Hay trincheras —respondió el primo—, pero están vacías. Vente, verás. —Lo intentó arrastrar.

—No, vámonos. —Se resistió el pequeño.

—¡Pero si están muy cerca! Donde esos abedules. —Señalaba dos troncos retorcidos.

Vuelta a subir aunque ahora mejor, entre terraplenes cubiertos de espesura. Llegaron a un montecillo con tres pinos como un calvario.

—Ahí es. Allí empiezan.

Tres grandes trincheras, con escombros volcado hacia la cumbre, formaban una uve prolongada. La mirada medrosa del pequeño no descubrió ningún soldado. Preguntó a su primo:

—¿Qué buscas?

Rafael no contestó. Hurgaba en los escombros, apartando tras sí la hojarasca. Desapareció, incorporándose en seguida con algo dorado en la mano.

—Mira. ¿Sabes qué es?

Se lo echó por el aire. Era un cartucho brillante con la bala intacta, puntiaguda.

—Ten cuidado. Está sin disparar. Es rusa.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la punta. Las de punta son rosas. —Le mostró unos signos en torno al pistón—. Eso son letras.

—¿Me la das?

—Bueno, guárdala. Esta tarde encenderemos lumbre y se dispara.

Se hundió de nuevo en la trinchera, escudriñando el fondo. El pequeño también buscaba arriba, entre los troncos resinosos. Aunque no alcanzaba a ver la cima, juzgó que debían estar muy altos porque el viento susurraba muy fuerte entre las copas. No

encontró más cartuchos, sólo un círculo calcinado de tierra reluciente. Se agachó. De cerca podía ver el hirviente pulular de cientos de hormigas. Siempre en la misma dirección. Parecían confluír cerca, en un bosquecillo de pinos enanos, bajo uno más alto y desmochado. Se preguntó qué sería aquella forma oscura, que inmóvil negreaba al pie del tronco. De pronto, el viento dejó de agitar la pinocha y llegó un olor penetrante que parecía filtrarse hasta los mismos huesos.

Corría monte abajo. Cruzó lejos del primo Rafael que le siguió asustado, tropezando, arañándose piernas y brazos. Sólo en la colonia se detuvo el pequeño.

—Calla, calla. Te van a oír. Te oyen desde tu casa.

Pero sólo podía llorar. Cada vez más. Todo su cuerpo se agitaba. El mayor, asustado, le decía:

—Era un perro. Era un perro quemado...

—No... no.

—Si lo vi yo. Lo vi antes. La primera vez...

—No —repitió el pequeño.

Lo recordaba bien. Recordaba las piernas intactas, sin quemar, y las botas retorcidas, abiertas.

4

Muy temprano cruzaron el páramo calizo que más allá del pueblo se prolongaba. Los veraneantes se alejaron despacio hasta que sólo quedó de las casas una mancha cenicienta y la columna de humo alzándose en el cielo.

Ahora veía Julio, de cerca, todo lo que en la colonia su primo Rafael le había relatado. Él muchas veces pasaba la verja y la estación. Días enteros lejos de su madre.

El viento rápido que les azotaba de costado, alzando remolinos de polvo en la cañada, le hacía entornar los ojos, impidiéndole ver los campos infinitos de centeno donde sólo un puñado de negras mujeres se afanaban, seguidas de los hijos más pequeños. Segaban, y los chicos, en el rastrojo, iban amontonando haces, cargando los carros.

—¡Mira —gritó Rafael—, ya viene el polvo!

Agachaban las cabezas, apretando los labios, en tanto los mayores se cubrían la boca con pañuelos hasta que la nube pasaba. Pasando después la lengua por las

comisuras, sabía a greda, a algo seco y dulce al mismo tiempo.

Por la tarde acamparon bajo una encina tan frondosa que dio sombra a la caravana entera, pero no había agua y nadie comió a gusto.

—¿Tú sabes cuándo llegamos?

—¿Al pueblo?

—Al pueblo ese. Pregúntale a tu madre. Se nos va a hacer de noche como tardemos.

—¿De noche? —preguntó Julio.

—¿Tienes miedo?

—No es eso. Es por si no hay dónde dormir.

—Pues a mí me gustaría quedarme aquí. —Le miró desconfiando—. ¿Que no?

No supo qué responder. ¿Cómo sería dormir allí, al raso, todos juntos en el suelo, con el padre y la madre? ¿Cómo sería estar tumbados en el suelo delante de los otros? Su primo no lo entendía.

El segundo pueblo tenía un castillo, con sus cuatro muros aún en pie. A través de sus ventanas brillaban las nubes plomizas del crepúsculo. Su fachada formaba plaza con una iglesia vieja pero cubierta aún, ante la cual, ceñido por un banco de piedra, se alzaba un olmo tan frondoso como la encina del camino.

Cruzando el arrabal, sólo dos viejos les miraron, en la calle vacía, donde las puertas parecían cerradas desde siempre. La caravana silenciosa, intranquila, sin saber dónde detenerse, hizo alto finalmente. Alguien se adelantó, llamando en el portal más próximo.

—Ahí vive el alcalde.

—¿Por eso llama?

—Para que nos den casa. Para ver dónde dormimos esta noche.

Una muchacha salió al balcón, preguntando qué deseaban. Querían hablar con el alcalde. Ella entró para asomar de nuevo prometiendo que el alcalde bajaría.

—¿Y si no baja? —preguntaba el pequeño.

—Si lo ha dicho...

El portal se acababa de abrir y el alcalde platicaba con un grupo de refugiados. Ni Julio ni el primo oían sus palabras, pero todos parecían preocupados.

De nuevo andando. Ahora hasta la plaza mayor, con gente en los balcones.

—¿Tú sabes dónde vamos?

—A dormir...

—¡Pero si es por la tarde todavía!

—Nos van a dar casa en la escuela.

Tenía un color sucio, gris, con el cemento de las ventanas desconchado y roto. Dentro, sólo cuatro bancos adosados a los muros y un cuadro de la República con su bandera ondeando al viento y su pecho macizo fuera de la túnica: Un cromo de

brillantes colores, un poco pálidos ya, gastados por el tiempo.

Los hombres bajaron los colchones que portaban los caballos, distribuyéndolos en el suelo de madera, en la única habitación dividida en dos por una cuerda con mantas.

A un lado los hombres; a otro las mujeres y los niños pequeños. Allí se cenó y más tarde, unos tras otros, fueron desapareciendo todos en un pequeño cuarto repleto de viejos mapas y punteros, para volver abrochándose el pijama, o con el camisón y un viejo abrigo sobre los hombros.

Julio miraba más allá de la manta y veía a su primo mustio, un poco aburrido, entre los otros chicos de su edad. Le hizo una seña pero no la vio o no quiso responderle.

Y cuando la luz se fue, empezaron los llantos de los niños hasta que, en media hora, les rindió el sueño. Vino el suspirar de las mujeres, sus conversaciones a media voz, entre murmullos, y como siempre ya, en aquellos días, una voz comenzó a rezar en tono mesurado.

El mar, la ola, llegaba derrumbándose, sumiéndose en sí misma hasta alcanzar las casetas clavadas en la arena. La arena quemaba los pies, una calma vacía le rodeaba, transformando el mar, el ácido salitre, bajo el halo de nubes que gravitaba en el aire. Julio veía llegar a la madre de su primo por la línea del agua. A medida que se acercaba, iba tomando la figura mayores proporciones, hasta que sólo estuvo a unos pasos, y su cabeza pareció tocar el cielo. El estrépito de las olas aumentaba cuando Julio la miró de cerca. Ella volvió el rostro y entonces pudo reconocer a Rafael, su gesto peculiar, su mirada un poco cargada de malicia.

Luchaba por librarse de su cálido encierro, pero la arena parecía inmaterial, ingrávida, y por más que se esforzaba, no lograba hacer presa en ella. Rafael se alejaba y él gritó sin hacerse oír. El mar sonaba siempre, rompía dentro de su cabeza, confundido con un rumor de confusas voces.

Las voces llegaban de la puerta. Se había encendido una luz, y los hombres hablaban en voz baja. Alguien entró de fuera y pasando a lo largo de la línea de mantas, subió en el pupitre del maestro y arrancó el cuadro de la República.

Cuando en la calle se oyó el estrépito de los cristales rotos, todos, dentro, fingieron dormir, hasta que la luz se apagó y la sala quedó en silencio de nuevo.

Como un susurro llegó la voz de Rafael:

—¿A quién buscaban?

Se había deslizado en la oscuridad, sin que los otros lo notaran.

—No sé... ¿Te escapaste?

No contestó. Aunque aquellas cosas no debían asustarle miraba con recelo tras de sí.

—¿Por qué no salimos?, dijo al fin.

—¿Marcharnos ahora?

Siempre andaba arrastrándolo a empresas arriesgadas, pero aquella le pareció más que ninguna. Además, los ojos se le cerraban, las piernas le dolían y no podía espantar la imagen del hombre abrasado en el montecillo.

—Tengo sueño —se disculpó.

—Se te pasa en la calle.

—¿En la calle?

—Con el frío de fuera.

Julio no salió, ni Rafael tampoco. Volvió a su colchón, entre los otros chicos que dormían profundamente, dejándose apartar como cuerpos muertos cuando él se metió bajo las mantas.

El llanto de un niño junto al cuarto de los mapas despertó a Julio cuando amanecía. Los cristales empañados se iban tornando opacos, ligeramente blancos. Oyó la voz de su madre que decía:

—Tienes que irte. Si mañana estamos aún aquí, tú te marchas.

—Pero, mujer, ¿cómo vas a quedarte con los niños?

—Se van a llevar a todos los hombres. Se los llevan al frente.

—¿Lo han dicho?

—Lo he oído yo. Hasta los cincuenta años.

—Yo tengo cincuenta y dos.

—De todos modos, mañana mismo nos vamos.

—Dirás hoy.

—¿Hoy?

—Está amaneciendo. Mira la ventana. Ya estamos a jueves.

—Pues hoy.

Al compás de la luz, nacía una marea de rumores nuevos. Los hombres, las mujeres, comenzaban a moverse torpemente, avergonzados, cubriendo sus cuerpos al resplandor vago del día.

Cuando el sol se alzó alumbrando el cuarto ya sin su divisoria de mantas, los dos primos se reunieron en la plaza del castillo.

—¿Sabes lo que oí anoche? —comenzó el pequeño—. Que nos vamos.

—Ya lo sé. Y nosotros también. A Segovia. Mi madre y yo...

Dio media vuelta y atravesando el portalón se internó en las ruinas del castillo. Rafael le seguía, pisando con cuidado entre los helechos. Al poco rato preguntó:

—¿Por qué dices que vamos a Segovia?

—Nos llevan a todos.

—¿Tan lejos?

—Vienen a recogernos en camiones esta tarde. Hizo una pausa el pequeño y luego con gran trabajo, preguntó de nuevo:

—¿Sabes que soñé anoche contigo?

—¿Conmigo? Y ¿qué pasaba?

Se puso rojo y no pudo contestar. Rafael le miraba esperando que siguiese, pero sólo cuando estuvieron sentados al pie del olmo, frente al castillo, se decidió a continuar.

—Pasaba que estabas en el mar, en La Coruña.

—Si nunca estuve allí. ¿Y qué hacía?

—No sé. Era muy raro. Salías del agua.

Por la expresión vio que la historia no le interesaba. Un grajo cruzó pesadamente las ventanas del castillo, deslizándose entre la algarabía de los gorriones, sobre la plaza. Ya el silencio duraba, y Julio se arriesgó a cortar las meditaciones de su primo.

—¿Dónde vais a vivir en Segovia?

—En casa de mi tía. ¿Y vosotros?

—¡Cualquiera sabe! A lo mejor no nos vemos.

—A lo mejor.

Tres viejos camiones repletos de hombres con fusiles irrumpieron en la plaza. Los dos chicos les reconocieron por el color de las camisas y los brazaletes rojos y negros. Algunos muy jóvenes, muchachos todavía. Llevaban hileras de medallas prendidas al pecho. Uno se había dejado crecer la barba rojiza, rizada.

Cuando se detuvieron, el de la barba echó pie a tierra el primero y llamó a Rafael.

—¿Eres de aquí tú?

—¿De aquí?

—De este pueblo.

—No, señor...

—¿No sabéis dónde está la comandancia?

—¿La comandancia? —Rafael le miraba fascinado.

—El Ayuntamiento.

Rafael lo sabía. Por decírselo, el falangista de la barba rojiza le dio una medalla prendiéndosela en el pecho, después saltó nuevamente al camión. Se oyó acelerar sin que arrancase. Rafael se acercó aún más, y las ruedas inesperadamente se movieron, pero no hacia adelante. Julio no alcanzó a ver cómo el primo caía. Sólo oyó los gritos de los hombres y el chirriar del frenazo.

—Mamá, me duele mucho.

—Ya llegamos.

—¿Falta poco?

—Descansa. Yo te avisaré cuando estemos entrando. Procura dormir.

—No puedo, mamá. No puedo con este dolor aquí. Me voy a morir.

—No digas eso. Ni lo mientes siquiera.

—No puedo dormir, con el coche, así, moviéndose.

—Cierra los ojos, ya verás como viene el sueño.

Julio asistía en silencio al dolor de su primo. Cada bandazo que el camión daba, lo sentía él en su carne pensando cómo sería moverse tanto con el cuerpo herido. Ya estando sano, la espalda se fatigaba y el cuerpo entero parecía acusar, uno por uno, todos los baches del camino.

Un médico del frente había vendado a Rafael desde la cintura hasta los hombros, para que aguantara el viaje, pero no habían encontrado un automóvil para llevarle. Tuvo que subir al camión como los otros y por tres veces se había desmayado. De nuevo su frente resplandecía de sudor.

—Mamá...

—¿Qué, hijo?

No respondía, pero los dientes rechinaban por la fiebre. Julio pensaba que los demás no debían oírlo, envueltos en el ruido del motor. Sin embargo vieron al muchacho estremecerse y quedar exánime en los brazos de su madre. Un hombre golpeó en el techo de la cabina y el camión se detuvo. Asomó el chófer.

—¿Qué pasa?

—El chico otra vez...

El chófer murmuró algo a media voz y luego preguntó:

—¿Qué hacemos?

—¿Queda mucho?

—No llega a diez kilómetros.

—Hay que esperar a que se reanime —medió el padre de Julio—. Hay que bajarle.

Lo sacó de los brazos de la madre y, con ayuda del chófer, fue a depositarlo en la cuneta. Cuando la madre descendió a su vez, una voz dijo:

—No llegamos nunca. Y alguien a media voz:

—Mal arreglo. La columna vertebral...

Buscaron largo rato una fuente, hasta encontrar agua en el pozo de una venta. Allí le reanimaron, dejándole descansar un poco. Sin embargo, cada vez que lo tomaban en brazos de nuevo, sus quejidos obligaban al tío a detenerse. Julio desde el camión también los oía, y haciendo un hueco a las hermanas que se empinaban para ver, pensaba en la mala suerte de su primo.

—Ese chico no llega a Segovia —murmuró uno.

—¡Por Dios, no diga eso!

—¿Pero no lo ve, que no puede tenerse? Ese niño debió quedarse en el pueblo. Allí estaría mejor atendido y no aquí, viajando de este modo.

—Mejor para él y mejor para nosotros —terció otra mujer—. Así no podemos seguir, ahora que ya queda tan poco.

—¿No podrían quedarse en esa casa?

—¡La criatura, con una mujer sola! —exclamó ofendida la madre de Julito—. ¡Qué caridad tienen ustedes!

Nadie respondió, pero a medida que el sol iba cayendo, cada cual disimulaba menos su impaciencia.

—¿Pero no tienen Rayos X en Otero?

—Tienen que llevarlo a Segovia.

—Pues que lo suban ya. Cuanto antes llegue, antes acaba de sufrir.

De pronto, llegó de lejos un rosario de explosiones y, cuando el eco de los estampidos se acalló, un rumor de motores vino por el cielo.

—¡Lo que nos faltaba!

—Están encima. ¡Morimos aquí todos!

—¡La aviación! ¡La aviación!

Llamaban a los de la venta, a grandes voces. Vino el chófer corriendo.

—¡Abajo todo el mundo!

—¿Pero qué dice usted? ¡Vámonos! ¡Corra usted, antes que lleguen!

—¡Abajo digo, a la cuneta!

—¿Pero no ve que se nos vienen encima?

—¡Abajo!

Se apearon apresuradamente, y tras saltar al camino, quedaron inmóviles, aguardando, en la pequeña vaguada. Julio veía venir por el cielo las tres manchas brillantes, con su zumbido especial, más lentas de lo que parecía. Pensó que se complacían en gravitar amenazando sin acercarse. De nuevo un rumor de explosiones. Pensó que estaba muerto. Sin embargo, alzando los ojos, contempló a los aviones alejarse y todo intacto a su alrededor: los niños llorando, mientras sus padres pugnaban por incorporarse. Llegó a la venta, en el momento en que sacaban a su primo. Le miró y no supo qué decirle, tan cambiado estaba. El rostro afilado, muy brillante, y los ojos, su boca, como si desde el día anterior hubiesen pasado muchos años.

—Rafael... —musitó por lo bajo.

El primo abrió los ojos, pero no contestó, ni siquiera debió reconocerlo.

—Rafael... —llamó de nuevo, y rompió a llorar en silencio.

El camión, corriendo ahora camino de Segovia, dejaba tras sí nubes de polvo que

huían en la noche. Sus faros revelaban al borde del camino, casas vacías, muertas, cuadras derruidas, grupos de hombres que marchaban. A veces se cruzaban con algún convoy de luces apagadas, rumbo al frente, y el tren les siguió durante largo trecho, iluminando como un fuego errante los cardos, los rastrojos, entre la vía y la carretera. Julio, en su rincón, miraba las estrellas.

En sueños le llegó una voz:

—Ahí está Segovia.

El camión chirrió deteniéndose, y tras el ruido de la cabina abriéndose, el chófer preguntaba:

—¿Cómo está el chico?

—Está bien. Durmiendo.

—Pues ustedes dirán dónde llevo a cada uno.

6

Tras muchas idas y venidas, el padre de Julio encontró piso. Tres habitaciones, la mayor de las cuales daba a un frontón cubierto, a través de su ventana. A cualquier hora podía oírse el ir y venir de la pelota, seguir el curso de partidas interminables. Julio se acodaba tras los cristales, pero después, cuando ganó la confianza de los dueños, comenzó a bajar a la cancha y hasta le consintieron llevar el tanteo en la tablilla. Era un tiempo duro. El chico lo veía en el rostro preocupado del padre, siempre de vuelta a casa con las manos vacías. No había dinero ni trabajo, y las cosas de valor que él recordaba fueron poco a poco desapareciendo: la máquina de escribir, la radio, y finalmente un solitario que la madre llevaba muchos años en la mano derecha.

Por algún tiempo se habló de mandarlo a un colegio como las hermanas, pero al cabo de dos meses Julio seguía vagando por el frontón y la calle. A media tarde, a eso de las cinco, salía de casa para ver a su primo. Era casi un viaje en torno a la ciudad, siguiendo el camino de sus viejas murallas. La tía de Rafael vivía en una casita con jardín, a orillas del río, junto a la ermita de la Fuencisla, en un remanso que desde abajo parecía hendir el Alcázar con su quilla.

Bajaba por la carretera que cruza ante la Inclusa, bordeando el Parral, y, una vez en el río, se demoraba a veces, con el ir y venir de las barcas que otros chicos hacían bogar corriente arriba.

Siempre había gente merendando allí y alguna devota que entraba en la capilla a pesar de que la Virgen estaba en la Catedral, ahora, por la guerra.

—¿Qué? ¿Ya te entiendes?

Solía encontrar a su primo en pie, manejando sus muletas.

—¡Se anda tan mal...! Se cansa uno mucho.

El médico decía que el primo mejoraba, pero Julio, viéndole tan encogido, pensaba que la cosa tenía mal remedio.

—¿Viste a los italianos? —le preguntó de pronto.

—¡Menudos tanques! Lo menos de cinco metros cada rueda...

—No son tanques... ¡Tractores!

—¿Quién está ahí? —preguntó desde el interior una voz cascada.

—Es Julio, tía.

El jardín, abandonado, guardaba aún residuos de rosales y acacias. Al fondo se levantaba un barracón de tablas retorcidas, grises del sol, donde guardaban un Ford al que, nada más estallar la guerra, habían roto el diferencial para que no lo requisaran. Mientras tanto utilizaban el coche de un pariente militar que a veces lo mandaba para pasear a Rafael por las afueras.

—¿A dónde vamos hoy?

—A donde quieras.

—Vamos a la estación...

Siempre acababan allí. Al primo le entusiasmaban los trenes repletos de soldados. Julio pensaba que a no haber ocurrido el accidente hubiera intentado, como otros chicos de su edad, enrolarse en el ejército. Siempre llevaba camisa azul y correa negra con dos trinchas, como los mayores.

El coche se abría paso con dificultad, rumbo a la estación. Como el frente estaba en La Granja, las calles se hallaban repletas de soldados. Pararon junto a un paso a nivel, cerca de las vías. No había trenes. Una solitaria locomotora maniobraba a lo lejos.

—Mira. ¿Sabes qué es esto? —preguntó el primo a Julio mostrándole un pedazo de metal parecido a una bala.

—No. ¿Dónde lo encontraste?

—Es un tapón de válvula.

—¿De qué?

—De las ruedas de los coches, hombre.

Ahora se dedicaba a eso, y quería que Julio también las robase.

—¿De dónde la sacaste tú?

—De este.

Julio miró delante pero el chófer no oía. Hablaba con otro soldado, conductor de un camión que aguardaba a que abrieran el cruce.

—¿Y si se entera tu tío?

—No se entera. Aunque falte esta caperuza, la rueda no se deshincha. Verás, baja conmigo.

Echó mano a sus muletas y pronto estuvo en el suelo. Julio no acababa de acostumbrarse a verle así, dando bandazos como un barco, pero le siguió dócilmente igual que en los buenos tiempos. Ahora le admiraba más porque nunca hablaba de su desgracia. Su lesión parecía una nueva aventura.

—Mira —le decía—, fíjate bien. Aprietas aquí y sale el aire.

Puso el dedo en la aguja del tubito, y el viento partió como un suspiro. El chófer volvió al instante la cabeza.

—¿Eh? ¿Qué hacéis vosotros? Pero Rafael no se inmutó:

—Le estoy enseñando a mi primo la rueda.

—Tú déjame sin aire. ¡A ver cómo volvemos!

Y siguió charlando con el otro conductor que con la barrera alzada se disponía ya a arrancar.

—La caperuza está para que no entre el polvo. A ver si reunimos unas cuantas.

—¿Y qué hacemos con ellas?

—Las podemos vender.

—¿Y quién las compra?

—Aunque no las compre nadie. Las guardamos. Cuando vayamos a Madrid, cada mes yo te llamo por teléfono y así contamos las que tenemos cada uno.

¡Cuando volvieran a Madrid! A Julio le parecía cada vez más lejos. Ahora los nacionales se habían detenido. Parecía imposible que no pudieran dar un empujón y meterse y sacar de Segovia para siempre a todos los refugiados.

A veces durante la noche, oía a su madre hablar hasta altas horas en la habitación de al lado. El padre se había colocado, pero sólo por las mañanas, con la tarde entera para vagar, para matar el tiempo en el casino, sin hacer nada, sólo hablando, soñando con el día de volver a casa.

La madre estaba dispuesta a marchar a Salamanca donde tenía parientes, pero el padre se oponía, pensaba que estando más cerca de Madrid acabarían por tomarlo antes.

La voz del primo sacó a Julio de sus cavilaciones.

—Mira. Ahí viene uno.

Llegaba un camión, justo mientras la barrera comenzaba a caer.

—Ahora se va a parar. Tú vete al lado de allá que es donde no ve el chófer. Te pones a mirar, como si buscaras algo por el suelo, y destornillas el tapón. ¡Pero con cuidado! A ver qué tal te sale.

Julio quería resistirse, pero el primo, implacable, le apremiaba.

—Anda corre, que el tren va a pasar.

Marchó de mala gana, como al suplicio. En aquellos momentos odiaba a Rafael. Siempre acababa comprometiéndolo. Él era más valiente. Y más fácil también arriesgarse con el coche de su propio tío.

Ya estaba junto al camión. Tragando saliva lanzó una mirada en torno a sí, mientras el tren se acercaba. El chófer debía aguardar en la cabina. Aplicó a la válvula sus dedos temblorosos, intentando mover el tapón, pero este no cedió. Lo hizo hacia el otro lado y sintió que resbalaba un poco.

Cuando la barrera se alzó de nuevo, tenía el tapón en la mano. Decidió esperar a que el camión se alejase, pero a pesar de que ya el camino estaba libre, no avanzó un paso. Entonces, alzando la cabeza, vio que, desde la cabina, el conductor le miraba.

—Ahora vuélvela a poner en su sitio.

Quedó inmóvil, sin saber qué decir, avergonzado.

—¿Estás sordo? Venga, rápido. No hagas que baje yo.

No sabía qué hacer. Musitó apresuradamente un confuso «perdón» y volvió a colocar el tapón. Cualquier cosa antes que oír sus gritos.

El chófer de Rafael se acercaba.

—¿Pero qué pasa aquí?

—¿Es tuyo este chico?

—¿Mío?

—A ver si le enseñas a tener las manos quietas.

—¿Pues qué ha hecho?

—Pregúntaselo a él.

Y el soldado arrancó dejando a Julio con el otro, frente a frente.

—¿Pero qué haces; te dedicas a robar ahora?

El chico le miró con ira, volviendo al punto los ojos hacia el suelo. A Rafael no le hubiera hablado así, seguramente. Desde el coche, el primo le llamaba, pero no quiso ir. Se alejó. Anduvo vagando toda la tarde. Una vez en casa, ni cenó siquiera, y cuando se acostó, el rencor, la amargura, no le dejaron cerrar los ojos hasta la madrugada.

Al día siguiente, la madre de Rafael mandó el coche para que recogiera a Julio. El chófer explicó que le invitaban a comer. Julio supuso que sería por lo de la estación.

Seguramente el primo, arrepentido, había pedido a su madre que fueran a buscarlo.

Así conoció a su tía, la dueña de la casa, de quien el primo hablaba a menudo. Era muy vieja, con el rostro fofo y brillante, y no cesaba de hacer advertencias al sobrino.

—Cuidado, Rafael... No andes sin muletas.

Rafael las cogía. No había avanzado dos pasos cuando de nuevo:

—Pero vete derecho, hombre; te vas a quedar siempre así, encogido.

Otras veces, desde el sofá del comedor de donde apenas se movía explicaba que cuando se muriera, iba a dejarlo todo a Rafael: su dinero, la casa y el jardín, incluso el coche roto.

En la mesa ocupaba el lugar de honor. La veneraban como a un pequeño rey. Cada cual le cedía no sólo las mejores tajadas, sino la miga de su pan.

Cada vez que llegaba un nuevo plato, Julio intentaba averiguar cómo debería comerlo. Tan raros eran. Siempre estaba temiendo encontrarse con los ojos de la cara fofo fijos en él. Por fin adoptó el sistema de esperar a que los demás empezaran antes, y se fijaba en la madre. La tía sin embargo le apremiaba:

—Tú empieza, guapo, tú no tienes que esperar a los mayores.

Pero Julio se demoraba; los ojos fijos en el plato. Así pudo oír cómo la madre murmuró:

—Es un chico muy bien educado.

Las pausas, el incómodo sillón en que le habían sentado, la premiosa conversación que no entendía, prolongaban para Julio la comida hasta el infinito. Y era peor aún cuando, al verle silencioso, preguntaban:

—¿Tienes ganas de volver a Madrid?

—Sí.

—Lo echarás de menos.

Les hubiera explicado que en Madrid no salía de casa, que, después de la clase, las horas en el balcón se sucedían hasta el crepúsculo, que solamente los domingos le llevaba al cine la criada y, aparte de las hermanas, no tenía un solo amigo fuera del colegio.

Sin embargo replicaba:

—Sí, señora, mucho.

Y la vieja sonreía complacida.

—Además, cuando lo liberen y volváis, os podéis seguir viendo. ¿O vivís muy separados tú y tu primo?

Podría haberles dicho que el primo Rafael le iba a llamar todos los jueves para saber cuántos tapones tenía reunidos, y que por su culpa, el día anterior, había pasado la mayor vergüenza de su vida. Sin embargo se limitó a hacerla saber el nombre de las calles, y la vieja asintió aunque bien se notaba que no las conocía.

El clamor de las campanas vino de fuera, a los postres, como una liberación.

Significaba peligro de bombardeo, pero a Julio le pareció que nunca las había acogido con mayor gusto. Bajaron atropelladamente a la bodega, y la tía detrás, en su misma silla que aguantaban dos hombres de la casa.

El zumbido que el chico conocía se fue acercando envuelto como siempre en explosiones y disparos.

—Eso son los antiaéreos.

—¿El qué?

—Contra los aviones.

—¿Desde dónde tiran?

—Desde el Alcázar. Allí están.

—¿Los has visto tú?

—¡Claro que los he visto! Son como los del siete y medio pero apuntando hacia arriba. Son los mismos.

También la bodega era como el primer refugio, en la colonia, pero daba menos miedo aunque las mujeres estaban sollozando y la tía de Rafael rezaba en voz alta.

Cuando los ojos se acostumbraban a la penumbra, aparecían por los rincones embudos y bebidas y botellas vacías. Las paredes rezumaban moho y el aire húmedo estaba cargado de un acre olor a mosto.

Mientras las explosiones retumbaban apagadas a lo lejos, el primo llevó a Rafael hasta un rincón.

—Oye, no estarás enfadado por lo de ayer.

—No.

—Es que unas veces sale mal, pero otras sale bien. Fíjate; mira las que tengo. Le mostró un puñado que el chico apenas vio.

—¿Lo saben en tu casa?

—¿Lo de las válvulas?

—Lo de ayer —repuso el pequeño. Sólo pensar que la tía de Rafael pudiera reprochárselo, le hacía estremecerse.

—No, no lo sabe. ¿Quién se lo iba a decir?

—El chófer.

—Ese ni se entera.

Sin embargo le había llamado ladrón. Bien lo recordaba.

—Acércate.

La bodega se prolongaba ahora en una especie de pasillo bajo la escalera. El primo desdobló un trozo de periódico, sacando una foto algo velada ya por el tiempo.

—¿Sabes que va a venir mi prima Mercedes?

—¿Y quién es?

—Mírala. Aquí está.

Llegaba del otro extremo un rumor de voces rezando.

—Se ha pasado de Madrid con su padre y viene a vivir con nosotros. Julio no hacía ningún comentario y Rafael preguntó:

—¿Qué te parece?

El pequeño no supo qué decir. La prima estaba en traje de baño, con un paisaje al fondo, como la Concha de San Sebastián.

—Esta foto se la hicieron en verano. Se la quité a mi madre.

Las campanas callaron. El silencio fue completo. Cesaron los rezos y la familia salió a la luz del día. Fueron a tomar café en tanto los chicos se demoraban en el jardín.

—Tengo más retratos en mi cuarto. ¿Quieres verlos?

—¿De tu prima?

—Todos no.

Tardaron un buen rato en pasarles revista. Todos se parecían. También tenía recortadas muchas ilustraciones de periódicos.

8

Llegó el otoño y la prima Mercedes no vino. Recibieron una carta de Burgos y nada más. Julio, con el nuevo curso comenzó a ir al colegio. Cierta día, al volver por la tarde, notó algo raro en los de casa. Las hermanitas parecían fijarse en él más que nunca y todos, incluso el padre, dudaban al hablarle. En cuanto mencionaron el nombre de Rafael, sin saber por qué, adivinó que había muerto.

Había amanecido agonizando en la cama. Cuando fue a verle, ya desde el jardín, oyó los lamentos de la tía.

—¡Cómo un ángel! ¡Ha muerto como un ángel!

En un reclinatorio, junto al ataúd, sollozaba la madre, sin decir palabra. Julio no osaba ni mirarla porque estaba seguro de que su alma andaba ya por los infiernos y, pronto también, allí estaría su cuerpo que ahora reposaba entre los cirios. Hubiera deseado buscar aquellas fotos y quemarlas. Hacerlas desaparecer. Borrar aquel pecado. También él podría condenarse muriendo de pronto, como el primo.

—Nadie sabe los designios del Señor —le respondió más tarde el confesor cuando, asustado, le contó su secreto.

Puede que Dios, en su misericordia infinita, le concediese a última hora la gracia de una perfecta contrición. Oía decir a sus espaldas que era el mejor amigo de su

primo y, con las miradas de todos fijas en él, por primera vez en su vida se sintió importante. Hasta le cedieron, entre los hombres, el sitio de honor en el entierro.

Al arrancar el coche, las mujeres que abarrotaban los balcones se santiguaron y los hombres, tras el cortejo comenzaron a andar. Alzándose sobre el murmullo de la calle vino la voz de la tía en un grito chillón y desgarrado:

—¡Hijo de mis entrañas!

La madre callaba, acompañando al hijo hasta el final, aunque según Julio oyó decir, las mujeres nunca deben ir a los entierros.

El ataúd era blanco y de sus tapas pendían seis cintas blancas que otros tantos chicos sostenían de la mano, marchando al paso que marcaban los caballos. Julio nunca había visto un entierro parecido.

Allí iba el primo, tieso, envarado, mirando al cielo, vestido con su traje de domingo. Pensándolo, Julio deseaba llorar o sentir una gran pena como la tía o la madre o cualquiera de los que a su lado caminaban rumbo al cementerio. Se decía a sí mismo: «Está muerto», «está muerto» y hasta repitió a media voz una frase que oyó en el velatorio...

—Señor, llévame también a mí con él.

Pero sólo podía pensar en Rafael vivo, y hasta la ceremonia, las cintas, la gente, los otros niños en dos hileras a ambos lados de la caja le gustaban.

En el cementerio, antes de darle tierra, un muchacho vestido de falangista se adelantó hasta la fosa y gritó:

—¡Rafael Arana Barzosa! Y todos respondieron:

—¡Presente!

Repitieron las voces por tres veces. Era como si el primo hubiera muerto en el frente. Quizá aquello le gustara.

De vuelta en casa, las hermanitas le preguntaron cómo había sido el entierro y la madre le guardó la cinta en un sobre. Toda la noche le hablaron como a un hombre mayor, como si su figura hubiera cobrado importancia aquella tarde. Al día siguiente, sin embargo, todo había vuelto a su cauce y las hermanas a sus secretos. Volvió al colegio. No recordó más la historia de las válvulas. Los tapones que guardaba en el cajón de su pupitre le parecían inútiles, tan muertos como el primo, y cuando en Navidad marchó la familia a Salamanca, quedaron olvidados, como Rafael, como la prima Mercedes, como los días de libertad pasados en Segovia.

PECADOS

Cuando el reloj de la catedral daba las cuatro, cogía mi libro de latín y salía de casa. Era entonces la peor hora del calor, cuando las calles quedaban desiertas y la ciudad exhausta, su aliento detenido bajo el sol, bajo su luz vivísima. Las rejas, las losas de la acera brillaban en el silencio sonámbulo de la Plaza Mayor que sólo de cuando en cuando alguien atravesaba lentamente ciego, encogido, aguantando sobre sus hombros el peso implacable del estío.

En el interior de los cafés, lejos de las terrazas repletas de sillas arrumbadas hasta las siete, algún cliente repasaba soñoliento el periódico del día, envuelto en la tibia penumbra de los rincones.

Durante los meses fríos, antes de que cayeran las primeras nevadas, la gente del campo llegaba a la capital para vender, a comprar, o, sencillamente, a divertirse, pero durante el verano había mucho trabajo con la cosecha y raramente se acercaban, no siendo por algún encargo para las fiestas del santo, si se celebraban.

Porque estaba la guerra. Una guerra que se iba prolongando tras la esperanza de un rápido fin en los primeros días. Ahora ya nadie fijaba fecha, ni los jóvenes que iban al frente, ni los viejos que se quedaban, ni los refugiados que llenaban los cafés de la Plaza al anochecer o el Casino a cualquier hora del día. En el balcón del Ayuntamiento, pendiendo de su baranda, ondeaban en hilera las banderas un poco raídas ya, tras las lluvias del primer otoño que conoció sobre las armas la ciudad. Todos los días, cruzaban los italianos con sus cañones y sus autos de zumbiar estrepitoso, rumbo al polígono de tiro. Al pasar ante su enseña la vitoreaban con entusiasmo, y los que en el café mataban el tiempo a aquella hora correspondían con una salva de aplausos.

Pero a las cuatro, a mi hora, no había nada de eso, ni ovaciones ni desfiles de tropas como los domingos. Las tiendas abrían más tarde y sólo las de la acera de la sombra, en cuyas puertas aparecían los dueños, entreabiertos sus ojos cargados de sueño. Por lo general quedaban unos momentos inmóviles, las manos en los bolsillos,

fija su mirada en las otras tiendas como tratando de descifrar alguna leyenda fascinante, hasta que, bruscamente, parecían volver a la realidad y todos, como de común acuerdo, se metían, alzando el cierre.

Los perros vagaban y el limpiabotas del Café Central descabezaba un sueño largo en el sillón de los clientes. Yo enfilaba la calle Real, deteniéndome muchas veces bajo los toldos extendidos, ante los escaparates sólo a medias entreabiertos. El que me explicaba la clase era un clérigo que vivía tras la catedral y que en ella oficiaba. Desde su casa se alcanzaba a ver esta, la explanada abierta ante su entrada principal, cubierta de muchas losas con nombres en latín que no supe descifrar nunca, sin una cruz, ni un árbol, nada más con sus letras comidas por la lluvia, borrosas, como un cementerio viejo y olvidado que sólo los turistas antes de la guerra frecuentaban. Ahora, con los frentes, nadie venía. Los chicos pululaban por allí, jugando, seguidos tan sólo por la mirada ausente de algún canónigo que al atardecer antes del rosario, mataba el rato fumando un cigarro. A eso de las nueve, nueve veces bajaba de la torre retumbando un son grave, solemne. Los chicos huían definitivamente; el mudo espectador marchaba y yo volvía a mis declinaciones. Mi clérigo debía ver poco porque usaba unas gafas con montura de alambre, a través de cuyos cristales pequeños y ovalados, me miraban sus ojos azules, acuosos, siempre a punto de cerrarse. Su rostro pulido, blanco, lleno de arrugas, enrojecía cuando fatigosamente, apoyado en su bastón, acudía a los oficios.

El primer día que entré en el comedor donde me daba la clase, aún no se había levantado de la siesta, de modo que la tarde siguiente me entretuve un poco más.

—Espera un poco, que le voy a despertar —me decía el ama que era su madre.

Al otro día tardé aún más, y de este modo, en un tácito acuerdo, fuimos retrasando la clase.

—Está el pobre tan viejo... —musitaba su madre.

—¿Cuántos años tiene?

—Cerca de setenta, hijo, cerca de ochenta.

—Setenta y dos —añadía la criada, una mujer baja y redonda que me miraba en el pasillo como si fuera a taladrarme.

A mediados de septiembre se celebran junto al barrio de la Estación, unas fiestas que llaman del Cristo. Fui allí con un chico que constantemente me repetía:

—Ya verás cómo nos divertimos.

—¿Qué hay?

—Ya lo verás. Hay cohetes y música... Verbena...

Llegamos y por más esfuerzos que hice no podía alegrarme. Yo había visto verbenas de verdad, con sus caballos, con su carrusel vertiginoso, con su música de órgano y sirenas que hacen latir apresuradamente el corazón. Allí no había nada de eso. Sólo una cucaña untada de sebo, con tres naranjas en la punta, que los quintos

trataban de alcanzar. Los miraba la gente, riéndose, y a veces aplaudían, pero a mí aquella música de gaita y tambor me ponía triste, y los cohetes mezquinos disparados entre aquel calor, a plena luz del día daban un fognazo débil y mezquino. En tres puestos, al aire libre, sobre cajones cubiertos con un mantel, servían vino.

—Anda, ven, vamos a echar un trago. A ver si te animas.

—Es que no me gusta el vino.

—¿Que no?

—¿Pues entonces qué te gusta?

Francamente, no lo sabía. Aún estuve un rato con él, y luego visto lo que había me marché, dejándole en el baile que junto a la ermita se acababa de formar.

La criada del ama nos vio aquella tarde, porque también ella andaba por allí y cuando al día siguiente llegué a la clase, don Manuel me preguntó:

—¿Dónde estuviste ayer?

—¿Ayer? En casa.

—No mientas.

—¡Sí, es verdad! Estuve en casa.

—Y antes de ir a casa; cuando saliste de aquí, ¿dónde estuviste? Tuve que contarle lo de la verbena.

—¿Tú solo?

—No, con otro chico.

—Temprano empiezas —y arrugó el ceño.

Le expliqué que el otro chico era refugiado como yo, y su familia amiga de la mía porque vivíamos en la misma casa.

—¿Y tú en Madrid ibas a estos sitios?

—¿Con otros chicos?

—¿Entonces por qué vas ahora?

Me encogí de hombros. No lo sabía. Siempre que me hacía preguntas como esa, me quedaba callado sin saber qué responder. Me entretuve en mirar sus blancas manos, huesudas, brillantes, donde las venas azules parecían a punto de romperse. Había trenzado sus dedos sobre el pecho y suspiraba:

—¡Cuánto ofendemos al Señor sin saberlo!

Se detuvo. Aquel día se había olvidado de la lección, de las declinaciones. Repentinamente se volvió y señalando un crucifijo que, a sus espaldas, pendía de la pared, exclamó:

—Cada vez que cometas un pecado, acuérdate de Ese que murió en la cruz por todos nosotros. Yo continuaba en silencio.

—¿No me oyes?

—¿Cómo dice?

—Que si me lo prometes...

—Sí, sí... Se lo prometo.

Al otro día ya lo había olvidado y la clase transcurrió monótona, como siempre. Desde la ventana, miraba yo ese río que se une con el Eresma a los pies del Alcázar, y un montecillo cubierto de pinos que surge al otro lado. Me quedaba mirando todo aquello, y el libro se cerraba solo en la mesa, y don Manuel se dormía y yo, que lo notaba, le daba un golpecito en el hombro, porque en las manos no me atrevía.

—¡Eh, don Manuel!

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Daba un respingo.

—Que se ha dormido usted.

—¡Ah, sí; que nos hemos dormido...! Yo le respondía:

—Usted solo. Yo no...

Hasta que a fuerza de oírsele repetir todos los días, me di cuenta de que hablaba en plural como los obispos.

Al llegar el invierno, me cambiaron la hora de la clase porque volví al colegio. Entonces iba de siete a ocho y todo en las calles era muy distinto. Los cafés andaban repletos de paisanos que comentaban la suerte de la guerra, discutiendo sobre si Madrid caía o no, consultando los partes del *Adelantado* y *El Norte de Castilla*. Los de las tiendas echaban el cierre a medias y cuando coincidían con el de enfrente, se les hacía de noche antes de marchar a casa. Los cadetes de la Academia, los italianos, y la mayor parte de los refugiados llenaban la Plaza Mayor, paseando, haciéndola intransitable.

Un día murió don Manuel. Me lo enseñó el ama, inmóvil dentro de su caja, las manos sobre la sotana nueva que le habían puesto para enterrarle. Tenía un aspecto extraño, como de ave, sin las gafas, con los ojos cerrados y los dos grandes cirios junto a la cabeza, envuelto todo ello en el olor dulzón de los crisantemos.

Llegaron a Segovia más refugiados y con las familias que vinieron a vivir en nuestra misma casa dos chicas de mi edad más o menos. Siempre andaban con los otros chicos, con nosotros. Todo el mes de diciembre nevó, y frotando con tablas el suelo helado, hicimos pistas por las que daba gusto dejarse deslizar. Cuando el viento arreciaba, nos refugiábamos en los portales, encendiendo fuegos, muy pegados los unos a los otros. Las chicas sabían más que ninguno de nosotros. A veces se reían, otras quedaban serias, marchándose enfadadas. Yo a veces me acordaba de don Manuel porque por entonces todos debimos pecar mucho. Cada noche hacía firme propósito de irme a confesar, pero luego amanecía y el miedo pasaba.

Pecamos mucho y cuando, recordando las palabras de don Manuel, procuraba traer a mi memoria la imagen de aquel Cristo crucificado que colgaba de la pared de su cuarto, lo único que ante mi vista aparecía eran sus blancas, trenzadas manos. Reposaban sobre su pecho, sobre su raída sotana, inmóviles, surcadas de venas rugosas. Si yo hubiera tenido el valor de pensarlo siquiera, si no hubiera temido

cometer un terrible sacrilegio, hubiera llegado a la conclusión de que aquellas manos me repugnaban. Eran como el pecado mismo; nunca más pude quitármelas de la cabeza.

LA VOCACIÓN

Falta apenas un minuto para la hora. El gran reloj del locutorio mueve su aguja hasta dejarla vertical y, desde lejos, a través del altavoz que preside el estudio, llegan vibrando ocho campanadas. Antonio ha ensayado mentalmente sus primeras palabras. Ha leído con cuidado los cinco folios que tiene ante sí, confusamente impresos en la multicopista de la radio. Teme habérselos aprendido de memoria. A veces sucede así de tanto repetirlos. Entonces cuando los nervios apuran, la memoria va más aprisa que la letra y se roza una frase.

El micrófono no impresiona tanto cuando al otro lado de la mesa está el compañero para sacarlo del apuro, pero ahora, en la soledad de la habitación guatada, donde ni el rumor de las oficinas llega, siente que está sudando. Seguramente en ese momento, el director ha encendido su receptor en casa. Dicen que oye constantemente los programas. «Si este día —piensa Antonio— quedo bien, seguro que me aceptan, seguro que me quedo de plantilla». Se acabó, entonces, el vagar por los pasillos, las visitas monótonas a la redacción, el tedio de todo un año perdido.

Él sabe que muchos de los que hoy figuran en puestos de importancia, incluso su amigo Agustín, llegaron silenciosamente, casi de contrabando, como un humilde huésped cuya presencia no desea hacerse notar. Desde entonces, jornadas aburridas de despacho en despacho, cigarros consumidos en tardes vacías, en el ir y venir de los departamentos en pequeños trabajos que por ignorados no suponen ningún mérito concreto, hasta cierta mañana —ellos no sabrían ya decir cuándo la voluntad invisible que rige la emisora ha uncido a esta su vocación y su destino.

Cuando la música de sintonía cesa, la luz verde desaparece. Se enciende la roja y el encargado del control, desde su puesto iluminado, hace a Antonio un gesto que quiere decir: «Ahora».

Ya está dicha la cabecera. Vuelve la luz verde en tanto gira un disco. Un son lento, melodioso, a tono con la mañana que comienza. Antonio, más tranquilo, contempla al lado opuesto de la mesa, el otro lugar vacío. En el programa hay

párrafos para locutora. Si esta no llega a tiempo, deberá llenar él los intervalos. Más difícil. ¡Ojalá quién lo escribió no haya matizado mucho!

El disco termina. De nuevo el gesto del otro, más allá del cristal.

El director quiere optimismo por las mañanas; un tono amistoso, confidencial en los programas. Publicidad de las once en adelante, y las tragedias a las seis, en los seriales. Ahora hay que hablar a cada escucha individualmente, en coloquio cordial, como a un amigo a quien se quiere mandar contento a la oficina.

Antonio piensa en su padre. ¿Irás su padre contento a la oficina? No. Su padre nunca escucha la radio, y menos a esa hora.

En los platos del control se agotan veloces los discos. Cada vez que el hombre en mangas de camisa le hace seña. Antonio habla, cara al micrófono, ni muy lejos, ni demasiado cerca, como le han enseñado. Ahora dice las palabras con menos dificultad, casi con soltura, sin la penosa sensación de expulsarlas, como al principio.

Al fin alguien aparece en el locutorio.

Raquel lleva seis años en la emisora. Empezó muy joven. Se desliza por la puerta silenciosamente y llega a tiempo para leer su parte con aplomo y rutina. A pesar de su rostro indiferente, recién salido del sueño, la voz surge amable, cargada de cálidos matices. Una de esas voces que el público conoce sin saber su nombre, tan sólo de oírla día tras día.

Tras concluir el santoral, mira.

—¿Qué tal?

—¿Yo? Regular... —duda Antonio.

—Paco dice que bien. Me lo dijo al entrar.

Paco es el del control. Le miran y él, como si supiera de qué hablan, asiente.

—¿Tú eres amigo de Agustín?

—Sí. He venido algunas veces con él.

Agustín le recomendó que se dejara ver por la redacción, por el estudio. Es la táctica de muchos, es mejor que llegar de pronto, una mañana, pretendiendo trabajo. Al fin se ha presentado una ocasión, una vacante temporal por afonía, porque el otoño es la estación más peligrosa para los locutores. Antonio reemplazará provisionalmente al compañero enfermo y Agustín puede sondear al director, mientras tanto.

Ahora, las efemérides del día: En tal día como el que corre, Alejandro Magno acaba de someter la Capadocia; cuatro siglos después, la virgen Eufemia sufre prisión y muerte bajo Diocleciano. En 1502 Cristóbal Colón, durante su cuarto viaje a América, avista la costa de Veragua.

—¿Nunca hablaste en la radio?

—Una vez, en un concurso, con otros. Nada...

—¿Solo, nunca?

Mueve la cabeza, negando otra vez, mientras con el índice señala su parte en el papel. Raquel, vista a la luz de la pequeña lámpara, parece joven, con esa juventud un poco ya pasada, que realza la luz artificial. Del cuerpo no se puede juzgar. Entró con el abrigo sobre los hombros y se lo quitó sentada, un poco hombrunamente, mientras leía.

Antonio va leyendo y de pronto, incomprensiblemente, el texto acaba al volver una hoja. La garganta se seca en un instante, mientras vuelve atrás, buscando el final de la frase. Mas por allí ya pasó y cuando comprende que el chico de la multicopista, al grapar los folios, metió entre ellos uno blanco, ya Raquel hilvana sus últimas palabras dando entrada al disco siguiente.

—¡Si tuvieran cuidado! —arranca la hoja con rabia.

—No lo notaron. Pasa en todos los programas. Cuanto peor parece aquí, mejor sale fuera.

Nadie lo ha notado porque a esa hora la casa duerme aún. Cerrado el despacho del director, desiertos los pasillos y la redacción, sólo una mecanógrafa ha madrugado para copiar dos recetas de cocina. La chica escribe: «Leche frita», y a su tecleo suave, distanciado, sirve de fondo el rumor lejano de la calle.

Los muros acolchados del estudio grande guardan aún los aplausos de la noche anterior. Las sillas revueltas perpetúan la confusión de última hora, y en tanto el salón vacío parece descansar del estentóreo diálogo de las voces, el piano enfundado, los micrófonos cubiertos, esperan que la mujer de la limpieza los reintegre puntualmente brillantes al público de las cinco, de las seis, de las diez de la noche.

Sólo en el hall, ante la puerta de entrada, el conserje y el guardia de turno bostezan. El conserje, tras su pequeño mostrador, hace cábalas sobre los puntos a cobrar; el guardia, cruzadas sus flacas piernas, dormita. Los primeros en llegar son los botones.

—... y calcula, toda la tarde bailando.

—¿Con la negra?

—Con la morena.

—Parece una negra. ¿Y después de bailar?

—Después, nada.

—¿De lo otro nada? ¿Pero dónde fue la cosa?

—En una reunión. La casa de un amigo.

—Se la saca de allí, hombre.

—¿Y si no sale? ¡Allí te querría yo haber visto!

Entran en el guardarropa y de mala gana visten sus guerreras galonadas. El mayor suspira.

—¡Cuándo seremos viejos para cobrar el subsidio!

—El conserje les ha seguido con la mirada.

—¿Has visto? Ni los buenos días.

El guardia no comenta. El otro continúa:

—... ni educación ni nada.

La puerta de hall se abre para la señorita Carmen. Al tiempo que avanza, los dos hombres la contemplan, la envuelven en la mirada ociosa y triste de todos los días y ella, también como cada mañana, la ignora preguntando:

—¿Ha venido el señor Anaya? El conserje mueve la cabeza.

—¿Y el señor Masavé?

—No ha venido nadie. Es usted la primera.

—Bueno, deme la llave.

—Ya está dentro la señorita Pepita.

Desaparece. La señorita Carmen, cuando quiere, hace valer su jerarquía, su puesto privilegiado de secretaria del director. Extiende con arte y habilidad una helada barrera en torno a la cálida admiración que nace de su cuerpo.

A poco, suena el timbre del avisador.

—Acaba de llegar y ya está llamando.

Nadie acude. El timbre suena hasta que el conserje le hace callar, atravesando el hall, camino del guardarropas.

—¿Pero qué? ¿Os vais a pasar ahí toda la mañana? Los botones, sorprendidos, se ofenden:

—Ya va, hombre, ya va.

El pequeño, más tímido, sale primero.

—No correrá tanta prisa, digo yo.

—¿Y cuándo hay prisa para vosotros? La señorita Carmen está llamando. El mayor se apresura.

—Ahí voy yo.

—¿Pero qué pasa ahora?

—¡Qué voy yo, te digo!

A las nueve empieza la vida. Llegan las mecanógrafas, sonámbulas por el cansancio del domingo, un poco aburridas de antemano, bajo el brazo la toalla limpia para las manos que los clisés de la ciclostil embadurnan muchas veces al día. Entra Andrés, el jefe de programas, y Agustín, el amigo de Antonio; llegan los redactores, los locutores de estudiada eufonía, el viejo zarzuelista fracasado que archiva los discos, y la encargada de publicidad con sus años, su tos, y su genio irascible. Entran en tandas, según el ascensor los sube, y luego que el reloj del hall ha marcado sus tarjetas con un timbrado agudo, van quedando en el laberinto de puertas anónimas que sin rótulo, ni número, jalonan el pasillo; puertas cuyo destino sólo enseña la costumbre, el repetido peregrinar de cada día.

Por último, a eso de las once, llega el director.

Hasta la ventana abierta llega el húmedo vaho del otoño. La calle, más allá del cristal, siete pisos abajo, fluye bajo la niebla. Cuando el director, entra en su despacho, ya Andrés y Agustín esperan allí. Andrés charla con la novia. Agustín espera que el jefe encienda el receptor para, con la voz del amigo, presente, recomendarle.

El director, como todos los lunes, llega un poco cansado. Se sienta a su mesa frente a su propio retrato que le contempla desde la pared al lado de una vieja fotografía de Alfonso XIII inaugurando la emisora.

—¿Han leído ustedes esto? —Deja caer un periódico del domingo.

Todos conocen el artículo excepto Agustín. Mientras lo va leyendo piensa en Antonio.

... el hecho de que la radio, en las condiciones actuales, constituya el elemento de difusión nacional que más directamente llega a las clases populares es lo que nos hace llamar la atención hoy, no sólo sobre la baja calidad de los programas, sino acerca de la ignorancia que del idioma hacen gala nuestros locutores. Toda licencia a este respecto redundará a la larga...

—¿Qué les parece?

Agustín interrumpe la lectura. Andrés responde:

—¡Para esto sí que debía haber censura!

—Lo de siempre, ¿no? —opina Agustín.

El director no hace ningún comentario. Dobla el periódico cuidadosamente y lo guarda.

—¿Ustedes creen que hablan tan mal nuestros locutores?

—Los periódicos piensan siempre lo mismo: sólo ellos tienen razón. Debe ser porque nadie les hace caso. La radio es un negocio. Cualquiera diría que regalan los periódicos.

Andrés sigue aún explicando sus razones, pero el director ya ha olvidado el asunto. Pide los programas de la semana que Carmen deposita sobre la mesa.

«Letras y mundo». Inauguración de una casa de mecanografía. (Intervienen los dueños que harán declaraciones). Orfeón Mejicano. Serial. Crítica deportiva patrocinada. Tres guías comerciales. Sederías, boleras, zapatos, espectáculos. Pan tostado y aleluyas de anuncios. Seriales más importantes y dos concursos cara al público. Un breve concierto de Chopin. Más guías. Oranges. Retales. Sederías. Camas. Champán. Gabardinas. Purgantes. Regalos de vespas y automóviles. Saldos. El serial de éxito...

La directora de publicidad quiere cargar la mano pero los redactores se resisten. Aunque ellos no lo dicen, el artículo del diario pesa.

De pronto, tras un final melodioso, la voz que Agustín espera, les envuelve inesperadamente. Carmen, mientras discuten, ha encendido el aparato del despacho. Todos quedan por un instante, vagamente suspensos ante el locutor desconocido. El director pregunta.

—Está enfermo Castellón —contesta Agustín eludiendo la respuesta.

—¿Pero este chico quién es?

—Había que llenar ese turno, tan temprano...

—¿Es amigo suyo?

También al director el periódico le preocupa. ¿A qué viene, si no, tanta pregunta?

—Este año imposible. No me metan a nadie. Vamos muy mal de nómina. Al que viene ya hablaremos.

La voz de Antonio llega, sigue durante la mañana.

Gabardinas. Muebles. Tapicerías. Ron. Galletas. Tejidos. Medias. Día de la Madre. Café. Maltas. Comentario del día.

La voz de Antonio sigue. Antonio sigue. Cada mañana un poco. Pasa el hall y se asoma un momento en el departamento de su amigo. Todos los días. El portero, el conserje, le conocen. Algunos locutores recuerdan vagamente su cara. Agustín, su amigo, le ha dicho saliendo por la tarde el día de prueba:

—Tú sigue viniendo por aquí; tú no lo dejes. Es cuestión de acostumbrarlos, es cuestión de paciencia.

EL DOBLE

Desde que la úlcera le retiró, nunca estuvo a su alcance tanto dinero. Sin embargo, el riesgo no debía compensar, pues en la antesala sólo halló tres muchachos y ninguna cara conocida. Al entrar, le examinaron fugazmente y volvieron a su charla. Hablaba de faenas, de pueblos y de toreros que él no conocía, ni aun a través de los periódicos que por las tiendas, de vez en cuando, caían en sus manos.

Apareció un hombre con gafas oscuras de concha, en mangas de camisa.

—¿Gregorio Flores?

—Servidor.

Uno de los jóvenes se había levantado. El hombre le mandó pasar y Gregorio Flores desapareció tras él, luego de hacer una leve seña a sus compañeros. Ellos, asimismo, alzaron la mano levemente, respondiendo:

—Suerte.

No hablaban ahora. De nuevo observaban al recién llegado, estudiándole con ese leve matiz hostil y desdeñoso que para todo rival de más edad tienen siempre los jóvenes.

La habitación, la casa, los amplios ventanales que el frío de fuera mantenía opacos, le desconcertaban. Estaba acostumbrado a otra clase de oficinas menos elegantes. Se alegró de haber dejado en la pensión la cartera abarrotada de muestras. Se alegró de vestir el último traje de los buenos tiempos, y, preguntándose si acaso irían a volver, pasó revista a las fotos que adornaban las paredes. Mujeres parecidas a las que conoció en su época, y, sin embargo, lejanas ya, tanto como el lujo un poco de ocasión, apenas estrenado, de aquella oficina.

Pensó en su vagar de cada invierno por las tiendas, siempre con el muestrario en la maleta, las largas parrafadas junto al mostrador, adaptándose al humor del cliente, las cenas solitarias en las fondas, los viajes interminables.

El hombre de las gafas oscuras, apareció de nuevo, precediendo al chico.

—Ustedes, esta tarde a las cinco.

Así que no habían contratado al muchacho y él había perdido la mañana. Ya estaba pensando en volver, cuando la misma voz le quitó la última esperanza.

—¿Usted vino también por el anuncio?

Miró atrás, dudando. También se detuvieron los otros tres y escucharon desde la puerta:

—¿Qué edad tiene usted?

—Cuarenta y dos años.

El de las gafas pareció meditar, como si de memoria calculara algo.

—Usted no venga —falló al fin con ademán negativo—, son muchos años. ¿Con quién toreó?

Esta vez mintió más. Le dijo un nombre al azar, sacado de la prensa, siempre con el temor de que los chicos, desde la puerta, le descubrieran.

—¿Cuánto hace de eso?

—Dos temporadas.

—No sirve. Usted debe saber lo que es una cogida en esas condiciones. No querían cubrir el seguro.

Debía referirse a la edad. Sin embargo él no se sentía viejo. Quizá lo fuera para torear de verdad, pero no para fingir una cogida.

El hombre, cortés pero inflexible, le despidió.

Por el rellano del segundo piso encontró a Pastor. A pesar de la oscuridad, conoció su rostro. Quiso zafarse, buscando la penumbra del rincón, pero el viejo compañero fue hacia él. Como años atrás, en el café, le abrazó espectacularmente. Luego, retrocedió y, llamándole muchas veces por su nombre, comenzó a examinarle de arriba abajo.

—¡Deja que te mire! ¡Las veces que pregunté por ti a los compañeros! ¿Dónde te metes? ¿No vas ya al café? ¡Calcula; hasta me aseguraron que te habías muerto! Lo que yo dije. Ni hablar, Fermín no se muere sin avisarme a mí.

Tras las risas quedaron en silencio. Luego, Pastor, más serio, tentó con el envés de la mano el vientre del otro.

—¿Qué tal eso? ¿Te operaron?

—Va para dos años.

—¿Qué tal quedaste?

—Así...

—Tú siempre te quejabas... ¿No andas mejor ahora? —Y, dando un cambio brusco que les trajo al presente, al Pastor habitual, añadió—: Hay que olvidar las penas. Ven; sube conmigo.

Fue siempre así, simpático, cordial; parecía preocuparse por las cosas, pero, en el fondo, el dolor, la miseria, le aterraban. Como torero no llegó a interesar. Ahora debían irle bien las cosas, a juzgar por su apariencia. Hizo un alto mientras subían,

para preguntar aún:

—¿Qué hacías aquí?

Por el tono, parecía un habitual de la casa.

—Vine por el anuncio.

—¿Qué anuncio?

Le enseñó el recorte del periódico, que el otro pareció comprender a la primera hojeada, repitiendo el gesto del hombre de las gafas.

—Eso tiene su riesgo. ¿Qué te han dicho?

—Que no...

El amigo se encogió de hombros.

—¿Pero por qué? ¿Te dieron alguna razón?

—Por viejo.

El viejo torero se había detenido. No deseaba volver otra vez a la oficina, pero Pastor, como en los viejos tiempos, le echó la mano sobre el hombro, convenciéndole.

—Tú sube. Ya veremos.

* * *

Así supo que trabajaba ahora en asuntos de cine. Estaba de moda sacar en las películas toreros auténticos y él tenía planta, y un rostro cetrino, aniñado, especial para esa clase de papeles. Le había hecho pasar. Había tuteado al hombre de la oficina, y, poco a poco, luego de mucho dialogar, concertó otra entrevista para el día siguiente.

La segunda fue bastante más larga y aburrida. El viejo torero vio caras nuevas, poco propicias a transigir. Se maravilló oyendo a Pastor discutir por él con tanto empeño.

Al día siguiente llegaron a un acuerdo. Le dieron la mitad como anticipo y firmó un seguro para caso de muerte o inutilidad. Salieron de la oficina como siempre: el amigo a su lado, triunfador, risueño; él, a la sombra de su afán protector, lidiando con la cara peor de la suerte. Y, sin embargo, el trance no era nuevo entre los dos. Ya en cierta ocasión, hacia el año cuarenta, se hizo coger por él a la salida de un quite, en la Monumental de Barcelona. Pastor salvó rodando en torbellino, con la cara guardada entre los codos; a él le tocó perder, lanzado al aire, buscado por el toro con codicia. Ahora, la suerte iba a repetirse. Uno se luciría con sus enemigos y, a la hora de fingir la cogida, de nuevo el otro correría con el riesgo.

* * *

La cartulina se desdobra en dos como un viejo programa de teatro. En la brillante portada el nombre del matador, con su apodo, bajo la foto oval que ciñe una greca. La multitud se adivina vagamente al término del brazo que ofrece el brindis, tendiendo la montera con ademán que parece una súplica.

En la página segunda, dice su apoderado:

«Señor Empresario: Habiéndose conferido poderes para que le represente el modesto y valiente *matador de novillos Fermín Rivera (Riverita)* me apresuro a dirigirme a usted por si tiene a bien tomar nota, e incluir en alguna de sus combinaciones a mi representado, en la seguridad de que le ha de gustar su trabajo.

»En cuanto a condiciones, ninguna le hago. A poco que ponga usted de su parte, llegaremos a un acuerdo sin discusiones ni regateos.

»Mi representado ha toreado con excelentes resultados en las plazas de Tetuán (Madrid), Vista Alegre, Calatayud, Plasencia, Almagro, Guadalajara».

La tarde de Guadalajara se retrató con Pastor. En el callejón de cemento fuma su último cigarro con el mozo de estoques y un hermano del tercer diestro que fue a Zaragoza a verle debutar.

De Almagro recuerda el calor. En la postal de aquella tarde el ruedo debe de arder en torno a las borrosas siluetas de los matadores. De nuevo juntos los dos amigos, esta vez con Carriles, el que murió en México dos años después. En la foto aparece desafiante, bien plantado en la arena, la mano sobre los ojos, a modo de visera. Detrás, el balconcillo corrido, repleto de mujeres. Una hilera de piernas masculinas cuelga entre los barrotes, sobre el tendido. El estrado de la música, desierto, y, al pie, unos mozos en mangas de camisa frenan la carrera a dos pares de mulas, antes de que comience el paseillo.

Más fotos con Pastor. Una en el Sardinero, y el retrato de estudio con sombrero calañés. Las postales acaban ahí. Fajos de recortes. Programas de colores que el tiempo ha ido empañando. Cuentas de fondas. Cartas de amigos que desaparecieron. Con un par de zapatillas terminan los recuerdos.

* * *

Se detuvo un instante sin saber cómo franquear aquel gran amasijo de vigas, cañas y escayola. Había llegado al estudio muy temprano, a la hora que el aviso decía, pero el portero desde su cabina le advirtió:

—No tenga prisa. Es usted el primero.

Las paredes desnudas rezumaban moho, y el vaivén de la puerta abierta traía un viento frío que estremecía su cuerpo enfundado en la vieja gabardina. Cruzaba gente apresurada, con ojos soñolientos; un viejo con un termo en la mano; un hombre tiritando, que tras golpear con la mano en el cristal del portero, avisó:

—Estoy tomando un café. Por si preguntan... El portero asentía con el halo del calentador entre las piernas, atendiendo al teléfono.

Despertó entumecido. Anduvo unos pasos para reaccionar, acercándose a la entrada. Se entretenía en contemplar una vieja carroza arrumbada en el rincón más lejano del patio, cuando le llamaron. Era el portero.

—¿Vinieron ya?

—Están en el plató.

—¿Me dice dónde es?

—En el número seis. Pase por ahí. Siga todo a lo largo.

Más pasillos vacíos, largos, enormes, de muros estucados. Una hilera de puertas numeradas. Al otro lado de la seis, en la nave rectangular, poblada de andamios, cinco hombres alzaban sobre el piso los muros blancos de un cortijo. Se dirigió al capataz.

—¿No está aquí el encargado del personal? ¿Qué encargado?

—Me dijeron que estaban trabajando en el número seis.

—¿Quién?

—El portero.

—Está bueno ese... No sabe lo que dice.

—¿No es este?

—Sí, lo es. Lo que pasa es que hoy están todo el día en el solar.

Miró de soslayo cómo sus compañeros alzaban la ventana enrejada e hizo ademán al otro de que le siguiera.

Un nuevo patio, igual que los anteriores, a excepción del rótulo en letras negras sobre la puerta del laboratorio.

—¿Ve el hilo del teléfono?

Tendido por tierra había un manojo de cables que se alejaba desde sus pies.

—Sígalo hasta el final. No hay pérdida.

De ese modo, sin separarse de su guía encontró el decorado. Antes cruzó de nuevo un campo baldío, donde permanecían estacionados media docena de automóviles. Llegaba el zumbido constante del grupo electrógeno. Cuando intentó pasar la barrera de mirones le detuvo un guardia.

—¿Dónde va usted?

—Dentro.

—No se pasa. ¿A quién busca?

Dio el nombre del encargado. A sus espaldas se agolpaban los curiosos. Dudó si arrostrar la cólera del guardia, pero ya un joven se acercaba presuroso, gritando:

—Los que no trabajen, hagan el favor de salir.

Se presentó. El joven le escuchaba sin enterarse, al parecer, de sus razones. Al fin, le miró por vez primera, para preguntarle:

—¿Trae usted el traje?

Y, antes de que llegara la respuesta, ordenó:

—Sígame. Vístase. Viene tarde...

Ya estaba con su traje oro y gualda, al pie de la barrera, en la placita de un pueblo castellano. Le maravilló que aquella complicada armazón adquiriera semejante realidad por dentro. Hasta vista de cerca podía engañar, a no ser por la gente, y a condición de no intentar abrir ninguna de las puertas. Un grupo de mujeres, en traje de fiesta, subía desde el exterior como por los andamios de una obra, ocupando dos de los falsos balcones. Los carros que cerraban el ruedo, las gradas de madera, se hallaban repletos de hombres en traje oscuro que bostezaban y comían bocadillos. El sol se ocultó un instante y surgió abajo un coro de protestas: el viento que encañonaba el callejón atería. La corriente había hecho ceder una de las ventanas, dejando, a través, el cielo raso. El joven de antes tronó desde la barrera:

—¡Esa ventana!

Y un hombre, con el martillo al cinturón, subió a asegurarla.

Pero el ayudante de dirección todavía seguía gesticulando. Alguien, a media voz, murmuró detrás del torero:

—Mírale, mírale al nene, cómo se agita.

Cuando el torero miró a su espalda, le ofrecieron un cigarro.

—¿Qué? ¿Cuándo debutamos?

Aceptó. Tres hombres vestidos con trajes de pana le contemplaban con curiosidad.

—¡Qué frío más negro!

—Sí hace...

—Usted tendrá costumbre. Ya debe soplar por esos pueblos.

—Regular.

Comenzó a liar el tabaco con cuidado.

—¿Usted a qué viene? ¿A doblar a Pastor?

—¿Pero no torea ese? —preguntó otro de los tres envolviéndose en la chaqueta como en un albornoz.

—Claro que torea, pero a quien le cogen es a este señor.

—Ese sabe cuidarse.

—Hombre, que se lo pregunten a la mujer de Llardó. A ver por quién está ese niño trabajando.

—¿Y cuánto le pagan?

Dijo la cantidad, mientras prendía el tabaco.

—Por diez veces ese dinero no me dejaba yo meter el cuerno.

—Más cornás da el hambre, como dijo Reverte.

—Ese fue el Espartero.

—¿Qué más da?

Rieron. Sin saber por qué las bromas de los otros dieron miedo al torero. Abajo los técnicos, los mandamás y los obreros trabajaban a ritmo desigual. Se alzaban voces pidiendo silencio, y las pausas se sucedían en torno a la máquina cuadrada, con su negro fuelle y su trípode especial como los de los fotógrafos de feria. Cuando se llevó a cabo el primer ensayo el tiempo había templado un poco. Ya estaba Pastor en el ruedo. Debía llevar buen rato allí, envuelto en un gabán color canela, pero el amigo no lo supo reconocer. De todos modos el traje de luces tampoco brillaba mucho bajo aquel cielo opaco. Avanzó saludando a un tendido imaginario. La cámara, con los servidores, corría sobre raíles, paralela a su paso, como un pequeño carrusel.

El ensayo se repitió hasta cuatro veces. A la quinta gritaron: «¡Silencio!». Una orden en voz confidencial y, a poco, el eco nítido de la respuesta: «Rodando».

Fuera, se oyó el zumbido del electrógeno, y Pastor, triunfante, comenzó a recorrer el ruedo. Ahora cruzaba frente a su doble, ante el amigo. Y el viejo torero, viéndole sonreír, viendo a la cuadrilla devolver los sombreros, sintió vergüenza. Era absurda aquella corrida imaginaria, empezando por el final, bajo aquel sol huidizo, en aquel coso fingido, barrido por el viento.

También los del traje de pana gritaban. Uno tiró la gorra.

El viejo torero, no entendió en un principio lo que decían; luego, fueron llegándole más claras sus palabras:

—¡Míralo! ¡Guapo él!

—¡Bonito!

—¡Presume, anda, presume, lúcete bien!

Los tres se burlaban de él, mientras aplaudían, y aunque el coro de voces ahogaba sus bromas, algo debió llegar abajo, porque Pastor desvió un instante la mirada, sin detenerse en su camino.

Reían los otros figurantes. Al viejo torero le extrañaba aquel rencor. A fin de cuentas, tampoco ellos arriesgaban nada. Recordaban al público de las nocturnas, que después de reír a sus anchas con la charlotada, parecía reservar su mala fe, su afán de herir, toda su vileza, para los viejos diestros que intentaban lucirse en el último toro. Quizá estos, también, tras la farsa silenciosa de aquella vuelta al ruedo adivinaban la verdad: el fracaso de Pastor, y él, que nunca quiso retirarse, estaba allí aguantando, repitiendo la escena hasta ocho veces, con un aplomo que hacía enrojecer al viejo compañero.

En el ruedo había cambiado la escena. Alzaron defensas para resguardar la cámara, montando otro tinglado junto a los burladeros. Al cabo de una hora soltaron el primer toro, huido y burriciego. Con guasas lo protestaron. Quedó el animal plantado, recelando. Pastor intentó meterlo a los caballos y el animal embistió terrible. Aprovechó para darle una tanda de verónicas en los medios. Pero gritaron

desde el tinglado de la cámara:

—¡Acérquelo!

Pastor lo recogió en la capa, dejándolo clavado ante las tablas del practicable. Sin transición pasaron a matar. Parecía una corrida muda, sin olés ni aplausos, cortada a cada instante por la voz que ordenaba al matador los detalles de su faena:

—Perfile a la derecha. Más cerca...

Iniciando la faena de muleta detuvieron la lidia porque el sol comenzaba a ocultarse. Fue preciso entretener al toro. Pastor, nervioso, con el gabán canela sobre los hombros, escrutaba el cielo...

Al fin, volvió la claridad y el torero se aproximó nuevamente a la barrera. Le tendieron el estoque envuelto en la muleta y recogieron su abrigo. Fue entonces hacia la cámara. Preguntó algo, y los otros debieron asentir. Con brusquedad sacó la espada, ordenando a los peones que acercaran el toro. Pero tuvo que citar de lejos. Lo hizo con la muleta plegada. El toro se arrancó.

* * *

El viejo torero conoce bien ese aroma incisivo y dulzón, y la blanca puerta de cristales esmaltados. La ha cerrado tras sí, acercándose en silencio a la cama de Pastor. Este, sintiéndole llegar, abre los ojos.

—No te muevas. Ya me dijo el médico que era cosa de poco.

—Un puntazo corrido y contusiones. Eso dice él. Como en Burgos. ¿Te acuerdas?

—Total: unos días.

Pastor le mira con compasión. Luego clava los ojos en el techo.

—Bastantes para que pongan a otro; si no pierden dinero.

—¿Y de pagarte?

—Bien. El resto del contrato y todo esto. ¿Y a ti, cuándo te toca?

—A mí me licenciaron esta mañana.

—¿Por qué? ¿Ya no hay cogida?

—¡Vaya si la hay: la tuya!

El viejo amigo cuenta cómo las cámaras siguieron funcionando, recogiendo el lance hasta el final. Cuando a la tarde fue a presentarse, le citaron para el día siguiente.

—Espere a que veamos la proyección.

Al día siguiente le despidieron. Él también vio las tomas reveladas, el salto de Pastor entre los cuernos, su rostro lívido, la taleguilla ensangrentada. Sólo será preciso podar algunos metros, al final, cuando, una vez alejado el toro, los maquinistas levantan al diestro de la arena.

El herido parece ahora descansar. Sin embargo, abre los ojos y pregunta:

—¿Te pagaron todo?

—Todo... —responde el viejo, y añade con timidez, casi excusándose—: Acabo de cobrar el resto.

No sabe cómo seguir. Piensa volverle a ver, piensa en algún gran favor que el amigo pueda necesitar en tiempos venideros, pero la espera, la pausa se prolonga y no acierta a expresar su pensamiento. Busca un pretexto que le aleje de allí, pero ni aun eso es necesario. Al cabo de un rato la luz de afuera se apaga tras los cristales y Pastor, respirando hondamente, entra en un plácido sueño.

EL FINAL DE UNA GUERRA

El muchacho se quitó las pieles de carnero que calzaba, sacando del macuto un par de alpargatas viejas y zurcidas.

El compañero le miró. Iba a decirle algo pero a su vez, tras un último vistazo, dejó el fusil contra la pared de la chabola, saludándole con un irónico ademán de despedida.

—Hasta la vista... —y alzando desde el suelo un lío de ropa, todo su equipaje, preguntó al chico—: ¿Vamos hasta la cocina?

—Andando.

Lucían las estrellas sobre la negra retama del pinar. El muchacho, caminando, se preguntaba si aquellas luces en lo alto, serían capaces de orientar hasta Madrid el rumbo de los dos.

A sus espaldas, el frente dormía. Disparos lejanos, solitarios, traían de vez en cuando el recuerdo de una guerra remota, en la que nadie, bajo los pinos, había llegado a intervenir. Sólo cambios de frente, mudanzas locales de trincheras húmedas a sucios parapetos, aburridos relevos cada quince días y un hambre larga, insatisfecha, harta de pan y de café, de sopas y naranjas. Rumores de rendición, de nocturnas deserciones, pasando el frente hacia la otra zona o huyendo hasta Madrid para esperar el final de la guerra.

—¿Tú crees que acertaremos el camino?

El compañero ajustaba su paquete para llevarlo sobre el hombro.

—Acertaremos. Si no nos pillan los del control.

—¿Tú qué piensas hacer en Madrid?

—Ya te lo diré cuando lleguemos.

—¿Y al furriel, le conoces? ¿No irá con el cuento al comandante?

—Ese es de confianza... Un amigo. Si él pudiera se venía con nosotros, pero tiene la familia aquí, en un pueblo cerca.

—Además los furrieles viven bien.

—Te diré: como generales...

Tardaban en llegar a las cocinas. Por fin, tras un recodo cubierto de troncos calcinados, llegó el olor hiriente del aceite frito. El hogar, entre las sucias tiendas de los pinches, dejó escapar un tibio resplandor al soplo de la brisa.

—Están durmiendo...

—No puede ser. Le dije que venía.

El compañero, sin titubeos, se dirigió a una de las tiendas.

—Ramón —dijo en un susurro.

El furriel les miraba ahora desde sus ojos pequeños y brillantes, sucio, dormido, despeinado, desperezándose bajo la luna.

—Bueno, os daré el pan, pero si os cogen, de mí ni una palabra, que ya me liaron más de una vez, por bueno.

Aún siguió protestando, mientras sacaba de los sacos el pan caliente y tierno. Los chuscos relucientes parecieron al muchacho un grado superior en el ejército, como si de pronto a él y al compañero les hubiesen encomendado una misión difícil, un trabajo especial, privilegiado.

El apretón de manos selló las gracias pero a poco, cuando ya comenzaban a alejarse, un siseo insistente les detuvo. Al borde de las tiendas el furriel les hacía señas. Volvieron sobre sus pasos y el cabo se acercó a medio camino.

—¿Pero dónde vais?

Los dos se miraron confusos.

—¿Lleváis salvoconducto? —preguntó todavía.

—No... —confesó el muchacho.

—Si lo lleváramos, ¿para qué íbamos a andar escondiéndonos?

—¿Ningún papel...?

—Nada...

—Estáis locos. —Por un momento miró arrepentido el pan que aún llevaban en la mano—. Por ahí vais derechos al control. —Hizo un silencio y luego añadió de mala gana—: Venid conmigo...

Fueron bajando tras el suave declive que cubría la espalda de las tiendas, hasta desembocar en las oscuras fauces de un barranco. Su aliento húmedo trajo el eco de la última recomendación.

—¡... Y a ver si abris los ojos! La semana pasada empapelaron a tres.

—¿Les formaron expediente?

—¿Por qué? ¿Por bajar a buscar comida?

—Eso dijeron ellos —en el tono del furriel pudo percibirse una clara alusión a ambos—, pero les condenaron.

—¿Les cayó mucho?

—El batallón disciplinario... Allí están, en primera línea, llevando troncos toda la

santa noche hasta las trincheras. De modo que espabilar...

—Hasta la vista.

—¡Suerte...!

—¿Quieres algo para Madrid?

—Recuerdos a la Cibeles.

El muchacho iba pensando, mientras caminaban, en los trabajos del batallón disciplinario. Recordaba a los hombres luchando para alzar los rollizos de pino sobre el talud desnudo de las zanjas, su silencio, el fatigoso ir y venir bajo la oscuridad de las nubes que cubrían la luna. A veces la claridad se hacía de improviso y los soldados quedaban inmóviles, esperando tal vez un disparo de más allá que nunca llegaba. Cierta día, sin embargo, llegó y fue el único muerto que vio en el frente el muchacho. La bala le pasó de sien a sien, comiéndole la cara, y el sargento dijo, como en un responso.

—Para este ya terminó la guerra...

La garganta parecía hundirse cada vez más, siguiendo el curso del arroyo, y ellos procuraban orientarse apartándose poco de su murmullo, torciendo sólo cuando las zarzas se hacían más espesas en la orilla.

—¿Tú crees que vamos bien?

—No hay más que seguir hasta dar con la carretera.

Pero la carretera tardó casi dos horas en aparecer. El compañero lo estaba comprobando, con el reloj junto a los ojos, al resplandor de las estrellas.

—¿Pasará algún camión?

—Mejor será andar otro poco.

—Quien pueda... —respondió el chico, y descalzando las alpargatas, mostró al otro sus pies hinchados.

—Hay que seguir un kilómetro o dos por si nos queda algún control cerca todavía.

—El furriel dijo que saldríamos pasados todos.

—Del furriel no me fío.

—Antes sí te fiabas... Además no puedo dar un paso.

—¡Valiente recluta eres tú!

—¿Y quién dice que lo sea? —clamó el chico con rabia.

—Vamos a echarnos un poco. Vamos a esas chabolas.

Eran dos nidos de ametralladora, vacíos, inundados por las últimas lluvias. En el rincón más seco encendieron fuego, comiendo medio chusco. El sueño les llegó antes de romper la madrugada.

El destello de luz, al despertarles, hirió sus ojos con una sensación casi dolorosa. Se alzaron aún aturridos por el sueño, desconcertados por el rayo brillante que les apuntaba desde la puerta.

—¿Qué hacéis aquí vosotros?

Aún vinieron otras preguntas antes de que pudieran responder. Lo hizo el compañero, medroso, disciplinado, como correspondía al tono autoritario del que sostenía la linterna.

—Bajamos a buscar comida...

Se detuvo sin saber qué trato adjudicarle. Estuvo a punto de decir: «Mi comandante».

Fuera, a la luz del día, supieron que se trataba de un sargento. Sargento de Carabineros, Comandante Jefe de la Plaza, y la Plaza un pueblo silencioso, con cuartel instalado en un viejo convento. Ahora se hallaba evacuado por los bombardeos y aparte del sargento, sólo quedaban perros sonámbulos y ancianos con escopeta al hombro, senil somatén a la puerta del Ayuntamiento.

En la Plaza Mayor, dos que tomaban el sol se alzaron viendo llegar al militar con los dos soldados.

—¿Dónde está el alcalde?

—Servidor. —Se adelantó uno de ellos.

—¿Quiere abrir el portal?

El viejo empujó la pesada hoja de castaño.

—Pase usted, sargento.

—Le dejo estos dos desertores a su cargo. Usted responde de ellos. Usted es responsable en caso de fuga. ¿Me entiende?

—Sí, señor, como mande.

Salió a la claridad, de nuevo, sin mirarles y aún se alejaban sus pisadas sobre la grava de la calzada cuando el compañero comenzó a maldecir. Maldijo de su vida, del muchacho, de su negra suerte, del sargento.

—Por ti, por tus cochinos pies nos vemos así. ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió traerte!

—¡Mala hora la mía! ¿Quién me dijo de venir contigo? ¿Quién me lo dijo? ¿Quién me lo dijo?

El muchacho gritaba sin convicción, un poco anonadado, sólo para frenar los denuestos del otro, y ni él, ni el compañero intentaron huir por la puerta aún entornada, defendida tan sólo por el anciano que con la escopeta entre las piernas, contemplaba absorto la escena.

—¿De qué brigada sois? —se decidió a preguntar. Le dijeron de mala gana el número.

—¿Lleváis mucho tiempo por aquí?

—Ya va para un año. ¿No tendrá nada que comer?

—Algo hay...

Fuera, en el sol de la plaza, otros hombres de la edad del centinela pugnaban por

hablar con los presos a través de la ventana.

—¿Sabéis algo del frente? ¿Sabéis cuándo licencian?

—¿Conoces a Manuel Sotoca?

—¡Mala suerte tuvisteis!

—¿Y a su primo José?

—¿Qué os hacen? ¿Qué os dijo el sargento?

—¿Qué hay del bombardeo?

Sólo cuando lo preguntaron, recordó el muchacho las casas destruidas a la entrada del pueblo.

—Tiraban al cuartel —explicó el guardián—, pero no le acertaron.

—¿Y qué hay de esa comida? —preguntó, a su vez, el compañero.

—Ya viene de camino.

Trajeron una fuente de patatas guisadas con huevos fritos y media hogaza. Vino un niño con nueces. Más allá de la reja, el viejo centinela dormitaba.

—¡Eh! —llamó a los presos, enderezándose de pronto—, me voy a comer, si algo necesitáis, con una voz os oigo. Yo vivo enfrente.

Probó la puerta y viéndola cerrada, se alejó cruzando la plaza.

—¿Volverá?

—Sí, con el sargento.

—¿Qué nos harán?

—No sé.

—La voz del compañero se volvió opaca, temerosa.

—¿Tú crees que nos caerá lo que a los otros?

—¿Qué otros?

—¿Los que nos dijo el furriel?

—¿Y yo qué sé? ¡Déjame en paz ya con tus historias!

El muchacho pensaba en la vida tranquila allá en el frente. Al hambre, a fin de cuentas, podía acostumbrarse; más difícil era hacerse a aquella incertidumbre, al destino próximo, pendiente de la vuelta del sargento.

El compañero se había tumbado en el suelo de madera, luchando por dormir, pero también los pensamientos debían andar rondando su cabeza porque, a veces, abría los ojos y miraba a lo lejos como si pudiera ver algo más allá de la habitación, muy lejos, tras los muros.

De pronto se incorporó, yendo hasta la ventana súbitamente. Un rumor lejano llegaba hasta la celda.

—Pronto vuelve ese —se lamentó el muchacho.

El compañero no respondió. Su rostro había cambiado el malhumor por un gesto nervioso, preocupado.

—¿Qué nos harán? Di —insistía el muchacho a su espalda—. ¿Qué nos harán?

¿Tú crees que nos fusilan?

—Escucha, desgraciado, escucha.

Un múltiple rumor venía por el aire, como si el horizonte avanzara zumbando sobre el pueblo. Con la primera explosión, el muchacho, desde la reja, comenzó a gritar. Su voz se mantuvo sobre el ámbito ardiente de la plaza desierta hasta que el fragor final trajo el silencio, el polvo, el rumor de los cascos, de la metralla, cayendo sobre la tierra, sobre las casas abiertas al cielo del verano, sobre los muros rotos, sobre los cuerpos desgarrados, muertos.

ESTE VERANO

1

El otoño se anticipó aquel año. Bajo las amplias hojas de los plátanos que entre los farolillos relucían, las parejas se afanaban en torno a la orquesta. Surgían espaciados los disparos a las cintas, el grito de los borrachos en el bar instalado entre aspilleras y el timbre insistente de la barraca que adivina el porvenir. A veces un agrio claxon se abría paso entre la multitud, dividiéndola a ambos lados de la carretera, juntándola tras sí, perdiéndose a lo lejos, en la penumbra incierta de los pinos. Los rumores, las risas, las protestas se acallaban; renacía el canto de la orquesta por encima de todas las voces, y la brisa llevaba sus ecos sobre el verde vaivén de la alameda, a ras de agua, por los rincones remotos de toda la bahía. Bajo la mancha azul del cielo, era la verbena una ampolla de luz bajo otra luz, bajo el haz intermitente del faro.

Pablo, en la playa, limpió de arena las piernas de su pareja.

—Te quiero mucho —repitió la muchacha.

Pablo, mirando el halo circular en el que el agua se deshacía con su estrépito, no contestó.

—¿Nos vamos?

—Hace frío. Un poco de humedad.

La marea estallaba como una carga, rompiendo paulatinamente todo su frente.

—Tú también tienes el pelo sucio.

Al levantarse, sacudió muchas veces la cabeza, pero la arena, húmeda aún, no se desprendió. Tanto daba. Después de la fiesta, en casa, se ducharía. Ahora era sólo una molestia más en todo el cuerpo.

Vino un golpe de brisa que abrió paso a la luna a través de los pinos. Las copas se

estremecieron y un haz blanco iluminó la carretera. Pablo miró la luna y la muchacha se acercó más, ciñéndolo por la cintura mientras andaban.

—Dame un beso.

Él la abrazó a su vez, besando su mejilla. La muchacha pareció conformarse, pero en seguida preguntó:

—¿Cuándo nos vemos otro día?

Hizo memoria de las fiestas venideras hasta octubre.

—Para el quince —respondió—. Para Nuestra Señora.

—¿De veras vas a ir?

—Claro que voy.

—¿En el autobús?

—En el tren. En el coche de más que ponen ese día. Ahí voy yo.

—¿Me lo prometes?

—Mi palabra.

La muchacha se arrimó aún más. Pablo se preguntaba dónde andarían los amigos. De la penumbra, junto al camino, vino un rumor de palabras. Un murmullo que se acalló a su paso. Quizá Luis o Tonecho o Marcial. Estarían allí o, como ellos, también de vuelta.

Las luces se reflejaban en el agua del malecón, a lo largo de la carretera. Las parejas se unían estrechamente un poco por el amor y un poco por el frío. Antes de entrar en el pueblo, cruzaron ante un viejo autobús, apagado, inmóvil frente a la iglesia. En las gradas de la cruz, ante el pórtico, tres muchachas cantaban. Callaron un instante oyéndolos pasar y, apoco, las voces se alzaron a sus espaldas, en tono más alto, intencionado.

—Cursis...

—¿Las conoces?

—Venían en el mismo coche. Veraneantes... —Dijo el nombre de un pueblo—. ¿No las has visto esperando para volver?

—¿No bailan?

—¿Quién va a mirar para ellas?

Los músicos sudaban. Dos saxofonistas se erguían interpretando el solo, en tanto el cantor se enjuagaba con una gaseosa. Entró de nuevo toda la orquesta, concluyendo con un toque agudo y prolongado.

—Bueno, esto se acabó.

—Parece que nos estaban esperando —se lamentaba la muchacha, pero la gente aplaudía y vino la propina.

—¿Bailamos esta última? La despedida... Me estoy quedando fría.

Entraron en el baile, pero el baile pareció rechazarles, abriéndose ante los dos, cediendo ante su paso. Al otro extremo de la pista apareció Marcial gritando:

—¡Ya estamos, ya estamos como siempre!

—Los ojos le temblaban tras los cristales de aros infinitos.

—¿Quién? ¿Tonecho?

Marcial sacudió los hombros asintiendo. El baile se había suspendido a medias aunque los músicos tocaban siguiendo de reojo la escena.

Ya Pablo se abría paso con Marcial lamentándose a su espalda.

Lo último que oyó, entre las protestas de la gente, fueron los gritos de la muchacha:

—¡Te matan...! ¡Te matan!

Las sombras entrechocaban jadeantes. Retrocedían rodando por el suelo, envueltas en el polvo mate que la luz del bar revelaba. En torno, un grupo confuso intervenía a veces, blasfemando. Se oyó un golpe seco y Tonecho llevó ambas manos a la cara, saltando la sangre entre sus dedos. Pablo golpeó ciegamente ante sí. Al punto, como un eco, la fiesta entera pareció desplomarse en su cabeza, atrás, junto a la nuca. Luchando por acercarse al amigo consiguió guardar la espalda contra el tronco de un castaño. Desde allí entre las demás sombras que le agredían vio a Tonecho caer y levantarse una y otra vez. Trató de encoger su cuerpo tras sus puños, tras sus propios pies, pero también a él le llegó su turno y mientras caía, sintiendo en sus espaldas los pies de los otros, aún alcanzó a oír el grito de Luis que se acercaba con los amigos:

—¡Ya está aquí el sindicato de la leña!

La música cesó. Vino la voz del director a través del micrófono:

—Pongo en su conocimiento que de continuar estos actos de incivismo...

Nadie escuchaba. La batalla saliendo de las sombras ganó el campo del baile. Las chicas huían intentando arrastrar a los hombres consigo. Grupos de muchachos desde las bacas de los coches jaleaban a ambos bandos, en especial al dueño del bar que provisto de un vergajo abandonó el mostrador con paso sereno.

—Ya vas a ver —exclamó uno—, ese sabe lo que se hace.

El del bar se acercó al grupo más próximo. Dio un golpe seco que restalló como un árbol tronchado, y un hombre se vino abajo.

—¡Dios, qué piña!

—¡Allí va otra vez!

De nuevo el restallido y otra víctima en el suelo. El altavoz proseguía:

—... actos de incivismo indignos de esta villa... Alguien se acercó al estrado, gritando al director palabras que el rumor del tumulto cubrió en parte.

—... tu madre.

—¡La tuya...! —respondió el acordeonista y, mientras protegía el instrumento, intentó detener al otro que ya se izaba sobre el estrado. El cantor alzó una silla derribando a los dos. La silla fue hasta la pista con ellos y el cartel que lució toda la

noche el nombre de la orquesta: CHICOS DEL JAZZ.

El del vergajo, sentado ahora en la cuneta, intentaba cortar la sangre que manaba de su cara cortada, y los gritos, el crujir de las sillas, las blasfemias ahogadas, el opaco entrecostar de los cuerpos, toda la sorda furia nacida en un instante, sólo acabó cuando los civiles llegaron a buen paso, con el fusil cogido por el caño.

La gente huyó, sólo continuó insistente, en la noche, el claxon agudo de los autos llamando a los viajeros. Cinco hombres durmieron en el cuartelillo. Unos en autobús, otros en lancha, cruzando la bahía, cada cual volvió a su casa de amanecida.

2

Las estrellas cabeceaban arriba, al compás de la motora, brillando más allá de la bruma sutil que el vapor del gasoil hacía volar sobre las cabezas de Pablo y los amigos. Nadie sentía ganas de cantar como otras veces. Los cuerpos magullados descansaban a popa sobre las sogas embreadas, entre las cestas con olor a congrio. Pablo se acercó a Tonecho que con un pañuelo humedecido intentaba contener la hinchazón de la cara.

—¿Qué tal?

Tonecho le miró desde su único ojo descubierto.

—Si me hace caso a mí —respondió Luis por él—, a estas horas aún tiene el ojo sano.

—¿Tú qué sabrás?

—Claro, hombre, claro que lo sé. Por eso hablo, porque si estoy yo allí, en esta no te metes.

—Siempre anda armando sarracinas —se lamentó Antonio en la oscuridad—. Debías vivir en el Oeste.

—En Corea del Sur que es la más brava...

Antonio, luchando con el viento, encendió un cigarro. Por un instante su silueta afilada se reveló a la luz rojiza del mechero. Murmuró:

—Siempre mujeres...

—¿Qué mujeres? ¡Dos guarras!

Se oyó a Tonecho maldecir y cómo intentaba levantarse.

—¿Pero vais a empezar vosotros ahora?

—¿Por qué tiene que insultar?

—¿Quién está insultando?

—¡Tú! A ver si callas de una vez esa lengua que tienes. Pero Luis continuó:

—Y eso que estabas sobre aviso. Se lo dije yo. Con esas un rato y fuera. Ellas querrán más, pero tú fuera... Y de invitar, nada. Todo cariño.

Antonio rio por lo bajo y Pablo dijo, lamentándose:

—Ya la tenemos otra vez.

—Tu ahí tenías que haber ido en plan loco y no haciéndote el simpático.

Tonecho no respondió esta vez. Pablo pensaba que mucho debía dolerle el cuerpo para callar así.

—¿Pero el otro las llegó a pegar? —preguntó aún Antonio.

—Tanto como pegarlas... Así anduvo la cosa.

—Vamos, un capricho.

Un capricho, pensaba Pablo palpándose la nuca, que de estar sus padres en el pueblo aún, hubiera costado una explicación larga y penosa. Sin embargo, los padres marcharon tierra adentro, al balneario, hacía dos meses, con la hermana. Su vuelta marcaba cada año el fin del verano, un tiempo que, con agua o viento, con calor o sudeste, comenzaba para él a finales de mayo. Días interminables en la alcoba, con la ventana abierta al rumor del agua, largas siestas en la casa cerrada, comidas en la fonda de la tía; y a la noche, con los viajantes en broma perpetua, el claxon de las motoras desde el mar alto, frente a la galería.

El claxon de la lancha dio un toque breve frente al espigón. El patrón cortó gas, y el pueblo entero fue desfilando silencioso, en lo alto, ante los muchachos que a popa se incorporaban soñolientos. Allá va la iglesia maciza, incrustada en la roca, resguardada del viento por el montecillo que remata el istmo; el viejo cementerio que los nichos en alto, como pequeños hórreos, el bar de Justo cuya puerta entreabierta deja ver a la criada encendiendo la cafetera exprés para los pescadores.

La galería de la fonda parece iluminada. Brillan sus cristales en el amanecer. Tras ella cruza el cuartelillo con la ropa de los guardias ondeando en la brisa, y la casa de Pablo con su pino real y la fachada blanca que sirve a los patrones para tomar el rumbo cuando entran en la dársena.

Luis lanza el ancla frente al taller mecánico. Va soltando el cabo con cuidado y presteza. Aún desfilan el cine, una de las farmacias y el Banco. Vistos así, desde este lado, con su jardín y el mirador cara al mar sobre columnas de cemento, no parecen locales de negocio, apenas se distinguen de los otros edificios.

La lancha se detiene al extremo opuesto, en las afueras, donde la carretera se bifurca a la entrada del pueblo.

Despertó tarde, al son de las maderas golpeando en la ventana. Cuando trató de levantarse, el cuerpo se aferraba al lecho. Sentía la cama dura, ásperos el paladar y la garganta. Intentando cerrar las contraventanas, fue hasta el muro. Más allá del cristal, sobre el mar y la costa, caía la lluvia, y el sudeste soplaba como todos los días. En los alambres de la ropa, el bañador, tendido a secar, se mojaba de nuevo. Si el agua y el otoño comenzaban ya, sería difícil esperar hasta la vuelta de los padres sin fiestas y sin playa. Pero con la Universidad cerrada, los amigos andarían lejos hasta octubre, consumiendo su tedio como él, en cualquier pueblo remoto. Algunos salían fuera, al extranjero, para ver mundo y aprender idiomas, otros volvían a casa a descansar —¿a descansar de qué?—, a engordar un poco, según su madre.

Con tiempo y un poco de constancia podría haber sacado al padre el dinero para el viaje a Inglaterra o a París o a Alemania, cruzar incluso al sector ruso y volver a la facultad con el sabor acre, un poco misterioso de la fruta prohibida.

Sin embargo cada año pasaba la ocasión. Cuando en la capital tomaba el coche conocido, el viejo autobús verde y celeste que a través de los campos de maíz, playas de pinos, por caminos que borran las mareas, le iba acercando a casa, ya en su interior, junto a rostros amigos, cerca de Fermín el conductor, era como volver a lo de siempre, como volver a ser uno, uno mismo.

Un viaje monótono, largo de una tarde entera, pero que le iba acostumbrando al otro silencio, a la vida nueva del verano.

Quedaba atrás la Facultad, el paseo, el opaco rumor de las tabernas, preludio a los trenes estivales de Madrid, a los hoteles totalmente reservados, a las casas repletas. Terrazas al sol, playas y calles próximas al mar rebosantes de un eterno fluir bajo las nuevas luminarias, a los sonos perdidos de la orquesta traída por el Ayuntamiento para las fiestas de verano.

Con el último sol, a la postrer hora de la tarde, quedaba el autobús vacío, solos Fermín y Pablo, con algún paisano silencioso. El mar se aproximaba a cada vuelta y los pinos se hundían a ras de la ribera. Por las aguas en calma subía una goleta sirgada desde tierra por hombres cenicientos.

La llegada, la salida, por fin, a campo abierto, cara a alta mar, al halo de los pinos, a la profunda voz de las mareas. Tras el último bosque la casa, el bar de Justo y los amigos. Llegaban las primeras visitas, los primeros vasos, el primer baile al otro lado de la ría. Después, con el calor y el recuerdo de los años anteriores, el hastío.

El viento trajo de lejos el zumbido de un motor. No era el de las lanchas que Pablo conocía bien, ni el camión con el pescado de la lonja, ni el coche de la línea. Calzó las zapatillas y fue a mirar desde las ventanas de la fachada opuesta. El agua repicaba en el cemento de la calle vacía, hasta más allá de las dunas. Entre los pinos que coronaban el último tramo se alzó con fatiga un pequeño automóvil. Pareció detenerse en lo alto y luego, hendiendo la cortina de lluvia, se fue acercando para detenerse ante la fonda.

La criada apareció en la puerta recogiendo las maletas que el conductor alto y desvaído le tendía. Tras él, salió del coche una muchacha. «Franceses», pensó Pablo y lo último que desde la ventana pudo saber fue que el hombre llevaba barbita pequeña y recortada.

4

En el bar de Justo, semidesierto, dos pescadores dialogaban a gritos golpeando con brío, sobre el mármol, las fichas del dominó. Tras el mostrador, al amparo del alto muro repleto de botellas, Marcial, viendo entrar a Pablo, interrumpió su charla con el dueño.

—Buenos días muchacho. ¿Qué ponemos, blanco o tinto?

—Lo que más rabia le dé. Un blanco...

—¿Castilla?

—Bueno.

—¡Un blanco! —se gritó a sí mismo Justo, ahuecando la voz, parodiándose en tanto le servía.

¿Qué? ¿Anoche hubo fiesta?

—Hubo movimiento —respondió Marcial.

—¿Sabéis que ya anduvo el cabo indagando esta mañana? Andaros con ojo, chicos...

Pablo no respondió, como si el asunto le fuese ajeno, pidiendo el periódico tras apurar el vaso.

—Ahí va..., el periódico. Del sábado, que ayer no vino.

Páginas borrosas, mal impresas. Noticias con dos fechas de retraso, fútbol y seis planas anunciando fiestas en los pueblos de la provincia. Fotos de aldeas junto al mar, siempre con un paseo bordeando el muelle. Vírgenes patronas, todas parecidas.

Alcaldes declarando sobre el progreso de sus villas respectivas. Editoriales piadosos.

Cuando alzó la cabeza, ya Mariscal no estaba. Justo preguntó señalando la puerta:

—Este, ayer, también nos dio la espantada...

—¿Qué dijo antes de los guardias?

—Que ya anda el cabo buscando a los de anoche.

—¿Vino por aquí?

Entró Tonecho con los ojos enrojecidos por el sueño, y la moradura de la noche extendida del pómulo a la ceja.

—A este no hace falta que le pregunten dónde estuvo. Tonecho pidió un blanco y bostezó.

—¿Qué hay?

—Hay —repuso el dueño—, que no te andes exhibiendo.

—¿Pues qué pasa?

—Nada... Como pasar, no pasa nada.

Tampoco Luis y Antonio traían mucha gana de comentarios. A Luis lo de los guardias no pareció preocuparle.

—Tú crees —decía Tonecho—, que a ti, por los galones no te detienen. Justo, con la pipa entre los dientes, negaba moviendo la cabeza.

—No, señor, a este no le ponen la mano encima.

—Pero la multa la ponen si el cabo quiere.

—¿Desde cuándo le pone un cabo multas a un sargento? Lo que entiendes, muchacho...

—Bueno, dejarlo ya —concluyó Luis, buscando en los bolsillos de su camisa militar el paquete de los cigarros.

A poco, era Antonio el que insistía:

—Desde luego. ¡Cómo vivís los de aviación...!

—Encendió con placer el rubio que el otro le ofrecía. Ropa, tabaco y sueldo, sin dar golpe. Tonecho miró un instante al que hablaba.

—¿Y qué golpe va a dar, estando de permiso? Ya le tocará arrimar el hombro luego, como todos.

—Pero son los que mejor marchan —insistía el amigo—. Tú fíjate... —Pasó revista con un gesto a la camisa gris y a los flamantes pantalones abiertos por cremalleras en los tobillos—. Toma nota. Los amos. ¿Y el tabaco? ¿A cuánto les sale?

Tonecho, con gesto de hastío, fue a ver la lluvia desde la puerta.

—... Cogen el avión y se traen de donde quieren, tabaco para un mes...

—Aburres ya, muchacho.

—¿Qué? ¿Vosotros no os cambiabais?

—¿Y tú? —preguntó Pablo, a su vez.

—Yo, como ingrese... Ya verás este invierno en Madrid. Tengo yo allí un primo

que se lo conoce todo: teatros, cabarets... ¡Se sabe cada sitio! ¡Y no te digo nada del uniforme, lo que hace el uniforme! En Madrid, de uniforme, los amos.

—¡Sí, hombre, sí, los amos siempre...! Justo retiró los vasos vacíos.

—Me parece —dijo—, que los estudios tuyos de este invierno, ya los veo yo.

La sirena de la Lonja dio un toque largo para los asentadores de pescado. Entraron los muchachos en el portal frontero al bar, sobre cuyo balcón se erguía el mástil para el pendón del municipio en los días de fiesta. Un grupo de mujeres arrojaba sobre el suelo de cemento, piezas de congrio relucientes.

Andaban discutiendo con el alguacil las pesadas de la báscula cuando Tonecho llamó de fuera:

—Eh, Luis. Venid para acá.

A espaldas de la Lonja cruzaba el coche gris, camino del cabo.

—Un dos caballos. ¿Qué tiene de raro?

—¿No viste la chavala dentro? Luis hizo un gesto aburrido.

—Turistas.

—Franceses... —concluyó Antonio.

—¿Ya lo sabes tú?

—Como que paran en casa de este —dijo con el codo a Luis—, en la fonda. Míralos, al santuario van.

—Buen tiempo para excursiones.

—¿Y a ellos qué más les da, si van en coche?

Llegaban los asentadores. Los primeros se detuvieron en el bar. Uno se acercó al grupo. Lanzó una ojeada a los muchachos sentados en hilera a lo largo del malecón.

—¿Y esto qué es? ¿La bolsa del trabajo?

—La bolsa de la leche —respondió Tonecho.

—Eso —replicó el otro— será por la que te dieron a ti anoche.

—O por la que te pueden dar a ti si te descuidas.

—Haya paz, haya paz —intervino Luis, en tanto el asentador medía a Tonecho con la mirada.

La niebla arreció, cerrando el cielo. Una racha de brisa barrió el malecón llenando el bar de nuevo.

—Hay que irse de aquí.

—Adiós, playa, por hoy.

Otra vez el bar. Pidieron blancos menos Tonecho que tomaba café.

—Yo lo siento por la playa —insistió Antonio—, por ver en bañador a la francesa.

—Valiente cosa.

—¿Ya la has visto tú?

—Como que la subí las maletas al cuarto... —respondió Luis.

—¿Y no hay plan?

—¿Quién? ¿En mi casa? Tú estás mal...

—Ya, ya..., a ti, solteras...

—¡Lo que sabéis de la vida! Si son casadas mejor. Y para que acabéis de espabilar: estos, tan casados como tú y como yo.

—¿Les miraste el anillo?

Luis hizo un gesto aburrido mientras apuraba el vaso.

Crujían los cristales por la fuerza del viento que más allá de la carretera azotaba el agua. Cerraron la puerta del bar y las voces subieron de tono con los golpes agudos del dominó y los gritos de Justo:

—Callos, vermut, pulpo, calamares, caldo del día... ¡Pidan, muchachos, pidan!

Algún patrón volvía la cabeza riendo. Antonio y Tonecho comenzaron una partida de póquer, tras el mostrador, con Marcial y otro, en tanto Luis sacaba de nuevo sus cigarros.

Por vez primera, en la mañana, pareció descubrir a Pablo:

—¿Qué? ¿Fumamos?

—Fumaremos...

—Estás meditabundo...

—Con eso que dijiste. Lo de la francesa... Luis hizo un gesto de disgusto.

—¡Bah, tonterías...! Ganas de hablar...

—¿Por qué decías que eran solteros?

—Hombre, o recién casados... Tienen otra alegría, otro aire, otra cosa... Que no traen cara de aburrirse, vamos...

5

Aún fluía, abriéndose paso, barriendo los residuos de arena y algas, el arroyo que desde el montecillo baja tras la lluvia. Su cálido remanso hacía girar lentamente en la playa el espectro esponjoso de las estrellas marinas, secas ya por el sol y el yodo de la brisa. Los bañistas saltaban sobre la corriente, lejos de la espuma, evitando las aristas del lecho.

—¿Cuánto va a que trae bikini?

—¿Cómo bikini?

—Dos piezas; de los cortos...

—Aunque lo traiga, ¿tú crees que se lo pone? Aquí, en España, no hay quien se plante así en medio de la playa.

—¿Cómo que no? En Palma las he visto yo. Yo aquí y ella tal que ahí. Allí hay más libertad para eso.

—Por los americanos...

—¡Qué americanos! Alemanes todos... Los nombres de las tascas, en alemán... Parece que estás fuera de España.

—Mira, se va más lejos. Está andando otra vez.

—Pues ya tarda en encontrar sitio.

—Será que es caprichosa.

De lejos llegaron voces. Gritos de niños y el murmullo del mar.

—¡Eh, Antonio! ¡A ver esa pelota!

—Ya está bien de mirar, hombre...

Luis y Antonio volvieron la cabeza y en tanto uno lanzaba por el aire el balón de goma, el otro hacía señas pidiendo paciencia a los amigos.

—Vaya, se acabó. Ahora sí que ni verla.

—Esa se va a bañar a la otra playa.

—Si no fuera por el bigardo —comentó Antonio con nostalgia—, uno que se animaba...

—Pues ya puedes animarte porque el bigardo se marchó esta mañana.

—¿Qué se fue?

—Sí, señor —aseguró Luis—, bien temprano. Pagó; subió al coche y hasta ahora.

—Iría de excursión.

—Sí. De excursión con todo el equipaje.

—¿Con el de ella también?

—No, hombre, no... El de ella le dejó.

—¿Y ella qué dice?

—Ya daba yo algo bueno por saberlo. Antonio miró hacia la otra playa.

—¿Vamos a preguntárselo?

—¿Moverme yo por una de esas? —Se volvió a detener la pelota que en aquel instante llegaba por el aire y fijándola en el suelo, avanzó con ella, tierra adentro.

—Hombre —protestaba Antonio, en tanto le seguía—, yo solo, así, con la cara, sin nadie al quite...

—Díselo a Pablo.

—Ese no quiere.

—Pues vete tú... ¡Si se ve que la gusta la soledad! A lo mejor la inspiras.

Luis se metió de lleno en el partido pero Antonio, sin resignarse, preguntó a Tonecho:

—Oye, ¿tú lo sabías?

—¡El qué!

—Lo de la francesa...

—¿Qué cada cual durmió en su cuarto? ¡Vaya novedad!

—¿Quién te lo dijo?

—Luis... Creí que estabais allí, hablando de eso. Antonio miró ofendido hacia el lugar donde Luis hacía exhibiciones con la pelota.

—Ese no me cuenta a mí nada... —Luego volvió a Tonecho su atención—. ¿Pero ellos no son...?

—¿Son qué? ¿Un apaño? ¡Ni hablar...!

—Pues entonces ¿qué? Tonecho se reía.

—Buenos amigos, como en las películas. —Y huyó, también, tras la pelota.

Antonio quedó cabizbajo, en tanto el otro corría bajo el sol. Después, viendo a Pablo, tumbado a la sombra del toldo, fue hacia él lanzando aún miradas hostiles al grupo.

Bajo el techo tejido de cañizo, entre los cuatro listones, enhiestos en la arena, el aire parecía más denso, relajando el cuerpo como un sedante. Se tendió sobre el vientre, y Pablo, sintiéndole llegar, abrió los ojos.

—¿Qué? ¿Se medita?

Volvió a cerrarlos. El cielo se hacía rojo a través de los párpados.

—¿En qué piensas? —insistió Antonio.

—En nada, en el calor.

—Vamos.

En el borde mismo de las olas quedó Antonio ensimismado, mirando la línea del agua, el ir y venir del agua hasta el pequeño cabo que cerraba, lejos, la playa, donde la segunda comenzaba.

—¿Pero no entras?

Se volvió a responder:

—Estaba de inspección, mirando.

—¿Se la ve?

—¿A quién?

Dudó un momento.

—¿A quién va a ser?

—Debe andar en el agua. Seguro que nada bien. A estas las enseñan de pequeñas. ¿Tú sabías que quedó libre?

—Lo dijo Luis, en el bar, esta mañana.

—¡Pues yo sin enterarme! —Volvió el tono ofendido—. ¡Cómo vosotros andáis zanganeando todo el día!

—¿Y tú? Además, a Luis mañana se le acaba el permiso.

—Y Tonecho se marcha también un día de estos, por las oposiciones. Nos vamos

a quedar mano a mano tú y yo.

—¿Para qué?

—Hombre, para la francesa...

Cogió impulso sobre la arena y de un salto se sumergió en el agua, apareciendo a poco, mar adentro, más allá de las olas que rompían.

6

Viendo a Antonio alejarse, Pablo pensó de pronto que el verano había terminado. Luis deseaba reengancharse en Aviación y casar antes de fin de año si le ascendían. Tonecho a la capital y Antonio intentando ingresar en la Academia. Viendo a los amigos correr por la playa, desnudos, con la única mancha oscura del calzón de baño, le parecieron, de pronto, envejecidos, como si el sol implacable de las dos, denunciara ahora en sus cabezas alguna calvicie prematura. Luis se fatigaba, iba y venía, tras los otros con poco entusiasmo. Tonecho hurtaba a la luz su ojo enfermo, cubriéndose cada vez que la pelota llegaba desde arriba. El vientre de Marcial flotaba en el calzón. Seguramente las familias sentadas bajo el toldo le verían a él, a Pablo, también así, como él veía y juzgaba a Justo el del bar, cuando cada mañana se metía en el agua, viejo, impudicamente blanco, antes de que las señoras bajaran a tostarse.

Huyendo de esta idea, huyendo de la imagen de su propio cuerpo, entró de bruces en las olas, como en un refugio.

El agua, tras el sopor del toldo, estremecía el cuerpo. Se dejó mecer y el oleaje le fue arrastrando. Como antes el bochorno, ahuyentaba cualquier pensamiento, dejando sólo una helada sensación de vacío, borrando el recuerdo, los rostros de la playa.

Cuando el frío le hizo doler la espalda dio vuelta sobre sí, cortando el agua paralelo a tierra, hasta salvar el delta de musgos y detritus que allí el mar mantenía. Entre las rocas de la pequeña punta, dos niños acechaban cazando pulpos. La costa se veía desierta hasta el cabo siguiente.

Buscaba un lugar donde izarse. Dio vuelta al promontorio mientras los cazadores, con sus bolsas de tela cruzadas sobre el pecho, le seguían desde arriba. Uno le hizo seña de continuar, en tanto gritaba algo que sólo entendió confusamente. Debían pensar que el mar le arrastraría hacia las rocas si quedaba a su altura, allí donde las aguas se poblaban de manchas oscuras, retumbando en las calas batidas por la espuma.

En la vertiente opuesta surgió una angosta ensenada. Los dos chicos le esperaban. —¿Pescáis mucho?

No respondieron. Tampoco hicieron ningún comentario cuando miró el interior de las bolsas repletas de percebes. Con el hierro para arrancarlos, siguieron acechando las cavernas diminutas. Debían bajar de las colinas para guardar las vacas que pastaban en la falda.

La brisa trajo un eco remoto de palabras. La playa vacía se animaba ahora al paso lento de la muchacha saliendo del agua. La vio estremecer, arrancarse el gorro de goma que dejó el pelo al descubierto.

Siguiendo hasta el mar la línea que sus huellas trazaban en la arena, vio Pablo a Antonio, flotando en la marea, asido al tronco de un pino calcinado. Parecía el último resto de un naufragio. Debía esperar a que el madero encallase. Al fin hizo pie y por segunda vez trajo el viento hasta la cala el rumor de su voz. Pero la muchacha no se detuvo, siguió su camino hasta el oscuro montón de ropa. Tumbada al sol ahora, con los brazos en cruz, parecía entregarse a la brillante luz que de arriba llegaba. Ya salía Antonio del mar, empujado por la resaca. Se dirigió hacia la chica. Le estaba hablando y ella, alzando el rostro, le respondía, aunque pronto clavó de nuevo la nuca en la arena.

Sin embargo Antonio insistió. Apoyaba ambas manos sobre las rodillas, cerniéndose a media altura. La conversación no había concluido.

La tercera etapa fue tumbarse cara al suelo, en diagonal, los cuerpos próximos, los rostros coincidiendo. La soledad completa de la ensenada otorgaba un carácter especial a la pareja, envuelta en el mugir de la marea, bajo el llanto errante de las gaviotas.

Antonio se levantó. Quizá vendrían nuevas palabras, porque allí, de rodillas proponía algo. Quizá una cita o un nuevo baño. A veces señalaba el mar. Sin embargo la muchacha continuó inmóvil y aun después de que Antonio se alejase, aguantó sobre la arena largo rato. Después se vistió pausadamente y rodeando el cabo, enfiló, sola, la carretera rumbo al pueblo.

En casa, a la vuelta de la cena, halló Pablo carta de sus padres. Debió venir en el coche de la tarde y el de correos la había deslizado bajo la puerta. Llegaban el

sábado. Dos días aún. Desde la galería miró las estrellas y el mar bruñido, negro hasta el faro. Si la familia llegaba quizá pudiese ir él a la capital, a matar los últimos días antes del otoño. Calculaba el dinero que sería necesario cuando llegó de abajo la voz de Antonio.

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? —preguntó.

—Oye, ábreme... Llevo una hora llamando desde el otro lado.

Por la voz le notó un poco preocupado.

—Chico, mi madre otra vez —le oyó exclamar apenas entreabrió la puerta.

—¿Qué le pasa?

—Pues lo mismo de siempre: el hígado. ¿Qué va a ser?

—¿Llamaste al médico?

—Lleva allí una hora —respondió en tono de fastidio—. Yo voy a la farmacia.

El tono quedo, un poco circunstancial, fue cediendo cuando tras el informe de la enfermedad, pasó a la razón de la visita.

—Verás... venía por la francesa.

—¿Y qué quieres que yo haga, si no hablé ni dos palabras con ella?

—Es lo mismo, ella te conoce.

—De vista será...

—La hablé yo de ti esta mañana.

—Anda, no inventes...

—Es igual. Tú la dices que yo no puedo ir. La cuentas lo que pasa. Y viéndole indeciso, concluyó:

—¡Hombre, que te traspaso los poderes!

—Pero y yo... ¿cómo voy? Dime por lo menos cómo se llama.

—¿Y cómo quieres que lo sepa si no hablé con ella ni un cuarto de hora? Ahí está la gracia... Además ¿tú qué pierdes?

Mientras llamaba quedamente en la puerta de la muchacha, pensó Pablo que nada arriesgaba. En su ademán silencioso, un poco furtivo, pesaba aún la mirada de su tía, viéndole cruzar ante la cocina, camino del segundo piso.

La muchacha respondió desde el interior algo confuso que Pablo interpretó como una petición de que esperase.

A poco apareció. No era muy guapa. Rubia, quemada por el sol. Debía entender el español, pues comprendió las razones de Pablo. O al menos lo aparentaba, y cuando él preguntó si deseaba ir al cine, se encogió de hombros. ¿No te gusta?

—No mucho. No cuando hay una mala película.

—A mí tampoco. Tampoco cuando la hay buena.

Era mentira pero pensó que resultaba divertido. La chica rio un poco, y ambos, volviendo sobre sus pasos, cruzando de nuevo ante la fonda, tomaron el callejón que bajaba hasta la darsena.

En el extremo del paseo sonaba el altavoz del cine: una rumba. Las parejas bailaban a la entrada, ante las carteleras teñidas por el azul del neón.

—¿Bailamos? ¿Te gusta bailar?

Dudó antes de responder preguntando a su vez:

—¿Por qué no andamos hasta el faro?

—Yo pensaba que fuésemos después.

—¿Después? —preguntó ella.

—Después del baile. Cuando la gente entre en el cine, nosotros... —hizo un ademán señalando el cabo— hasta el faro...

—Mejor ahora.

—¿Te gusta? —Y posó la mano sobre su hombro, atrayéndola hacia sí.

—Mucho.

—Yo hablo del faro.

—Yo también.

De camino, a medida que cruzaban el istmo, crecía el ímpetu del viento. La chica iba contando un poco de su vida y Pablo un poco de su pueblo.

Alzó la mano hasta un recio armazón de cañas y madera donde, como posados en sueño bajo la luna, cientos de pescados pendían.

—Eso es el congrio.

—¿Qué hacen arriba así?

—Secándose. ¿No sientes cómo huele?

Llegaba un hedor nuevo, envuelto en el aroma del salitre. Había hasta cuatro o cinco secaderos, varados entre los arrecifes como viejos veleros.

—¿Es bueno?

—¿El congrio?

—Ese pescado que huele tan mal.

—Muy bueno no debe ser.

—¿Entonces por qué está ahí? ¿Quién lo come?

—Alguien... No sé.

—¿Alguien?

—Alguien lo comerá cuando está secándose.

—¿Tú eres de esos españoles que no hablan mal nunca de España?

No había pensado en ello, pero se imaginó defendiendo a su país, y sin saber por qué, sintió una vaga admiración por sí mismo.

—No, claro que no —contestó—. No me gusta. Por lo menos mientras pueda.

Y en tanto lo decía se dio cuenta que no hablaba por él sino en razón de lo que la chica esperaba que respondiera. Por evitar nuevas preguntas, huyendo de representar ante ella su propio personaje, le fue explicando, bajo el tibio resplandor de la luna, el nombre de las ruinas, la historia de los muros desmochados sobre los que el haz del

faro resbalaba, deshaciéndose en sutiles destellos. El santuario, poblado en su interior de banderas y restos de naufragios, la asolada abadía con su historia de frailes irredentos, y en la punta misma del acantilado, la cueva donde un sastre devoto vivió vida de ermitaño, vestido de sayal, comiendo raíces, hasta que los vecinos lo internaron en un manicomio, diez años antes de la guerra.

—¿Hay muchos locos en este pueblo?

La chica, mientras hacía la pregunta, le miraba de nuevo con aire divertido.

—No; como en todas partes...

—Bueno, locos no... —Dudaba, buscando la palabra—. Yo quiero decir así... —
Hizo un ademán como de ópera.

—No te entiendo.

—Yo digo los que gritan... Así, que hablan con grandes voces...

—Exaltados. Exaltados... —repitió con dificultad.

—Sí, de esos hay bastantes, empezando por mí, claro. Yo cuando estoy aquí, aquí mismo, o en el pueblo, en invierno, cuando el mar llega casi hasta la plaza, me paso las horas muertas sin hacer nada, sin pensar en nada, sólo mirando. A mí me sacan de aquí un año entero y me muero. Bastante hago saliendo los inviernos.

—¿A dónde sales?

—A la capital. A estudiar.

—¿A Madrid?

—La capital de provincia.

—¿Y fuera de España?

—Fuera, nunca —suspiró—. No creo que vaya en la vida.

—¿Por qué?

—Bueno, sí, algún día.

—Dices «sí» y luego que no.

—Es que no sé... Me da igual. ¿Cómo voy a saberlo?

—No tienes dinero...

—Agallas es lo que no tengo.

—¿Cómo dices?

—Quiero decir valor, ganas, pereza... ¡Vete a saber! Anda, ven para acá.

Cogiéndola del brazo, fueron bajando hasta llegar a ras del oleaje. El mar zumbaba allí por los canales. Chocaba violentamente, giraba sobre sí alzándose en ráfagas, en cortinas de espuma. La muchacha se estremecía cada vez que el agua llegaba anunciándose con un fragor remoto.

—¿Sabes el nombre de este sitio? —preguntó Pablo.

Ella miró, y antes de que volviera el rostro la besaba. Luego dijo:

—Se llama la Cueva de los Amantes.

Arriba, ante el santuario, se detuvieron empapados de espuma. Tras el clamor del

oleaje, era el silencio más duro ahora, y Pablo, sintiendo callar a la muchacha, adivinó que en un instante habían perdido toda la intimidad fraguada en el camino. Intentó besarla de nuevo, pero la chica mostró poco entusiasmo.

—No lo hagas.

—¿Y por qué?

—Porque no me gustan las cosas a medias.

—A mí tampoco... pero tiene buen arreglo.

Hablaba sin convicción. Apenas en el aire las palabras, se había arrepentido. Pero la muchacha no le oía, miraba la luna entre las nubes altas, su luz tamizada en los vientres enormes que rodaban deshechos, desgajados, por las violentas ráfagas, en los vientos poderosos que se adivinaban allá arriba.

—No hay estrellas.

—No las hay por la luna.

—¿Qué hora será?

—No sé... Más de las doce.

—¿Ha terminado el cine?

—Faltará poco.

De pronto miró hacia arriba, hacia sus ojos diciendo:

—Pablito...

—¿Qué hay?

—¿En qué piensas?

—En ti —mintió—. ¿En quién quieres que piense?

—¿Estás enfadado?

—No. ¿Por qué?

De nuevo, al hablar, salió la entonación que no reconocía.

—Vamos a andar un poco.

Nuevos muros dividían hasta el mar prados infinitos, hirvientes sus pastos en el fulgor blanquecino de la noche, oscuras las retamas quemadas por el viento.

—A este lado, el salitre lo quema todo.

Acabaron las paredes divisorias. La abadía y los secaderos quedaron atrás. Ante los dos sólo una sucesión de playas hasta el lejano cabo donde otra luz giraba centelleando entre la bruma.

—Pablito...

—¿Qué hay?

—¿Cuándo vas a París?

—No sé —respondió con más tristeza de la que en realidad sentía.

—¿Tienes pena?

—Un poco.

—Entonces, ¿por qué no vas?

—¿Para qué?

—Conocerías gente. Personas como tú.

—Iría por verte a ti, pero tú no me quieres.

—No hagas la coqueta. Pablo rio.

—Es verdad —repuso—, que te quiero.

—Yo también. Un poco.

Volvieron al pueblo. La gente, tras el cine, dormía ya. Sólo ante el bar de Justo, en el varadero, un grupo de hombres discutía preparando aparejos para la madrugada.

Ante la fonda se detuvieron. Ahora Pablo pensando en el día siguiente, no hizo intención de besarla.

—¿Y mañana?

—Mañana... ¿Qué cosa?

—Mañana, ¿cuándo te veo? ¿Bajas a la playa?

—No puedo.

—¿Por qué? —Pablo pensó en el acompañante del coche—. ¿Por alguien? Ella le miraba sin responder.

—¿Por Antonio?

¿Quién es Antonio?... No... es que me marchó.

—¿De aquí?

—De aquí..., de España.

Por un instante, adivinó en sus ojos toda la monotonía de la pequeña aldea, el largo hastío de un verano prolongado, y como un viento amargo llegó la imagen de un mundo más allá del faro, del tren, de la Universidad, de la espaciada sucesión de romerías estivales. Pensó en la vida lejos, en Madrid, en París o más allá aún, en circunstancias que no podía imaginar pero que otros conocían; y lentamente, sin decidir si debía mostrarse triste o feliz, enojado o resentido, tendió la mano a la muchacha y se alejó.

Sintió el rumor de la puerta cerrándose, antes que el claxon de las lanchas lo ahogara definitivamente y, haciendo tiempo para llamar al sueño, deambuló por las calles desiertas y la playa. Arriba el cielo se mantenía despejado ahora, con todas sus estrellas. A sus pies, la marea iba borrando los nombres de todos los niños, escritos uno tras otro en la arena, que como cada año rubricaban con sus trazos inciertos la despedida, el adiós al último día del verano.